

Fermin  
Galan.



La Barbarie  
Organizada

novela del tercio

*Editorial Castro S.A.*

*La Barbarie Organizada*

Novela del Tercio

1930

**Fermín Galán**

Digitalización y maquetación: Demófilo.

Se ha utilizado como fuente la obra

editada en 1930 por la

Edit. Castro, S.A.

Aunque se ha respetado el texto original, en la presente edición

se han producido algunas modificaciones formales:

El prólogo biográfico se ha colocado al final.

Igualmente se han colocado al final algunas

reproducciones caligráficas de F. Galán.

Se han corregido algunas erratas.

-o0o-

Edición digital realizada para su libre difusión por la Red

*Libros Libres  
para una Cultura Libre*



Biblioteca Virtual  
OMEGALFA

2020

Ω

## INDICE

I. Empieza mi vida	5
II. Una fiesta en mi honor	26
III. Me incorporo al frente	32
IV. Vida de campamento	40
V. El fuego	59
VI. Invierno hasta ver nieve	95
VII. Hospital	102
VIII. En Madrid	114
IX. Prisionero	138
<i>ANEXOS</i>	178
<i>Nota biográfica</i>	179
<i>Un rasgo humanitario</i>	184
<i>Una acción de guerra</i>	187
<i>Cuartillas autógrafas de Galán</i>	192



*Fernando Galán*

# La Barbarie Organizada

NOVELA DEL TERCIO

Por FERMÍN GALÁN

Editorial Castro  
Madrid 1930

Primera edición



## CAPITULO PRIMERO

### Empieza mi vida

#### 1

**U**NA voz íntima me alienta y me excita:

—Haz un último esfuerzo. El hombre que quiere trabajar encuentra trabajo. No te declares derrotado.

Pero las fuerzas me faltan en mi ya larga peregrinación de hambriento. He llamado aquí y allá he pedido. En este lado he rogado. En aquel otro me he humillado. No puedo hallar un sitio en donde trabajar y honradamente ganar mi sustento.

Una tarde de otoño gris y helada. El cielo cargado de plomo parece aplastar la vida entera. Fuerza invisible me empuja hacia un banderín de enganche. Es una mansión cuartelera con aspecto de viejo convento emancipado. Ante un oficial obeso y rasurado doy un nombre: Gustavo Pedral de Nieva. Me dan una boleta de soldado y dos panes que no rechazo, que necesito para no caerme de hambre. Salgo al exterior con timidez, avergonzado de mí mismo. Una brisa penetrante y viva me da en el rostro serenándome.

¿Qué rumbo lleva mi vida? ¿Se lo trazo yo acaso? ¿No es ella la que sobre mí se impone y me empuja, me empuja? ¿Qué terrible es vivir en la compañía de tantos hombres y solo!... ¿Solo...! ¿Qué grande es la indiferencia de todos

para el caído! ¿Indiferencia?... No soy exacto. ¿Hostilidad? Sí, hostilidad es la expresión.

Hago mi presentación como soldado voluntario en la Plana Mayor de Mando de la Legión.

\* \* \*

Es anochecido. Llego al amplio campamento de instrucción donde reciben educación militar los legionarios. Las luces parpadean en una gran extensión.

Un cabo me conduce a un pabellón que rebosa hombres por sus flancos.

—Levanta un jergón—me dicen.

—Esta es tu cama. Deja tus cosas allí encima. Mira el conjunto humano almacenado...

Y me sigue hablando con palabras suaves, llenas de afecto.

—Estos son tus compañeros. Y yo, para cuanto necesites, puedes venir a mí. Te enseñaré. Te orientaré. Mi cama es la última de esta fila.

Se marcha.

Pongo mi equipo sobre una percha habilitada para este fin. Mientras lo hago, se me acerca un compañero.

—¿Has llegado hoy? —me pregunta sonriente. Y casi seguido habla.

—Llegas triste... Eso nos pasa a todos. Es la novedad, ¿sabes? El cambio siempre le sorprende a uno. Aquí el trato es afectuoso, aunque existe rigidez. Pero no es una rigidez bruta, sino comprensiva y amable...

Llega otro compañero. Y otro, y otro. Hasta cinco, seis o diez... No lo sé. Me rodean. Me preguntan con cortedad unos. Con desfachatez otros. Contesto a lo que sé y puedo. Me confunden. Concluyo por azorarme y perder mi personalidad. Uno de los presentes inquiera mi nombre. Y como si comprendiera mi situación embarazosa, dirigiéndose a otro, dice:

—Vamos a celebrar la venida de este camarada... Anda, Pedrol, vente con nosotros. Y me saca del grupo cogiéndome del brazo. Yo me dejo arrastrar. Ya fuera del pabellón uno de mis amigos me infunde confianza.

—Te extraña esto; pero, ya verás. Aquí somos buenos camaradas. La unión existe entre nosotros. Pronto te acostumbrarás.

Entramos en una cantina. Varias mujeres están sentadas en las piernas de unos legionarios. Beben y fuman y ríen. Sobre todo ríen, con risa metálica extraña.

—¿Qué te parece? —me dice uno de mis generosos amigos haciendo alusión al cuadro que tenemos ante nuestros ojos.

—Bien—contesto, sin cabal conocimiento.

El otro dice:

—La vida del campamento está en estas cantinas concentrada.

Nos sirven unos vasos de cerveza. Hablamos de algo. De cosas leves. Yo les pregunto cómo se llaman.

—Melchor Brabante— me responde uno—. Soy nacido en Coimbra —agrega.

—¿Portugués?

—Justamente.

—Jaime Torrelles—me contesta el otro.

Brabante es un muchacho fuerte y vigoroso. Velludo como un oso. De rostro franco y rudo. Torrelles es de facciones y modos delicados. Alto, delgado. De rostro serio y enigmáticamente expresivo. Al portugués apenas se le nota el acento natural de su lengua. Torrelles, sin embargo, posee un ligero acento catalán.

—Catalán soy, de Reus —exclama.

—¿Y tú? —me pregunta Brabante.

—Soy castellano—contesto—, nacido en un pueblecito de la Vieja Castilla.

—¡Oh! Muy bien—exclama el portugués—, Portugal, Castilla y Cataluña. Iberia—agrega jovial—. ¡Iberia...!

Frente a nosotros hay sentados tres compañeros. No hablan. Cada uno abstraído mira a un punto imaginario. ¿Qué pensarán?

Dos mesas más allá, otro compañero, solo. Tiene ante sí una copa y media botella de cognac. Con rapidez bebe copa tras copa mientras lee un papel que guarda para volverlo a sacar y leer de nuevo, volviéndolo a guardar y a sacar y a leer una y otra vez. ¡Qué raro!

Al fondo las prostitutas discuten entre sí o con los compañeros que las atienden. De cuando en cuando, en el grupo que forman, suena un grito, una risa procaz, una blasfemia, un suspiro grosero, un juramento, que sobresale por encima del tono de una conversación activa y animada.

Un compañero, con la cabeza blanqueada por los años, entra acercándose casi seguidamente a nosotros. Saluda a



mis dos amigos. Y luego, haciendo alusión a mí, dice:

—¿Un nuevo camarada?

Torrelles nos presenta.

—Andrés Bustillo—. Habla dándome el nombre del recién llegado—. Colombiano de nación y un buen amigo nuestro.

Bustillo es hombre ya de edad madura. Su rostro ofrece un gesto invariable. Su boca cortada en una sonrisa, no expresa con claridad si es triste o alegre. Algo encorvado mira al suelo y mueve a cortos intervalos la cabeza de un lado para otro. Un sello de honda preocupación domina a toda su persona.

Salimos fuera. Damos unas vueltas por una ancha avenida. Tocan a lista. Y luego con timidez, haciendo dulzonas sus palabras:

—Bien, hombre, bien—me dice—. Ya te irás iniciando en esta vida que tiene un poco de todo.

Brabante, Torrelles y yo, nos encaminamos a nuestro pabellón. Las cantinas se vacían. Por todas partes los hombres corren camino de sus alojamientos. La corneta los ha expulsado a todos de todas partes.

—Soy uno—me digo—. Uno, uno más.

Rompemos fila. Y me pierdo en la confusión de la columna lanzada a la dispersión.

Salgo al exterior arrastrado por la masa que se desborda. Ya fuera, solo, sin saber adónde voy, vago por el campamento. Múltiples pensamientos se agolpan en mi mente amontonándose unos sobre otros. Mi cabeza arde. Anda sin orientación. Recorro el recinto a la ventura. Llego a

unas rocas que me hacen tropezar. En un extremo de ellas me siento. Miro al cielo plagado de estrellas que tiemblan en la inmensidad del abismo. Miro al mar, a mis pies. Está partido en dos por una faja de plata que la luna le ciñe. Está quieto. Sólo la faja se mueve sobre sí misma como si tratara de hacer plana la superficie de las olas. Contemplo las dos inmensidades, La del cielo y la de las aguas profundas. Y veo la pequeñez de mi ser.

Pero mi alma, desdeñándose a mí mismo, está presente, triturándose dolorosa con sus atribuciones violentas. ¡Cuánto más felices seríamos si no tuviéramos alma! No sufriríamos, me digo. Divago. No tengo valor para seguir luchando con la vida. ¿Qué debo hacer? ¿Insistir en la pelea,...? ¿Siempre se encuentra un pedazo de pan pagado con el sudor de la frente? No; siempre no. Yo no lo he encontrado.

La noche se hace oscura. Me envuelve con su quietud silenciosa. Torno hacia mi pabellón, pero no conozco el camino. En la esquina de una casa veo un legionario en actitud inmóvil. Me aproximo a él. Da un gemido.

—¿Qué hay? —dice con voz gangosa.

Le observo y comprendo que está borracho. Le pregunto qué camino debo seguir. Me acompaña. Entre insultos me lo enseña extendiendo una mano mientras con la otra se apoya en mi brazo para no desplomarse. Le sujeto. Juntos, tropezando aquí y allá llegamos a mi pabellón, que también es el suyo.

Abrimos la puerta. Un sargento nos espera.

—¿De dónde venís? ¿De la cantina? ¿No habéis oído tocar silencio? —grita huraño.

De un fuerte golpe en el pecho me derriba sobre la cama. Me incorporo. Y me golpea de nuevo en la cara. Sus dos manos las siento en mi rostro como dos hierros ardiendo que me quemaran.

No sé qué hacer. Vacilo. Detrás de mí, un legionario viejo habla al sargento.

—Es un muchacho nuevo, que no sabe.

—¿Que no sabe? —dice—. Así aprenderá. ¡Hala! ¡A la cama! Y ya sabes que al toque de silencio debes estar acostado!

Me obliga para que ayude a llevar al borracho a su camastro.

—¡A dormir! —me grita descompuesto, todavía.

Me ahogo. No sé explicar la sensación que siento. Cuando ya acostado me tapo, subo la manta sobre la cabeza y lloro amargamente. ¡Pobre de mí! ¡Soy una cosa! ¡No soy nadie!

\* \* \*

He estrechado mi amistad con Bustillo. Terminada la jornada nos reunimos. Y juntos recorreremos las afueras del campamento, buscando en la soledad, tranquilidad a nuestros espíritus.

¡Cuánto coincidimos!

La vida ha traído al colombiano al mismo lugar que a mí, por camino diferente, El, antes de ser legionario, no ha pasado hambre. No ha sufrido los rigores de la hostilidad de los hombres. Ha llevado una vida relativamente holgada.

Sin preocupaciones materiales. Pero ha logrado poco a poco, en meditaciones sucesivas, abarcar una concepción pesimista y fatal de la vida. He aquí la causa de su estancia en la Legión.

—Cuando yo establecí mis primeras conclusiones—me explica—, creí que eran falsas. Y me esforcé en destruirlas por medio de un razonamiento metódico y ordenado. Pero cuanto más me esforzaba por cambiar el horizonte en que mi espíritu se movía, más me adentraba en lo que ahora es para mí una verdad inmutable y confortante.

Y continúa:

—Créeme, Gustavo. Puede que el tiempo abra ante tus ojos otra visión más feliz que la mía. Pero aunque así sea, esa visión será mentira. Estoy seguro. La única visión verdadera es la de que no tiene ningún objeto nuestra existencia. ¿Para qué vivimos, di? ¿Qué fin cumplimos en este mundo? Llena de angustias y de dolores, la humanidad vive un calvario trazado sobre una trayectoria milenaria, sin que nada justifique ese calvario ni la existencia misma. ¿Por qué vivimos? ¿Para qué? Créeme, amigo mío, vivir es una cobardía. La vida es un sufrimiento continuo sin finalidad formal alguna.

No sé por qué pienso, escuchándole, que no está en lo firme. En mi interior siento que sus razonamientos son falsos. Sin embargo, no los refuto. Asiento. Mi estado de ánimo encuentra en sus palabras un consuelo.

Puesto que la vida no tiene ninguna finalidad—me llevo a decir—, es justo preguntarse: ¿Para qué vivimos entonces? ¿Por capricho acaso de un Dios que se complace en martirizarnos? Y siendo esto así, ¿qué valor tiene la vida? Es cierto. Vivir es una cobardía.

E interrogo a Bustillo:

—¿Y cómo si piensas así, continuas viviendo?

—No tengo valor para matarme—me responde fríamente—. Muchas veces lo he intentado y no he podido. Me han faltado fuerzas.

Ambos queremos morir sin que tengamos que hacer por nuestra parte ninguna violencia. Paso mi recuerdo, en estos días que tanto sufro, por los años vividos desde niño y no encuentro en ellos más que aliento para acabar con mi vida miserable. Mis juegos. La muerte de mi padre. Los apuros de mi madre por sacarme adelante. Nuestra miseria concentrada en un modesto hogar de labriegos que fueron acomodados y que perecieron con sus predios en mano de la usura. Una olla al día. Una comida. A veces, pan solo para el día entero. Otros días, ni pan con que engañar el hambre. Así pasaba el tiempo. Mi madre enfermaba. Yo crecía... Muerta mi madre, cerré aquella pequeña casa que tantos dolores guardaba y hui del lugar a tomar parte activa en la lucha horrorosa de los hombres. Era un muchachuelo con más ánimo que fuerza. Con más ilusión que vida. La ciudad me acogió hostil. Mendigué. Un día me recogieron y me llevaron a una casa de caridad o cosa semejante. Me dieron de comer, sitio donde dormir y un plazo para buscar trabajo. Encontré un puesto de recadero en una posada. Luego cambié de casa entrando de botones en un hotel, debido a la mediación de un viejo amigo del posadero. Por mis propios medios traté de instruirme. Aprendí bien a escribir. Luego empecé a leer para ir cultivándome.

Tales visiones renacen hoy en mi mente con fuerte colorido de fatalismo y de tragedia... Luego, los pasos que di solo.

Cada día era mayor mi afán por saber. Y todas las horas disponibles, las aprovechaba en adquirir conocimientos. ¡Qué envidia me daba ver, de mañana, pasar ante la puerta del hotel a los muchachos de mi edad con sus libros debajo del brazo! ¡Ellos podían consagrarse de lleno al estudio, sonrientes, sin otro quehacer que se lo impidiera! Yo, no. A los dos años justos en el hotel a que hago referencia, me dieron un puesto de escribiente en la oficina. Me subieron el sueldo y creí haber ascendido a una alta categoría intelectual, Y no fue esto así, pero gané mucho, porque pude dedicar más tiempo a mi instrucción. Nadie me orientaba, nadie encauzaba mi afán en una directriz concreta. Lo que aprendía, era multiforme, descohesionado, sin ningún rumbo verdadero. La asimilación de hoy era confusión mañana, que dejaba en mi ánimo una huella de decepción. Pero no por ello desistía. Seguía leyendo. Seguía estudiando sin descanso,

A los tres años de ser escribiente en el hotel, pasé a ser escribiente de una oficina de empresa con mejor retribución. Meses después me despedían de este sitio por exceso de personal,

Traté de recuperar la plaza del hotel perdida. Ya estaba ocupada. Otro hambriento como yo había clavado en ella su garra. Desde entonces, he desempeñado todos los oficios, todos los trabajos, Mi calvario es largo y renuncio a hacer su historia. Pude tener un equilibrio, y hasta lo que se llama suerte, si hubiera sido un poco servil y adulator. Pero no supe adular a nadie. Esta ha sido, sin duda, la causa principalísima de mi desastre. Mas no me pesa. Estoy satisfecho de mí mismo. Cuando el hambre me acosó, inhumanamente, me humillé en un esfuerzo instintivo de hombre que se anula. Y entré en la Legión, que me ofreció

un punto de refugio, exigiéndome, en cambio, la libertad y la vida. Pero antes de mi alistamiento, mi libertad y mi vida, estaban sacrificadas.

Todo mi pasado, tan breve, tan agitado, desfila ante mis ojos, en estos días en que mi pensamiento, hermanado con la idea de un fin rápido, lucha todavía como buscando una resistencia donde apoyarse, quizás para evitarme tan decisivo paso. Pero la estrechez y el dolor que oprimen a los hombres, forman ante mí una barrera imponente, reduciendo el horizonte de mis pocos años a una cruel y dura decisión. Morir es no sufrir—pienso—. Morir es descansar de una vida huérfana de alegrías, que ninguna bondad contiene y que ninguna piedad nos da.

Cuanto más medito la forma de matarme, más me decido por pegarme un tiro. Solo. En cualquier ocasión. En cualquier momento. Así se lo digo resueltamente a Bustillo. El trata de convencerme, para que antes dispare sobre él. Pero me niego a ello. Mátate tú a ti mismo, le digo.

\* \* \*

Estoy en una cama.

—Reacciona, reacciona—oigo decir—. Menos mal.

A mi lado reconozco a Torrelles y a Brabante.

Mi herida pierde gravedad. En la enfermería del campamento donde estoy, me cuidan bien. Estoy atendido. Todos los días vienen a verme Torrelles, Brabante y Bustillo, que alegan ser mis mejores amigos. Algunos oficiales también vienen. Me preguntan tímidamente por los motivos de mi determinación. Guardo silencio. Ninguno insiste. Mi caso no será el primero, verdaderamente, donde viven

como yo tantos desahuciados. El comandante llega. Viene solo. Se sienta en una silla cerca de la cabecera. Me habla paternalmente. Quiere saber las razones que me han impulsado al suicidio.

—Debes comprender—me dice—que por muy grandes que sean tus íntimos motivos, eres muy joven. Con el tiempo, los sinsabores de hoy, se diluyen para dejar paso a nuevas sensaciones de goce y de optimismo. Por muchos que sean tus sufrimientos la nota viril debe imperar siempre. ¡Qué sería si no de los hombres!

Habla de esta manera. Insiste en mi juventud y en que de ella espere. En que después de la triste experiencia vivida, se restablecerá en mis pensamientos el tono propio, alegre y activo de mis años.

—Pero dime—pregúntame amablemente—. ¿Qué causa ha sido?

Yo voy a contestar, pero no puedo. Me quedo un momento confuso. Medito no sé en qué. El corazón se me oprime. Los ojos se me bañan en lágrimas.

—Soy un desdichado —digo—, Y siento no haber muerto.

El comandante, prudente, guarda silencio. Después habla.

—Serénate, serénate. Que todavía no estás bien, Y puedes empeorarte.

En pie ya, dispuesto a marcharse, me coge una mano, la pone entre las suyas y arguye:

—¡Pedrol! Ya vives. Ya eres otra vez nuestro. Dame tu palabra de honor de que no volverás a intentar jamás lo que ahora has pretendido...

Hago un movimiento afirmativo con los ojos.



—Cuando necesites una ayuda, un consuelo, acude a mí.  
Como si yo fuera tu mejor amigo.

Y se marcha.

En mi consciencia, surgen pensamientos, ideas, que se oponen, que se enlazan. Mi cuerpo tiembla.

—He de renacer—me digo—. Mi vida no me pertenece. La he vendido para comer. ¡La he vendido! Y debo llorar mi gran desgracia, la gran desgracia de vivir...

Torrelles entra. Me mira.

—¿Qué te pasa? —me dice cariñosamente.

—Nada.

—¡Oh, no, Pedrol! —habla sentándose en la silla abandonada por el comandante—. Tú sigues sufriendo. Y esto no puede ser. Es preciso que yo sepa los motivos. Es preciso Me vas a contar. Sin ocultarme nada. Háblame como si hablaras a un hermano, que es lo que soy y quiero ser para ti.

Sus palabras me conmueven. Nadie me ha hablado nunca de esta manera. Su acento es cálido, sentido. Un hermano mío, si lo tuviera, no hablaría con la emoción que él ha hablado.

—Mi historia—le digo—es la historia de un vulgar desdichado. ¿Qué he de contarte? Nací en la miseria, viví un poco de tiempo con relativa holgura, y caí de nuevo en la miseria. La desesperación es una cosa lógica. Y si a este estado de ánimo unes la convicción de que la vida no merece ser vivida —convicción apoyada en mi triste experiencia—, ello te explicará mi situación. Mi deseo de morir. Y mi honda tristeza de hoy, por no haber acertado a

matarme.

—Calta, calla —me interrumpe—. No hables de morir. Has de vivir. Debes vivir.

Hay una pausa entre nosotros. Sin saber por qué nuestros ojos se encuentran dos, tres, cuatro veces. Con rápidas miradas, reveladoras en cada uno, de pensamientos que pugnan por salir, quizás no muy divergentes. Pero ni él ni yo hablamos. La pausa se prolonga.

—No creas que aquí todos gozamos y que vivimos la vida alegre y despreocupada que vive la mayoría—dice después de un rato de silencio—. Aquí hay quienes, por razones varias, llegan con sus vidas destrozadas y con la intención de hallar la muerte en un combate.

Sus ojos se clavan en el suelo. Queda inmóvil, quieto.

—Hago mal en preguntarte por tu pasado— prosigue— y tú haces bien en no hacer tu historia para evitar los recuerdos que te dañan, pero dime, Pedro: ¿por qué has venido a la Legión? ¿Por qué eres soldado?

—¡Oh! ¿Por qué? —digo—. ¿No es acaso un medio...? ¿Una dirección, al fin, para acabar de una vez...?

—Pero, ¿has venido voluntario...? —habla él, con gesto enérgico y a la vez afectuoso.

—¿Voluntario? —le respondo—. Voluntario he venido; pero forzosamente empujado por los azares de la vida...

—¡Ah! —exclama—. Es lo de todos. Es nuestra paradoja. Voluntarios de una voluntad ajena a la voluntad nuestra...

—¿Luego tú? —insinúa.

—Sí. Yo también soy un desdichado —me dice con sentimiento.

Alentado por la fraternidad en que estamos, trato de estimularle para que continúe hablando. Pero llega Brabante y se interrumpe la conversación.

—¿Qué? ¿Qué tal marchas? —me dice el portugués jovial y simpático.

Cambiamos unas palabras sin importancia. Sobre cosas del exterior. Y Torrelles reanuda el hilo de la charla que antes sosteníamos.

—Mucho hablamos Melchor y yo de lo mal dispuestas que están las cosas humanas —dice—. Y aunque no logramos llegar a un acuerdo en nuestras ideas, tengo la seguridad, querido Pedrol, que si te hubieras franqueado con nosotros y nos hubieras dicho lo que proyectabas, tus inquietudes se hubieran suavizado. Tu resolución se hubiera desvanecido,

Brabante nos mira a ambos. Hace un gesto como si asintiera a lo dicho por Torrelles. Este sigue:

—Bustillo piensa con lógica aparente. Bustillo no tiene razón. Ni tú tampoco.

Voy a hablar, pero Brabante no me deja. Torrelles, continúa:

—Es cierto que la humanidad, apenas se la contempla, ofrece un completo pesimista y fatal. Todo camina y nadie sabe adónde vamos. ¿Pero aun así?... ¿Qué fundamentos tiene nuestra visión de las cosas humanas, para asegurar que vivir es una cobardía? Cobardía es confesarse impotente, aun cuando sea uno aplastado. Cobardía es anularse a sí mismo para entrar en un ambiente morboso que ahoga lo máspreciado del hombre, su libertad. Cobardía es renunciar a la vida por el hecho de verla accidentalmente

destrozada. ¡No! Vivir no es una cobardía. La cobardía es matarse para no vivir. ¿Qué fin cumplimos con existir? ¿Para qué vivimos? —decís vosotros, con vuestro pesimismo trágico—. Y yo respondo: La especie vive sin ningún fin. La vida tiene su fin en sí misma. La libertad es el eje de la vida. Cuando no hay libertad... ¿cuál es la base en que apoyáis vuestros principios, al decir que vivir es la gran desgracia de los hombres?

Al llegar a este punto se detiene, mira a Brabante, me mira a mí luego, baja su mirada al suelo quedando pensativo y como si se contemplara a sí mismo. Y prosigue:

—En esto tenéis razón. Vivir es una gran desgracia.

Se oculta la cara entre las manos. Me quedo confuso, impresionado.

Brabante, como abstraído, abandonado más bien sobre la silla, mira con ojos perdidos a la ventana que hay junto a mi cama. Su labio inferior sale hacia fuera en un gesto que no sé apreciar si es de dolor o de desprecio. Me encuentro en mí mismo no sin cierta alegría al ver que otro como yo y quizás por muy parecidos motivos sufre. No sólo somos Bustillo y yo los afectados por un pesimismo doloroso. Otros hay que lo sienten en el fondo de su alma, aunque lo nieguen al hablar, para engañarse quizás a sí mismos. Somos muchos los heridos por la vida, Es posible que esta brava tropa de legionarios sea una tropa desesperada de desahuciados. Es posible.

Torrelles se repone.

—Perdona —dice secamente, dando a su rostro el aspecto habitual.

Nadie habla.

Los tres, a solas con nuestras inquietudes, permanecemos un gran rato callados. Un algo extraño y pesado nos domina. Torrelles vuelve a mirar al suelo en actitud de hombre vencido. Brabante sigue con su gesto, ahora marcadamente despectivo, mirando a través de la ventana.

Yo pienso en ellos en relación conmigo y una honda corriente de afecto nace en mi pecho al identificar mi pesar con el pesar de mis dos amigos. No estoy solo. No estamos solos.

Brabante habla hondamente, como lo hace siempre:

—Basta. No reflexionemos más. Los hombres somos unas bestias. Y la civilización, una mierda. Tú —dice dirigiéndose a Torrelles—, olvídate de tus pensamientos y vive tu nueva vida de soldado. Y tú —dirigiéndose a mí—, cúrate pronto, que yo me cuidaré de que tu pesimismo se aleje de una vez para siempre. En adelante es preciso vivir como lo que somos. Como unas bestias. Si la muerte nos sorprende, aceptémosla serenos. Que suene una carcajada limpia, en el momento final, como si fuese la muerte misma la que se riera de la bestialidad humana. Ya que nos la imponen, aceptémosla,

Y sus ojos brillan con brillo salvaje.

Bustillo entra en la habitación. Llega tímido. Como siempre. El paso, lento. El rostro, contraído como si sobre él pesara la responsabilidad moral de mi suicidio frustrado.

—¿Cómo sigues? —me pregunta con voz débil.

—Tú, Andrés —le interrumpe Brabante con voz fuerte—, Tú también has de olvidarte de tus preocupaciones. Y debes disponerte a ser un animal, como todos.

—¿Animal? —exclama Bustillo—. ¿Y qué hemos de conseguir con eso? ¿Acaso supone alguna variación? ¿No somos ya por desdicha todos unos animales? Los que no se dan cuenta de que lo son, pueden creer al tratar conscientemente de serlo que cambian las normas de la vida; pero, ¡oh!, inconscientemente, todos los somos. El que se da cuenta de ello y de que de igual modo lo son los demás, ése, como yo, aprecia la vida en su justo valor.

Torrelles interviene:

—Pero es necesario, aun cuando no des a ello valor alguno, que te aprestes a vivir. Espera la muerte en un combate. Sin hacer por tu parte nada por dártela.

—Es igual. ¿Acaso el hombre civilizado no es un bárbaro, más cruel, más hipócrita y más refinado que pueda serlo un bárbaro primitivo?

—Lo que quieras—insiste Brabante—. Pero tú, en lo sucesivo, ¿qué vida vas a hacer?, ¿la del bárbaro franco o la del bárbaro hipócrita? —¡Ah!, yo no quiero vivir ninguna vida... Yo sólo quiero morir—replica convencido.

Torrelles interviene.

—No, si debes vivir. Mientras no llegue tu hora debes vivir y sufrir como viven y sufren otros...

—No soy capaz de hacer nada por mí mismo —responde el colombiano moviendo la cabeza—. Me produce horror pensar que yo mismo he de matarme.

Hace un inciso.

—Admiro el valor de Gustavo, pero, aunque quisiera, no podría imitarle.

Las primeras sombras de la noche caen sobre las paredes

invadiendo los rincones. Un murmullo viene del exterior, uniforme, que no tiene sentido, ni dirección, ni fin determinado. El rumor de las olas se une al rumor de los hombres como si unos y otros, cobardemente, protestaran de algo que les oprimiera.

La conversación queda reducida a monosílabos. Las palabras se hurtan quizás por no romper la unidad de lo que cada mente para sí piensa.

Tocan retreta. Mis compañeros se van.

\* \* \*

El horizonte de mi espíritu se ensancha. Una sensación agradable de resignación, a la vez que de intensa rebeldía, me da vida y alma.

—¡Vivir! —me digo—. Sí, quiero vivir. Tengo ansias de vida plena. ¿La conozco acaso?

Me imagino la libertad como el eje de la existencia. Las palabras de Torrelles me alientan. Donde no hay libertad no hay vida —pienso.

He de vivir... Quiero vivir. Tengo consciencia en mí mismo, de mí mismo, por mi libertad. Por mi libertad tengo consciencia de mi vida. Sin libertad la vida no tiene sentido aunque tenga encauzamiento. Renazco al optimismo. Renazco con la identificación de mi ser. He de vivir. Quiero vivir. Mi vida se identifica con la de los que como yo han perdido su libertad. Con la de los que como yo no tienen propiamente vida. El sentido de la vida, preveo que en cualquier momento y ocasión, es siempre un sentido de identidad.

\* \* \*

Gran sorpresa lleva Bustillo cuando en días sucesivos nota el cambio en mí operado. Por todos los medios trata de retrotraer mi ánimo al pesimismo que ya queda lejano. Es en vano. Soy yo ahora quien con más ahínco que ninguno, ataco la esterilidad de sus ideas. Él se defiende. La opinión de que vivir es una cobardía está en él fuertemente arraigada.

Los tres me piden que explique la intimidad del cambio que paulatinamente experimento. Pero no sé hacerlo. Mis ideas tratan de abrirse paso en la maraña del caos que hasta ahora ha reinado en mi cerebro.

—Sólo sé —les digo— que renazco. Que mi propio ser se renueva en una dirección vital, intensa y vigorosa.

—Vano empeño —sostiene Bustillo—. Te engañas a ti mismo.

—Ya te convencerás de que los hombres somos unas bestias —afirma Brabante.

—Y llegarás a comprender cómo la vida es una integración de sí mismo en un plano de libertad moral —habla Torrelles.

\* \* \*

Me dan de alta. Salgo al exterior. En todo encuentro mayor templanza, menor hostilidad. Algunos me preguntan. Otros me miran curiosos. Me confundo con la masa, me pierdo en el vacío que ella en sí constituye. Y siento, a pesar de todo, en mi interior, que mi pecho se desgarrar.



—Vuelvo a vivir —me digo-. Pero sigo siendo lo que antes. Uno más de este rebaño humano sin libertad y sin vida. Uno cualquiera... ¡Nadie!

## CAPITULO II

### Una fiesta en mi honor

**E**L periodo de instrucción transcurre con calma. Mucho trabajo. Cansancio. Pero el ejercicio es sano y me estoy fortaleciendo mucho.

Brabante ha incorporado dos nuevos amigos, reclutas como nosotros, a nuestro grupo, con gran satisfacción de todos. Son dos muchachos. Argentino el uno y cubano el otro. Fuerte, recio de voz y violentos ademanes el primero. Bajito y muy simpático el segundo. Pablo Bernal y Luis Pelayo se llaman. El cubanito habla y sonrío a un mismo tiempo, precipitando las palabras y la sonrisa sobre una boca de dientes rotos. El argentino se expresa siempre con una seriedad tristonaa.

Brabante y los muchachos americanos han organizado una fiesta para celebrar mi “nacimiento”. La han organizado sin que Torrelles ni Bustillo ni yo hayamos sabido nada.

Hoy, después de terminados los trabajos del día en la reunión que todas las tardes tenemos, nos lo dice.

Agradezco mucho su idea, pero me niego terminantemente a que se realice. Mi ánimo, aunque bastante levantado, está todavía muy agitado por amargas reflexiones.

Torrelles y Bustillo se adhieren a la bondad de la intención, pero también se niegan a asistir al acto alegando motivos diferentes. Para Torrelles una fiesta supone, según él, una burla de su situación. Para Bustillo, una ficción innecesaria.

Pero son vanos nuestros esfuerzos. Pablo Bernal nos explica que todo está arreglado y que el desaire sería tal que representaría una ofensa hacia ellos el rehusarlo.

El cubanito dice lo mismo. Brabante no atiende a razones. Llega la hora de la fiesta y a empujones nos lleva al lugar donde la tienen organizada.

Es un prostíbulo.

De un empujón, entran Torrelles y Bustillo. De otro, entramos Bernal y yo. Y tras nosotros, entran el portugués y el cubanito riéndose a carcajadas.

Una mujer gruesa, el ama, sale a recibirnos.

Brabante y Bernal cambian unas palabras con ella. Y luego, guiados del cubanito, subimos por unas escaleras sucias y mal olientes a un reservado del segundo piso. El ama, de nombre Genoveva, con aire de autoridad insolente, llama a las prostitutas a gritos, haciendo temblar las paredes.

—¡Juana, Lola, Paquita, Carmela, Maruchi, Fátima...!  
¡Vengan! ¡Aligerad! ¡Daros prisa! ¡Que arriba os esperan!

Su voz es desagradable, irritante.

Las mujeres llegan ante nosotros. Esperan nuestra elección. Todas son jóvenes. Pero todas están envejecidas por la azarosa profesión que eligieron, ¿Eligieron?... Digo mal. Nadie elige libremente vivir en un infierno. Las fuerzas movibles, tiránicas y crueles de la vida, empujarían a unas a prostituirse. Otras, se verían atraídas por el espejismo de un placer aparente. El hambre en todas sería quizás el factor más decisivo que las arrastrara hacia este calvario. Porque es el hambre el eje sobre el cual giran, sin duda, las más grandes tragedias.

Las muchachas empiezan a animar la reunión. Ninguna se acuerda de su presente ni de sus íntimas miserias. Todas bromean, cantan y ríen. Nos sirven una cena. Comemos y bebemos en abundancia. Los cuerpos, predispuestos siempre y ahora más al deseo, se buscan ansiosos de goces interminables. Antes de levantarnos brindamos por nuestra íntima amistad. La madrugada entra. Por parejas nos separamos llevando cada uno al lecho a la compañera de aquella noche.

Bustillo se me acerca y sin que nadie le oiga, me dice:

—Siento asco de mí mismo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—¡Oh! Esto que hacemos es dar nuestra conformidad a la vida que hacen estas pobres mujeres. Es asentir a la opresión que las envuelve. Es tomar parte como actores en la farsa odiosa y repugnante de la vida, ¡Oh! Yo huiría de aquí. Me marcharía ahora mismo. Pero, por otra parte, no quiero... Ya ves... Ella está ilusionada con su viejo, como me llama. Y dice que, de tantas noches tristes y llorosas, tendrá una alegre y feliz. En parte, no tengo derecho a derrumbar la pequeña y pobre ilusión de una mujer que vive enterrada en vida. Me quedo, sí, pero, ¡oh!, amigo mío, tengo ganas de llorar... ¿Cómo le diría yo a ella que la ilusión pasajera de esta noche es el símil más concreto de lo que son las ilusiones en la vida? ¿Cómo le diría yo que nada somos y que sólo la ilusión de que somos algo, da hábito de consciencia a la inconsciencia egoísta y cobarde que nos mueve? Pero se reiría, ¿verdad? Se reiría. Me tomaría por loco. ¿Tú crees que debo decirla algo para que se aperciba? ¿Para que se dé cuenta de cómo emplea y malgasta sus años tras ilusiones tan tibias como pasajeras?

¿Para que se percate de la triste estupidez que significa la vida?

No puedo responderle. La Carmela llega y materialmente lo arranca de mi lado.

—¡Ay! ¡Viejo mío! ¡Viejo mío!

Y gime mimosa, abrazada a él, mientras se lo lleva.

La caravana de parejas desaparece. Juanita y yo también nos vamos.

En el trayecto pregunto a mi acompañante:

—¿Gozarás esta noche? ¿Gozas todas las noches?

Y me contesta;

—¿Te crees que porque esté con unos y con otros, por eso he de gozar? Algunas noches. Muy pocas. Las demás, es sólo una cosa aparente, la costumbre, el trabajo.

¡La costumbre!... ¡El trabajo!... Me hacen daño estas expresiones.

Juanita, en su vida de libertinaje y de placer aparente, aun teniendo tanta libertad para los moralistas del ambiente, vive oprimida, sin libertad verdadera.

¿Por qué existe la prostituta, si es ley natural que todas las hembras lo sean en la naturaleza por el hecho de cambiar de macho y que ninguna lo sea por el hecho de sacar una utilidad material de su poseedor? ¿Es posible que la inteligencia humana haya servido al hombre para establecer sus relaciones sexuales en contra del sentido natural? El alto sabor que se da a la posesión carnal en la vida social, junto a la miseria a la que no se da valor ninguno, produce la prostitución, la mercancía de cuerpos femeninos, que son después arrojados por la misma sociedad que los produce

a la esclavitud en que estas miserables viven.

Ya en el lecho, Juanita habla y me dice:

—¿Serás tú, vida mía, ese con quien a todas horas sueño?  
¿Uno que viene y me salva?

—¿Te salva?

—¡Sí! Yo aquí no vivo. Muero... ¿Serás tú, di, serás tú?

Estrechamente abrazados, veo nuestras libertades rotas en el huracán de la existencia. Rotas cada una por un lado. La voz de Brabante retumba en la casa sacándome de la abstracción.

—¡Ah, bestia romántica! ¿Qué sería del soldado si no hubiera barraganas? —dice en disputa con Torrelles,

Me levanto seguido de Juanita. Nos asomamos a verle. Completamente desnudos mis dos camaradas, están en el suelo, sentados, en medio del pasillo. Ante ambos hay una botella de cognac y dos copas.

Tornamos al lecho. Y cuando Juanita se acerca a mí a continuar el idilio empezado, la rechazo.

—Déjame dormir—la digo, volviéndome de espaldas.

Con sumisión que me hace daño, ella obedece, separándose prudentemente.

—¿Que no hacen ninguna falta los soldados? —dice en el exterior Brabante—. Para emborracharse..., ¿cómo no van a hacer falta?

Y continúa:

—¡Anda, bebe, bestia!

Tapada la cara entre las manos, Juanita llora. La atraigo hacia mí. La ruego que me perdone.

—Todos sois iguales —suspira—. ¡Qué sola está una siempre!

-¡Qué solos estamos todos! —pienso yo—. Todos nos atraemos y todos nos rechazamos.

Nos reconciliamos por fin.

Brabante y Torrelles siguen discutiendo de cosas cada vez más dispares. Están completamente ébrios. De pronto, suena un ruido de lucha. Me levanto y salgo al pasillo. Al fondo y al pie de una escalera, mis dos compañeros se golpean casi sin fuerzas para sostenerse en pie; pero furiosamente. Caen ambos al suelo y yo los levanto. "

\* \* \*

Me acuesto luego. Y sueño que los hombres somos cualquier cosa menos seres dotados de razón.

## CAPITULO III

### Me incorporo al frente

**E**NCAJADOS en las filas, como en un bazar se encajan los muñecos, varios cientos de hombres, sacados del gran almacén donde el azar los volcó como despojos sobrantes del mundo civilizado, esperarnos formados a lo largo de la avenida de entrada al campamento; la llegada del tren especial que ha de trasladarnos a un punto de dislocación, camino de las posiciones avanzadas. Vamos a cubrir bajas a diferentes unidades.

Momentos antes de embarcar, el comandante se presenta ante nosotros. Manda firmes. Los muñecos se estiran permaneciendo inmóviles. El comandante nos arenga:

—¡Ánimo, muchachos! Haced honor a Legión, madre de los expatriados y Cuerpo heroico! ¡Enaltecéd a vuestros pueblos y a vuestras regiones...! Vosotros, que os habéis formado bajo esta bandera gloriosa, lleváis en vuestros pechos el espíritu inmortal de nuestra raza. ¡Sed todos héroes! Que no sólo os honraréis a vosotros mismos y a vuestros pueblos, sino a la Legión que os alienta y os dirige, en nombre de la civilización. Designios de la Providencia, os envían para que llevéis, con la fuerza de vuestro empuje, la cultura y el progreso a estas tierras incultas, de oscuridad y tiranía.

Algo más exclama. Pero no presto atención a ello. Seguidamente, ordena desfilar para el embarque.

En un vagón, de lisas y no muy limpias tablas, entramos cincuenta, quizás sesenta. Cada uno ocupa en seguida un



puesto, hasta agotar la capacidad de los asientos. Otros vagones ya han sido cargados. Y otros, se van cargando.

La masa dispersa de los que quedan se hace compacta envolviendo al convoy por uno y otro lado.

Los compañeros, con frases de afecto, estrechan las manos de los que partimos.

—¡Buena suerte! —se oye de cerca y a distancia.

El tren bloqueado por aquel enjambre, parece respirar con fuerzas como preparando su evasión, Los que en el tren estamos y la muchedumbre hermana que en tierra queda, somos — según el comandante—, enviados de la civilización por designio de la Providencia. La intervención de la Providencia en la falta de libertad de los hombres, desempeña, pues, un papel importantísimo. Providencia..., Civilización... ¡Qué horror!

El tren parte. La masa de legionarios, apretada a sus flancos, se agita vivamente. La voz de Brabante suena, brusca, a mi lado.

—¡Eh! ¡Haced los honores, muchachos!

En una de las últimas pequeñas colinas próximas a rebasar, están la Genoveva y otras amas de prostíbulo, en unión de todas las pupilas libres en aquel momento.

Lloran y agitan sus pañuelos. La expedición las saluda con una infernal gritería.

—¿Ves cómo lloran? —ruge Brabante a Torrelles—. Tienes que comprenderlo. ¡Qué sería de ellas si no hubiera soldados! ¿A quién querrían? Y nosotros, ¿a quién querríamos? Tal para cual. Debes convencerte. Nos comprendemos.

Veo a Juanita y recuerdo sus lamentaciones:

—A todas horas sueño que viene uno y que me salva. Aquí no vivo. Muero.

Voy a asomarme una vez más a la ventanilla para contemplarla, pero desisto. ¿Para qué? Nada puedo hacer por ella ni por mí, ¡Todo lo tienen los que nos dirigen tan estudiado!, ¡tan meditado!

El tren activa su marcha dejando atrás nuestro breve pasado.

El ritmo del convoy en movimiento parece repetir con cruel ironía:

“¡La civilización os manda...! ¡Ella os envía!”

Miro fijamente al interior.

Tres alemanes, sentados, con aire taciturno, admiran el paisaje, cambiando de cuando en cuando una frase breve. Un húngaro discute con un andaluz de alguna cosa. Cierta francés, soldado viejo, que había pertenecido muchos años a la Legión francesa, habla con un grupo de compañeros vascos, de sus hazañas en anteriores tiempos. Es hombre ameno y simpático, pero algo extraño. Como muchos otros, viene embargado, sin duda, por algún secreto, sin que pueda romper definitivamente con su pasado. Porque, todos se quejan para sí. Y nadie saca al exterior el amargor que les invade con el que gozan, ya sufriendo, o llorando, ya riendo, mientras tejen con mecánica inconsciente su vida cotidiana.

Pelayo habla muy entretenido con dos italianos cuando Berna! y yo nos acercamos al sitio en que está.

Uno de estos italianos se llama Benito Mussolini, nombre

supuesto como el de la mayoría de nosotros. El otro, es un invertido, atrevido y gracioso, que atiende por Piccolina. Es objeto de burlas constantes por parte de todos.

—¿A qué has venido tú a la Legión? —pregúntale Bernal.

—¿Yo? Mira éste —replica sonriente el invertido mojándose los labios con la punta de la lengua.

—El día que oigas un tiro, vas a correr más que un galgo —dice Pelayo.

—Que una galga, dirás —arguye alguien.

—¿Correr? —dice Piccolina—. Eso, ya lo veremos.

Llega Brabante seguido de Torrelles.

—Oye, Piccolina —dice a éste el portugués dándole un pellizco en una nalga, ¿Quién es ahora tu querido?

Mussolini, que suele irritarse con frecuencia ante las burlas que todos hacen de su compatriota, se levanta azorado.

—Déjale en paz, imbécil —grita a Brabante amenazándole con el puño.

El tren se detiene ante una de las pequeñas estaciones de tránsito. En el andén apenas si hay gente. Sólo un vendedor de mariscos y otro de periódicos, corren de extremo a extremo ofreciendo con prisa su mercancía.

Brabante, al ver la actitud amenazadora de Mussolini, se excita y abalanzase sobre él. Envuelve a éste entre sus fuertes brazos y lo lanza por la ventanilla, del mismo modo que se lanza un guiñapo. Luego hace la misma operación con Piccolina. El escándalo que los compañeros del vagón arman es enorme. Gritos, silbidos, frases groseras y picanterías convergen a granel sobre los dos italianos. Estos, en el suelo, insultan con ira enconada a Brabante, primero; y

luego, a todos.

Un sargento llega.

—¿Qué ha pasado? —pregunta a Mussolini.

—Nada —dice éste secamente.

Piccolina va a hablar con intento de denunciar el hecho, Pero su compatriota no deja que continúe.

—La delación te la guardas para mejor momento —le dice. Y sin reparar en la presencia del sargento, le da un tremendo puñetazo en la cara que a poco si le hace caer al suelo.

El sargento abofetea a Mussolini. Este permanece impasible. Perfectamente cuadrado. Es un poste recibiendo bofetadas.

En marcha de nuevo el tren, perfora la montaña al entrar en un túnel. Parece buscar un horizonte nuevo. Y el túnel lo vomita arrojándolo a un llano de amplitud inmensa. Por él corre acelerado. Como si huyera de la soledad del paraje desértico.

Recorro el vagón. En un ángulo va un compañero en actitud inmóvil. Haciendo con los dedos bolitas de papel, que tira al suelo.

Monótonamente hace estas bolitas y las arroja, sacando el papel no sé de qué parte. Otro, en otro lado, parece hipnotizado por algún monstruo que le influenciase. Mira al paisaje con ojos salientes, el rostro demudado. Más allá Torrelles, muy quieto, contempla el panorama con indiferencia, Lo veo abstraído, pero sin que los móviles de su abstracción se reflejen en su semblante. Bustillo, frente a él,

medita con la vista inclinada al suelo. Los demás... Algunos ya van ebrios. Otros juegan, haciendo del asiento mesa. Y otros discuten o cantan o ríen.

La masa es ajena evidentemente a la trágica comedia que representa. La mayoría ignora que va a enfrentarse con la muerte. Y los que lo saben, parecen no recordarlo. ¿Para qué? Voluntarios son para morir y a eso han venido.

La blanca Tetuán, ciudad de inquietante misterio, con sus torres implorantes y sus harenes tiránicos, emerge de una pendiente como espuma abortada lentamente por los montes.

Un oficial del Estado Mayor nos espera. Se nos dice que tenemos prohibida la entrada en la ciudad. Brabante inquiera la causa y se la va comunicando a todos.

—¿Sabéis por qué? Porque dicen que somos unos bárbaros. ¿Qué os parece?

Comemos rancho al pie de la ciudad. En unos camiones de carga, cerrados, subimos unos doscientos. Nos obligan a apretujarnos como en una banasta se aprietan las sardinas. En marcha.

—Pero oye —grita uno de los que están a mi lado. ¿Adónde vamos? Con estos lienzos echados no podremos ni respirar.

Otro dice:

—¿Han prohibido que los levantemos!

—¿Por qué? —interroga otro.

Nadie contesta. Nadie lo sabe. Los lienzos deben ir echados, sin saber nadie por qué. ¿Preguntar la causa? Es inútil. Será orden importante, quizás transcendental. No la dirán.

La disciplina, además, impide estas preguntas.

Los baches del camino, abiertos por recientes temporales, sacuden el cuerpo de los camiones jugando con nosotros en el interior. Ya somos lanzados contra una borda. Ya contra nosotros mismos, a modo de polichinelas.

¿Qué otra cosa es este cargamento de hombres uniformados, que un cargamento de polichinelas?

¿Cuál es nuestra personalidad?

—Van ciento noventa y cinco hombres—dijo un oficial a un jefe, momentos antes de partir de Tetuán,

Ciertamente. Nosotros somos 195 hombres. Nuestra personalidad es 195. Un conjunto de voluntades subordinadas, de libertades vencidas, de individualidades anuladas, sin más representación que la de 195. 195 lo es todo para nosotros. Si en el camino un camarada se muere, se resta uno. Y el total lo comprenderemos: 194, que será nuestra nueva personalidad.

Cuatro horas de marcha. Una parada. Una fuente. Agua.

—Que salgan sólo tres, por camión, con las cantimploras de los demás—ordena una voz autoritaria de extremo a extremo del convoy—. ¡Tres! ¡Qué salgan sólo tres!

Y tres descienden de cada camión, volviendo con agua fresca para saciar nuestra sed y nuestro cansancio de hombres agotados por el singular esfuerzo de ser transportados de un punto a otro.

Otra vez en marcha. Una hora, otra hora. La misma perspectiva de los lienzos echados. Tras de nosotros otro camión. El polvo nos cubre. Nuestros rostros se muestran cansados. Seguimos tambaleándonos los unos contra los

otros.

Tres horas más de viaje incomprensible y fantástico. Otra parada. Silencio.

—¡Venga!... ¡Abajo!... —gritan fuera.

Hemos llegado. Poco a poco nos vamos congregando. Formamos. Aquí está la posición de término. Los legionarios del destacamento salen a recibirnos. Delante de ellos está el comandante de la Bandera, rodeado de oficiales. El Jefe de nuestra expedición, manda firmes. Y dice luego a su camarada:

—¡Ciento noventa y cinco!

Al pasar frente a nuestros compañeros de la posición, Piccolina causa una explosión de risa.

—Es uno..., ¡uno más! Y nadie debiera reírse —digo para mi interior y como si respondiera a todos—. La Civilización no entiende de cómo es cada cual. Los despojos son tirados al arroyo o recogidos por designio de la Providencia para ser utilizados hasta que no den más de sí. ¿Que en esos despojos hay un hombre invertido? Es un accidente en el que no puede reparar, ni la Civilización ni la Providencia... Porque al fin es uno., ¡uno más!

Dentro ya de nuestros alojamientos, contemplo el asentimiento a nuestros destinos que la mayoría de los rostros denota: Con dolor veo que somos carne barata y sin esfuerzo comprada.

## CAPITULO IV

### Vida de campamento”

**E**L campamento parece una amplia corona que adorna una cónica montaña.

El panorama por los cuatro frentes, es asaz salvaje y abrupto. Una línea de altos montes constituye los bordes de una enorme cazuela, en cuyo centro se alza la colina de nuestra posición. Por doquier se hallan peñas desnudas, de proporciones grandes, empotradas en el suelo, Barrancos de corrientes secas y de laderas profundas. Montes a granel, de cima chata, espesos, cubiertos de bosque bajo y de enmarañada maleza. Arboles caprichosamente distribuidos en los barrancos, en las pendientes y en las cimas. El medio da la sensación de una identidad plena entre el hombre y la naturaleza, El interior del campamento está lleno de barracones, Las cuadras, bajo una amplia techumbre que parece montada al aire. El polvorín saturado. Depósitos de material de boca y de guerra, sobre tierra o bajo ella, Tiendas-parques, El horno y talleres de reparación. Los aljibes. Las cantinas. Junto al parapeto, los cañones en batería. Las ametralladoras ocupan sus nidos, En otro lado, los morteros. Rodeando la posición hay una tupida red de alambres de espino con soportes altos y bajos de hierro enmohecido, que la sostiene.

Un fuerte sol, un cielo azul, una tierra cálida, un ambiente sano y fuerte impregnado de energía. Vida, mucha vida acumulada en límites demasiado estrechos. Me veo encerrado entre estas murallas bajas y sigo pensando que so-



mos como una jauría propiedad de alguien. De la Civilización nuestro amo, que nos alimenta y mantiene para emplearnos a su gusto en la caza de hombres y de pueblos. Como perros estamos en estas casamatas que contienen fusiles, ametralladoras, cañones y demás útiles de destrucción. Después de habernos educado convenientemente el instinto, llegado el momento, nos sueltan, Y al igual que lebreles diestros, invadiremos el campo dando aullidos detrás de la presa. En el choque con los otros, alguno caerá herido o muerto. Pero la Civilización lo mirará indiferente. Pronto ordenará la sustitución por otros que sacará de depósitos que tiene perfectamente dispuestos. ¡Hay tantos hombres!

Los poblados se levantan aquí y allá entre los montes. Tendidos sobre las vertientes. Unos quemados. Otros intactos. A retaguardia, la carretera. Una enorme serpiente de tierra que se arrastra por este hermoso y dilatado campo. A derecha e izquierda de ella, casitas oscuras emplazadas en las crestas más salientes y alzándose a modo de escarabajos que contemplaran la serpiente. Son blocaos.

\* \* \*

A la puesta del sol casi todas las tardes hay concierto junto a las cantinas. Lo da un cuarteto de bandurrias y guitarras, formado por compañeros nuestros. Casi toda la fuerza libre de servicio se reúne a su lado. Torrelles, Bernal y yo acabamos de llegar.

Brabante. Bustillo y Pelayo, están sentados en una mesa rústica. Tienen unas tazas delante. Bernal les pregunta qué beben.

—Café —dice el cubanito.

Tres o cuatro veces seguidas entra en una de las cantinas con las tazas vacías y sale con ellas llenas.

—¿Y cómo bebéis tanto café? —les pregunto.

—¡Bestia...! —me responde Brabante—¿Te crees que nosotros somos como vosotros? ¿Esto es peleón. ¡Mira...! Y bien negro.

—De la tierra—dice el cubanito.

—¿De qué tierra? —pregunta Torrelles.

—De la de su padre. El muy pillo viene en sobres. Aquí se deslía con agua de una cuba y alcohol, vete a saber de dónde. Y cosa fina... ¡Prueba!

Bustillo ha estrechado su amistad con Brabante y con Pelayo. No quiere decir esto que la amistad de los seis se haya roto. Pero con sencillez formamos dos grupos de tres, estando los de cada grupo más unidos que los dos grupos entre sí. El estrechamiento de la amistad entre Bustillo y Brabante, ha traído, como consecuencia, la inclinación de Bustillo a los gustos y aficiones del portugués, que en ocasiones no tenía más gustos ni aficiones que las del cubanito. Bustillo bebe mucho. Más de un día lo veo borracho, diciendo a cuantos se encuentra que vivir es una cobardía. Empieza a ser objeto de burla general por los ya curtidos en las lides del alcohol. Con la taza de café delante, su gesto es de un hombre momia. Está completamente borracho, Le hacemos varias preguntas y a ninguna responde. Nos mira con sus ojos enrojecidos. Luego mira a cualquier parte, Brabante le anima.

—Vamos, viejo, ¿qué te pasa?

Como sugestionado, el colombiano mira al portugués dispuesto a obedecerle.

—Anda, bebe —le dice Brabante, dándole otra taza—. Bebe y muérete., ¡Porque a eso has venido aquí, animal...!

Bustillo bebe.

Brabante le quita luego la taza de la mano. Él continúa impasible.

Próximo a nosotros está Ibáñez. Un muchacho joven al que muy a menudo suele vérselo llorando separado de todos.

En un descanso, un compañero de los dos que tocan la guitarra, traza unas notas aisladas que se pierden en el aire. De una piedra donde está sentado se levanta Petrelli. Este es uno de esos hombres envueltos en un misterio que no se sabe si es cómico o trágico, Nadie sabe de dónde es. Cuando se le pregunta cuál es su nacionalidad, dice que ha nacido en un bosque y que su patria es el mundo. Habla muy poco y con acento afrancesado. Gusta de beber cognac con una insistencia atroz, Pero, cosa rara, su estado es siempre norma. Sus ojos saltones miran con embeleso a todos y a todo. Sus gestos son inexpresivos y en apariencia es el hombre más vulgar que yo he conocido.

Con entusiasmo que le sale del alma se acerca al compañero que ha tocado las finas y breves notas y tartamudeando le dice:

—¡Toca! ¡Toca eso un poco! ¡A ver!

El tocador le obedece diestramente.

—Muchachos, muchachos —grita Petrelli a todos, haciendo que estrechemos el círculo—. Escuchad, escuchad —dice—. Es el adiós a la vida. El adiós a la vida... ¡Esto

tiene algo que no sé si vosotros comprenderéis! Pero... ¡es algo grande! ¡Grande y sublime!

Ante la expectación irónica de un auditorio, en su conjunto hondamente escéptico, empieza a cantar en italiano con voz de tenor, bellamente timbrada, el adiós de “Tosca”. Nos suspende de admiración a todos.

Le premiamos con una ovación clamorosa.

—Otra vez, otra vez —suena de todas partes—.

Pero Petrelli se niega.

—¡Esto es cosa seria —dice con gravedad que hace reír a unos y ponerse serios a otros—. Si queréis cosa de broma, cantad vosotros... Yo, una vez fui tenor... Pero ya no soy nadie... Si he cantado ahora, ha sido porque el adiós a la vida hace ya tiempo que lo siento, pero con mi letra, con mis tristezas. ¡Comedias, no! Cantad vosotros... Yo ya dejé de ser tenor...

Y se abre paso por entre el círculo que formamos. Y se marcha perdiéndose por el campamento. Estamos todos mirándole marchar, cuando en una de las cantinas se oye un alboroto espantoso.

—¡Bronca! ¡Bronca! Esto es bueno —grita Brabante.

Las botellas y los vasos chocan contra las paredes, lanzados con fuerza.

—Un francés y un italiano —dice uno que sale.

Los dos contendientes salen conducidos por otros compañeros al botiquín de la Bandera. Las cabezas las llevan llenas de sangre. En ellos reconozco a Reinold y Mussolini.

Piccolina sale tras ellos dando gritos en contra del francés. Brabante le coge por un brazo y le hace sentar por la fuerza

sobre la mesa.

—¡Ven aquí, so maricón...! —le dice—. Cuenta, a ver qué ha pasado...

Piccolina va a empezar. Todos le rodean... Cuando está hablando, uno aparece con un cubo de agua y se la echa por la cabeza. La gritería es espantosa.

Escurriendo agua por todas partes, Piccolina huye. A pocos pasos, Brabante le tira, seguidas, tres tazas de vino a la cabeza. Una de ellas le alcanza en un hombro y Piccolina aprieta a correr como un potro desbocado. Los gritos le acompañan hasta que desaparece.

\* \* \*

Las sesiones de deportes en la plaza de armas del campamento son frecuentes, sobre todo, boxeo. Los negros, generalmente americanos, y los alemanes, tienen la exclusiva en las exhibiciones. La masa anhela la competición entre camaradas de nacionalidades distintas. Pero moralmente apoya a los dos combatientes, ora a uno, ora a otro. Y de no haber un árbitro que en el momento prudencial pusiera fin a los asaltos, la masa continuaría excitando a uno y otro, hasta que ambos se mataran.

El veterano Thurdeim, de mi compañía, jovial y alegre, hace siempre de árbitro. Es un inglés que no es inglés. Se filió como rumano. Inglaterra se opone a que sus despojos sean utilizados en los pueblos que no oprime ella. Un inglés debe morir siempre por y para Inglaterra, Aunque sea un despojo.

Arrieta, camarada vasco, de complexión extraordinariamente fuerte, es el que más público congrega. Sube al ring.

Combate con uno tan fuerte y tan hercúleo como él. Y todos esperan que la lucha sea divertida, Pero Arrieta, deja a su contrario sin sentido al primer golpe. Los espectadores, decepcionados, le premian con una gritería horrorosa. Arrieta, indignado, reta a todos los presentes. Sube otro. Empiezan y en el segundo encuentro el nuevo contrincante queda fuera de combate. La gritería se repite en forma más imponente que antes. Vuelve el vasco a retar a todos. Sube un tercero. Y como al primero, al primer golpe lo tumba al suelo. De nuevo la gritería suena, al parecer ya por sistema. Y de nuevo Arrieta reta a todos cada vez más enfurecido.

—¡Yo voy, yo! ¡Yo voy! —salta gritando Brabante.

Se enfrentan. Se miden, Ninguno de los dos saben boxear, pero los dos son fuertes, macizos y valientes.

Los golpes que ambos se dan son incontables. Ambos sangran por la nariz, boca, ojos y por todas partes. Los puños parecen mazas cuando caen sobre el contrario.

Muchos son los asaltos. La cosa parece no llevar trazas de terminar.

La masa goza lo indecible, viendo destrozarse a los dos hombres. Pero reacciona al fin, y pide que el combate se suspenda.

Un negrito, corneta con voz todavía infantil, sube al tablado.

—Combate nulo —grita.

Para él es la ovación que Arrieta y Brabante no quieren recoger por su brutalidad puesta bien a prueba.

\* \* \*

Al pie del ring Arrieta y Brabante se visten. Arrieta, mientras se pone la camisa, dice a Brabante que está dispuesto a continuar la lucha cuando el portugués quiera. Este no lo deja para otra ocasión. Acepta en el acto. Y sin guantes, se enredan de nuevo a darse puñetazos. Tenemos que entrar más de veinte a separarlos. Cuando están vestidos, Brabante invita a Arrieta a la unión y a la amistad. Invoca argumentos raciales. Arrieta acepta.

Más tarde cogen una borrachera juntos y tan tremenda, que hay que llevárselos al botiquín de la Bandera para que debidamente les cuiden. Les ve el médico.

—La borrachera de la paz —dicen ambos cuando empiezan a serenarse—. La borrachera de la paz. Acabamos de comer. Por entre las filas dispersas pasan dos automóviles de lujo. Se paran junto al alojamiento del comandante. Es una expedición científica que acaba de llegar. La forman geólogos, naturalistas, ingenieros. Son señores de ciudad. A todo sonríen. A todo mueven afirmativamente la cabeza. Todo les sorprende gratamente. Para ellos es turismo lo que para nosotros es habitual. Quizás sea ésta la causa de que nos llamen la atención sus gesticulaciones superfluas, sus sonrisas, su simpatía no exenta de estupidez...

Por la tarde salen a caballo acompañados de unos oficiales y seguidos de una escolta de caballería indígena venida expresamente para ellos.

Se pierden por retaguardia entre la sumisión y la quietud...

\* \* \*

Salimos para relevar los destacamentos de los blocaos. En mi grupo vamos quince hombres. Entre ellos estamos todos los amigos, como pertenecientes a la misma escuadra. Con nosotros viene de jefe el cabo Trabal, gran compañero, ya viejo en el oficio, El francés Reinold, el veterano Schilt, alemán, amable y cariñoso. El veterano Ruibal, de la Mancha, y otros más, de diferentes regiones. Ibáñez también se nos ha incorporado.

Nos vemos enjaulados entre cuatro paredes y un techo... Dentro una cuba grande con agua. Unos sacos de provisiones de repuesto. Cajas de municiones en un testero. Jergones con piojos. Agujeros de ratas. Pulgas en cantidad abrumadora...

A vanguardia hay un poblado incendiado, totalmente destruido. A retaguardia hay dos, reconstruidos, que todavía conservan las huellas de una reciente destrucción. A los flancos, tenemos dos blocaos tan solitarios y aburridos como el nuestro.

Estoy de servicio. Oscurece...

Una mora trata de cruzar la línea de la parte sometida a la insumisa. La doy el alto. No hace caso. Se obstina en pasar. Trabal hace un disparo al aire. La mora se para. Trabal, Brabante y yo, nos acercamos. El cabo la interroga. Es vieja y por la forma en que se expresa se ve que sufre mucho. Trabal, que medio la entiende, nos explica.

—Dice que tiene un hijo allá, que se está muriendo; que lo ha sabido en el zoco hace unos momentos y quiere ir a verlo...

Brabante y yo somos partidarios de dejarla pasar libremente. Trabal no se opone. Y la mora se despide de noso-



tros besándonos las manos y la ropa. La infeliz se va llorando...

—No sé si habremos hecho bien. ¡Miente tanto esta gente!... —dice Trabal.

—Mal no nos puede venir por lo hecho —digo yo.

—Pues claro, hombre, pues claro... —asiente Brabante—  
¡Que vea a su hijo! ¿Qué cosa más natural...?

No lejos de nosotros aparece una niña de unos diez años, corriendo tras un cabritillo por el monte.

—¡Calla! ¡Esta es joven! —exclama Brabante, con los ojos saltones.

La niña nos ve. Se detiene. Trata de huir temerosa. Trabal la tranquiliza. La habla. Llegamos hasta ella. Brabante la acaricia en forma que me da miedo. El cabrito pasa la línea hacia el otro lado, perdiéndose en la maleza. La niña se echa a llorar. Su padre la pegará —dice—. Pero en una carrera Brabante captura al cabritillo, volviendo con él entre los brazos. La niña da muestras de contento. Con el animal a la espalda corre veloz, separándose de nosotros. Brabante sigue tras ella con los ojos inyectados. Pero Trabal y yo le detenemos haciéndole regresar con nosotros al blocao.

\* \* \*

—¡Caza, caza! —grita Brabante fuera.

Salimos a ver...

Ruibal y él vienen con una burrilla de talla insignificante, ambos riéndose a carcajadas...

Sin resistencia meten al animal dentro.

—Por turno, ¿eh?... Y sin prisa...—exclama Ruibal.

En el rincón de la menestra, oculta a las miradas por una tela de lona, atan a la burra. Primero está con ella Ruibal. Luego Brabante. Luego otros... Todos salen con la cara congestionada y abrochándose. Todos lo toman a broma. Pero todos entran, incluso Trabal. Bustillo, mudamente entra y del mismo modo sale. Torrelles, se resiste; pero Brabante le empuja dentro.

—Habrá que lavarla antes —dice serenamente— ¡Después de tantos...!

Con un plato lleno de agua y un trapo en la mano, entra al rincón de la menestra. Y luego sale de allí abrochándose. El cubanito hace los elogios de la burra y propone que nos quedemos con ella.

Pero yo no hago más que salir, cuando el dueño del animal, un moro viejo que desde lejos ha visto como Ruibal y Brabante se apoderaron de su asna, se presenta en el blocao reclamando la devolución. Trabal se la devuelve, excusándose:

—¡Como la encontramos perdida!... —dice.

El moro da las gracias y se va tras de su burra, que presenta huellas inequívocas de la misión que acaba de cumplir.

La quietud del blocao es aún mayor que la del campamento. No sabemos qué hacer ni qué decir. Las conversaciones carecen de sentido. La cosa más nimia es motivo de molestia o de discusión que se prolonga de modo interminable.

Esta noche, reunidos todos en corro antes de dormir, hemos hecho lo que rara vez hacemos de modo colectivo. Mirar hacia el pasado. Verdaderamente parece que todos carecemos de pasado. El presente monótono y mecánico nos tiene anulados...

Bernal, sin proponérselo, inicia esta mirada retrospectiva.

Cada vez le noto más inquietud. Cambia de pensamiento a cada momento. No le satisface nada. Lo contrario que a Torrelles, que todo le parece bien, que a todo asiente con una indiferencia que no me agrada por la depresión en que poco a poco se va sumiendo.

El argentino bosteza sobre un jergón.

—¡Si estuviera ahora en Buenos Aires!... ¡Pero, no! Preferiría estar en Rosario. En Rosario o en Montevideo... ¡O en ningún lado! ¡Qué asco me da estar en los sitios donde ya he vivido!

—¿Conoces Nueva York? —le pregunta uno.

—Sí, pero estuve sólo dos días... ¿Ves? Allí me gustaría estar ahora.

—Oye —le dice otro con sorna—. Y Vitigudino... ¿Conoces Vitigudino?... ¿Y Valdeconejos?

—¡No! —responde.

Se abre una pausa.

Seguidamente cada uno nombra una ciudad. El pasado empieza a afluir sobre nuestros ánimos.

—Yo estaba en San Sebastián antes de venir a la Legión —dice uno—. Era...

Se detiene. No dice lo que era. El pasado surge vivo, conteniendo la expresión. Tras nosotros no suele haber ningún pasado agradable. Ninguno fue de felicidad y de esplendor.

Estamos juntos. En silencio. Cada uno parece reconstruir escenas vividas en tiempos no lejanos.

—Yo tenía... —dice otro.

Pero se detiene. No dice lo que tenía. Agacha la cabeza. Medita reconstruyendo, lo que no dice. Lo que siente y tiene vida en su interior. Pasan así varios minutos. Otros tratan de hablar y no siguen.

—¿Y qué? Aquí estamos y nada más —exclama alguien como sí se respondiera a sí mismo...

—Aquí estamos, sí —le responden dos, pausando las palabras.

—Pero, ¿para qué estamos? —insinúa otro.

—A ninguno se le ha perdido nada aquí —habla otro.

—¡Psch! Las cosas... —agrega otro.

—Nada cabe hacer... —sostiene otro.

—En fin de cuentas, nadie nos ha traído. Todos hemos venido voluntarios... —resume otro más.

El pasado, sin embargo, está sobre nosotros presionándonos. Pide al presente una explicación que justifique el tránsito operado. Pero esta explicación no es posible dársela. No se la sabemos dar. Permanecemos un gran rato mudos. A solas cada uno con sus recuerdos, más poderosos que nosotros. Más fuertes que la, realidad viva del presente que vivimos.

—Por muy mal que se viviera, no existía el peligro que aquí hay—habla espontáneamente uno.

Su voz es sincera, pero no encuentra respuesta. Los peligros entre nosotros no tienen un valor definido. El escepticismo es profundo. Se mira al peligro con frialdad como si no fuera verdadero peligro o como si éste no existiera. Diríase que la muerte es esperada por todos con una resignación maravillosa. Pero no: no es indiferencia, no es resignación. Es inconsciencia, adquirida con el hábito en un ambiente uniforme y único.

—¿Y por qué hemos de venir a combatir con esta gente que nada nos ha hecho? ¿Por qué venimos a sacarlos de quicio si a su modo viven satisfechos y felices? —habla simplemente otro.

Las respuestas son evasivas. Todas ellas, sin embargo, parecen decir: “Lo mandan, habrá motivo.” En nosotros no hay ninguna idea, ninguna intuición crítica, ningún juicio, que desentrañe la misión que cumplimos. Nuestro único guía militar es el mando. No concebimos nada, sin uno que ordene. El hecho simple del mando es para nosotros una razón suficiente. A toda orden precede siempre un motivo. No hay mandato alguno sin una razón que lo determine. Así lo creemos firmemente. Aun cuando el mando y la orden nos destrocen. Aun cuando este mando y esta orden no tengan ninguna razón que los fortifique. Estamos aquí porque lo mandan. Es justo pensar que habrá un motivo.

—Cumplamos el tiempo que cada uno tenga que cumplir. Y luego, la suerte dirá adónde vamos. —habla uno.

—Antes te pueden mandar a la fosa... —le responde otro.

—Bueno, así se acaba antes. Cuídate tú de no seguirme.

—No te importe... Ahí nos reuniremos.

Varios ríen.

\* \* \*

Ibáñez es español nacido en Argelia. No tiene padres, ni hermanos, ni nadie de familia. Es solo.

—Aquí he perdido mi nombre y todo cuanto fui, —me dice—. Era necesario.

Somos muy amigos. Me atrae este muchacho que sufre en silencio, que apenas si habla, que de todos huye, siendo como es, tan joven, tan niño. Le hablo. Le estímulo a que vea en mí a un amigo leal y franco, a un hermano con quien puede expansionarse para aliviar sus sinsabores. Me lo agradece mucho. Hablamos muy a menudo en las afueras del blocao. Paseamos o nos sentamos a la sombra de un viejo árbol, de tupida copa, que se yergue en la suave pendiente de retaguardia. Miro dentro del blocao no le veo. Salgo fuera. Me lo encuentro entre la maleza tumbado boca abajo. La cabeza, tapada entre los brazos...

—¿Qué haces? —le digo.

Me mira con ojos húmedos.

—Siempre estás lo mismo... ¿Qué te pasa? Cuéntame. Yo podré ayudarte. Consolarte quizás. Hacerte olvidar...

Su llanto se desborda. ¡Como un niño, como un niño...! Me acerco a él y le acaricio fraternalmente...

—Esto no puede ser. Siempre así. No puede ser, no. Siéntate, anda. Siéntate y habla.

Me obedece, se incorpora y se seca los ojos.

—Es inútil—me dice—. Lo mío... ¡Es inútil!, ¡es inútil!

—Habla. ¿Quién sabe?

Acosado cariñosamente empieza.

—Vas a conocer, Pedrol, lo que nadie conoce. Lo que sólo yo y ella conocemos...

Calla, mira a cualquier parte del monte y exclama:

—Ella, murió... ¡Pobre madre!

De nuevo llora como un pequeñuelo, con llanto agitado, inconsolable.

Se serena luego. Y continúa.

—En una casa de los alrededores de Argel, vivíamos mi madre y yo. Mi padre murió siendo yo muy chico. Dejé una herencia crecida. A mi casa solía venir con frecuencia un compañero de estudio de mis mismos años. Para mi madre era otro hijo. Con el mismo cariño que a mí lo trataba. Crecíamos. Ya éramos muchachos.

Se detiene. De pronto me dice:

—Perdóname que no siga. ¡Es inútil, créeme, es inútil! Yo agradezco mucho tu sinceridad de hermano., pero, ¡créeme! es inútil. No hay remedio, ni consuelo, ni forma humana de que mis dolores pasen al olvido. No es posible... ¡No es posible!

No insisto, callo.

Pero en la intimidad en que estamos, es él mismo el que insensiblemente continúa sin que yo le excite.

—Estaban próximas unas fiestas de disfraces. Alberto y yo estábamos entusiasmados con ir a ellas. Le dijimos a mi madre que nos preparara dos trajes...

Hace una pausa. Sus ojos miran hacia dentro como si todo su ser se reconcentrara en la intensidad de las escenas que reconstruye su memoria.

—El primer día de fiesta, terminadas las clases, nos vestimos. Mi madre me dio a mí un pierrot. A Alberto, un dominó. Ambos muy sencillos, bonitos y elegantes.

—He de enterarme yo de lo que hacéis—nos dijo con tono cariñoso.

—¿Nos vas a vigilar? —la dije yo en broma.

—Andad con cuidado —nos repitió con seriedad que su rostro no ocultaba... Seriedad extraña, algo emocionada... Pero hasta más tarde yo no supe siquiera adivinar... Besé a mi madre y me despedí de ella hasta la madrugada...

Ya en la calle Alberto y yo, para burlar su probable vigilancia, puesto que llegada una cierta hora nos habíamos de separar, decidimos cambiar de trajes. Cosa que hicimos casi en la misma puerta de mi casa. Y que después de hecha nos pareció propia de unos niños de ocho años. Pero hecha estaba.

Teníamos una cita con dos muchachas. Acudimos a ella. Mi pareja no llegó. Lo sentí. Nos marchamos Alberto, su novia y yo al baile. Ya encontraría muchacha para bailar y para divertirme. La pareja no era un problema.

Hace otra pausa, Sus recuerdos empiezan a agitarse convulsivamente y su rostro lo refleja. Tiene los ojos desorbitados sin mirar a ninguna parte,

—Ya entrada la noche —sigue— Alberto y su novia se marcharon. Yo me quedé en el baile con unas y con otras, pero sin pareja fija. Habíamos bebido bastante y yo estaba mareado.



Tenía el antifaz puesto cuando nadie o muy pocos lo tenían y ni siquiera me daba cuenta... Esta fue la causa fatal de todo...

Otra vez calla. Mira al suelo, a sus pies, sin que realmente vea nada más que lo que dentro le conmueve.

—Desde un palco alto, una mujer con antifaz, me llama con la mano. Creo que es a otro. Pero no. Me convengo de que es a mí. Lleno de ilusión subo saltando los escalones de cuatro en cuatro. Me recibe en el antepalco. Sin hablar. Sin decirme una palabra. Yo entro cohibido, mudo. La oscuridad nos envuelve. Me abrazo a ella. La beso. La digo algunas palabras. De pronto se resiste a mis deseos que el alcohol excitaba grandemente. Se resiste de modo inaudito. Parece volverse loca. Me huye. Trata de escaparse al exterior. Yo me opongo. Echo el pestillo. Y frente a la puerta, la cierro decididamente el paso. Se oprime con una mano el antifaz y forcejea conmigo por abrir. Por huir desesperadamente. Con resolución la tiro sobre un diván. Ella entonces da voces, grita. Pero yo, ni oía ni veía. No sabía nada de lo que hacía. El alcohol cegaba aún más mi codicia. A la fuerza satisfago mi brutal deseo, y a pesar del esfuerzo sobrehumano que ella realizaba para evitarlo. Luego, la arranco el antifaz con una mano.

Y enciendo la luz para verla... Era mi madre... Al contemplarla, la tierra me pareció que se hundía bajo mis pies. Tuve que apoyarme sobre las paredes para no caer. Creí que allí mismo me moría. Ella, ante mí, de rodillas, hablaba. Me pedía perdón. Lloraba. No sé lo que decía. No oía yo nada, ni entendía nada, ni veía nada más que la monstruosidad terrible de haberla poseído que me anonadaba, que me tenía espantado. Abrí la puerta y salí hu-

yendo. Y todavía desde entonces, huyo sin que pueda separarse de mí la realidad horrorosa de aquellos momentos... Aquella misma noche yo abandonaba mi casa por un lado mientras mi madre lo hacía por otro.

No sé lo que fue de mí en muchas horas. Sólo recuerdo que Alberto me recogió de no sé de dónde y me llevó a su casa. Sus padres me atendieron como a un huérfano querido. Al amanecer de esa noche terrible, mi madre fue recogida, muerta, por unos pescadores entre las rocas de un precipicio cercano a la costa. Todos creyeron que mi confusión la originaba el extraño suicidio de mi madre. Nadie sabía la verdad, ni Alberto mismo. Se supuso que fue un acceso de locura. Es igual. No volví a mi casa. Hui de Argel. Todo el lugar que conservaba algún recuerdo de mis años me producía espanto. Me interné en el mundo y desde entonces, sin dirección fija, no hago más que huir, huir de mí mismo como un loco alucinado. Perdí mi nombre. Abandoné mis bienes. ¿Para qué quiero nombre ni para qué quiero bienes? ¿Me es posible vivir de algún modo? Hoy, cuando lloro, no lloro más que la muerte de mi madre. Tuvo horror a descubrirse a su hijo. Y hoy comprendo la locura con que se resistía a que yo la poseyera. Pero todo se lo he perdonado. Soy yo quien a mí mismo no me puedo perdonar. Nadie más que yo la ha matado. ¿Por qué cambiaríamos Alberto y yo los trajes? ¿Por qué estaba yo con antifaz en el baile? ¡Pobre madre! A estas horas vivirías. Estaría yo a tu lado... ¡Me acariciarías quizás...! ¡Cuánto me quería! ¡Cuánto la quería yo a ella! ¡Cuánto la quiero todavía...!

## CAPITULO V

### El fuego

**L**A presión en el frente cada día es mayor. Las emboscadas a los convoyes, a las aguadas, se suceden ocasionándonos bajas con frecuencia.

Realizamos varias pequeñas operaciones en toda la extensión del frente. Nuestra Bandera es traída y llevada, en camiones unas veces, a pie otras, como una mercancía ambulante.

Nos concentran a tropas de diversa índole y nos mueven de noche y de día en todas direcciones.

De madrugada salimos. Caemos sobre los poblados de esta o aquella fracción rebelde. Por la tarde regresamos trayéndonos nuestros heridos y nuestros muertos. Tras de nosotros queda generalmente la destrucción y el incendio. Y algún que otro blocao tapando un boquete o reforzando un punto de la línea en cualquier parte.

No puedo comprender la razón de nuestros actos. Encuentro en ella una contradicción que no sé explicarme. La civilización trata de traer sus progresos a este pueblo atrasado. Y los trae destruyendo, incendiando, haciendo derramar sangre por ambas partes. La acción civilizadora inicial consiste en destruir al pueblo cuyo nivel de vida se trata de elevar; y a la vez, en destrozarnos a nosotros mismos. Pero me explico, sin embargo, perfectamente, la rebeldía, la oposición briosas que la civilización encuentra, para llevar a cabo la monstruosa generosidad de aniquilar al pueblo que trata de civilizar. Desde el baluarte de sus

montañas, esta gente brava, en su estado semi-bárbaro, resiste decididamente. Me parece lógico y no puede negársele la justicia que inspira su rebelión frente a la civilización que de esta forma llama a sus puertas.

Respecto a nosotros, ¿qué pensar del sacrificio constante que realizamos? ¿Cuál es, en definitiva, su objeto? ¿El hecho final de un aplastamiento nos afecta en algo a nosotros?

Algunas fracciones o poblados sueltos se someten. Los más se resisten. A ellos vamos y los destruimos. La mayoría son cabañas miserables, colgadas de los montes, sin más riquezas que la de la fruta de sus árboles, escasas parcelas laboradas y algunas cabezas de ganado. Pero este poco de riqueza que poseen, parece no tener importancia. Si se declaran rebeldes lo arrasamos.

El procedimiento empleado por la civilización para extenderse, sigue siéndome incomprensible.

Varias columnas se mueven en una dirección, en cierto modo convergente, de Occidente a Oriente. Una madrugada salimos en unión de otras tropas reunidas dos días antes. Mehal'la de indígenas irregulares. Tabores de indígenas regulares. Banderas de la Legión. Batallones de Cazadores. Artillería, etc... Subimos y bajamos cuevas como en un tobogán interminable. Cruzamos unos poblados recientemente destruidos. Y con el amanecer damos vista a otros que, atemorizados, vienen a hacer acto de sumisión. Se quedan unas tropas para poner aquí y allá unas posiciones de enlace. Continuamos. Nuestra presencia coge a los moros de sorpresa. Las voces de alarma pronto se oyen. Los hombres se llaman los unos a los otros. Uno, de voz potente, parece llamar y excitar a todos a la defensa. Las

mujeres gritan con gritos sobrecogidos por el espanto. En unas lomas próximas suenan los primeros disparos. La vanguardia se detiene. La Mehal'la y los Regulares despliegan. Seguidamente la Artillería abre el fuego. La caballería parte, para no sé qué sitio, como en una película animada. En una pendiente nos tumbamos. Junto a ella corre un arroyuelo. Llenamos de agua fresca las cantimploras. A poco si lo agotamos.

El combate se hace vivo. No defiende propiamente nuestro adversario los aduares, que ya da por perdidos. Se esfuerza sólo en contener nuestra entrada en la meseta, para dar tiempo a que las mujeres, los viejos y los niños, juntamente con los ganados y los ajuares, se evacúen.

Recibimos orden de rebasar la línea de resistencia que ellos presentan. Nuestra compañía despliega. Entramos en un aduar. Trabal guía a nuestra escuadra. Tras él seguimos. Dos casas con el modesto ajuar completo. Nadie. Otras casas más allá desde donde nos hacen fuego. Nos desenfiamos. Seguimos una calle. Trabal, Brabante y yo vamos delante. Rustido nos sigue con el fusil colgado y sonriendo de modo extraño. Luego el resto de la escuadra: Bernal, Torrelles, Pelayo, Ibáñez, Ruibal, Reinold, Schilt..., entrando y saliendo por las casas por donde pasamos. Un niño se ha perdido, sin duda, en la confusión de la huida. Al vernos se queda inmóvil con los ojos desencajados, mudo... De pronto sale gritando: ¡Ay, iemma! ¡Ay, iemma! Llama a su madre. Trabal es partidario de cogerle. Así se salvará del peligro. Yo asiento. Corremos tras el pequeño. Unos disparos inmediatos nos contienen. Trabal cae muerto con la cabeza atravesada. Reinold, con el vientre herido. Nos dirigimos al lugar donde han disparado. Entramos en una casa. Nada. En otra, nada. El pequeño

desaparece por entre las casas. Sigo yo buscándole, acompañado de Ibáñez y de Torrelles. Le vemos, al fin, oculto detrás de un horno de pan que se levanta como una espoleta grande y terrosa entre dos edificaciones. Da un grito. Se levanta. Sale huyendo. Ibáñez le alcanza. Unos disparos salen de una casa. Ibáñez y el niño ruedan juntos durante un trecho. Torrelles tira de Ibáñez, yo del muchacho. Nos desenfilamos. Ibáñez está muerto. Tiene dos tiros. El niño está sano. Llora. La escuadra rebasa nuestro lugar batiendo el poblado. Torrelles se lleva a Ibáñez, junto a Trabal y a Reinold, que quedan más a retaguardia. Yo me quedo con el pequeñuelo. Llora y trata de huir, desesperadamente. Le retengo, conservándole cogido entre mis brazos. Lo acaricio. Le hablo en tono cariñoso para calmarlo. No tendrá más de tres años. En un bibelot con un chalequito verde y una chilabita blanca menuda por la que saca sus brazos diminutos y los agita con los puños cerrados.

—¡Ay, iemma! ¡Ay, iemma! —repite sin descanso. Saco de mi bolsa un trozo de pan. Se lo pongo en la mano. Empieza a comérselo. Parece que se serena. Ya no se convulsiona tanto. Él solo se sienta en mi brazo. Me mira muy serio. Le seco las lágrimas. Ya está hecho un hombrecito.

Lo contemplo. Es muy joven para que tengan vigor sus sentimientos. Todavía no es más que un trozo de carne, animada de instintos, sin que ni él mismo lo sepa. Toco con la mano su carita de manzana. Me sonrío. Todavía no nos odia. Nos extraña, e instintivamente nos teme... Pero no nos odia. Su pecho aún no anida pasiones contra nadie. Es un inocente. Sólo desea cariño. Está ávido de mimos, de cuidados. Es muy débil su vida para desear otra cosa. Me está mirando como si me conociera de siempre. ¿Qué sabe él de lo que pasa entre los hombres? Pero crecerá y

lo irá sabiendo. Aprenderá lo que le enseñen. Y de hombre será como todos. Hijo del medio donde ha crecido y se ha hecho. Será malo. El medio es malo en todas partes. ¡Pobre niño! ¿Por qué no será siempre un muñequito que come pan y sonrío en los brazos de quien le coge? ¡Da pena pensar que ha de ser hombre!

De vanguardia, nos trae Torrelles, en brazos, una mujer vieja, muy vieja, inmovilizada en sus piernas y con el rostro anegado en lágrimas. Está paralítica, La encontraron en las afueras del poblado abandonado en la precipitación de la huida... Llegan unos soldados de la Mehal'la. Se hacen cargo de ella. Les damos al niño y éste nos mira sin hablar. Sin hacer un gesto. Cambia de brazos insensiblemente. Está entusiasmado con su pan que le sabe a dulce, acostumbrado al que él come. Lo mordisquea y lo mira sin que vea a nadie. En una camilla ponen a la mujer. Al niño, con ella.

Delante va, en otra camilla, Trabal, nuestro buen camarada. Le precede en otra, Reinold, el francés ameno y simpático. En medio de las dos va otra con Ibáñez, feliz ya en su descanso.

Torrelles y yo seguimos hacia adelante. Tres aviones cruzan. Se adentran. Varias bombas seguidas levantan sólidas columnas negras de humo y de tierra detrás de los aduares. Los fugitivos no pueden ir muy lejos. La resistencia de los habitantes está rota. Toda la vanguardia se halla dentro de la meseta y se extiende por los poblados.

Las tropas indígenas se entregan al saqueo. Veo a uno de la Mehalha enrollando alfombras y esteras que forman un bulto de volumen muy superior al de su persona. Con unas cuerdas lo atan a su espalda y se une a nosotros profiriendo

insultos a los habitantes saqueados. Otro, Regular éste, ha reunido tal cantidad de cosas a la puerta de una casa, que ante ellas, está perplejo sin saber en qué forma llevárseos. Un compañero suyo llega a sacarle del apuro. Se reparten entre ambos el montón de enseres “razziados”.

Los productos a obtener en el saqueo son un estimulante para el éxito de toda clase de operaciones. Las tropas indígenas aventajan a todas en estos actos.

Batiendo la meseta se monta una posición que por las dimensiones que toma, habrá de ser importante. Fácilmente veo cómo la civilización va dominando el terreno.

Al atardecer emprendemos la retirada. Los últimos que abandonan los aduares prenden fuego a los techos pardos de las apretadas chozas. Poco después, las llamas lo envuelven todo. Cuando las necesidades de la vida obliguen a los fugitivos a regresar a los aduares hoy conquistados, saqueados y quemados, para tejer de nuevo su vida cotidiana, nadie ni nada impedirá que miren con rencor al amplio campamento que los domina. El antagonismo entre dominadores y dominados existirá siempre. El procedimiento, que pone en contacto a la civilización superior y a la inferior, es un hecho de fuerza que necesariamente hiere los sentimientos naturales comunes a todos los hombres. La libertad puede tener varias interpretaciones. En el fondo, sin embargo, no tiene más que una. Lo que es justo. Lo que es bueno.

Ahora comprendo que los designios de la civilización no son designios generosos. Pienso que desde Egipto a la India, desde Argelia a Siam, desde Tripolitania a Marruecos, la civilización no tiene más que un objetivo. Explotar. La explotación de un pueblo exige como condición previa y



precisa, la conquista de su territorio y la dominación de sus hombres. Nosotros conquistamos y dominamos. Tras nosotros, otros explotarán. Quizás los mismos por cuya sed de riquezas somos nosotros despojos...

El repliegue es perseguido como siempre con toda saña. Las últimas tropas son las que sufren la reacción. Ellos avanzan decididamente. Caen sobre nosotros y nos obligan a separarnos del camino trazado para la retirada. Siempre sucede lo mismo. Ya es sabido el sistema. Nos vemos lanzados fuera de la meseta a una maleza espesa, que nos cubre, impidiéndonos conocer exactamente el sitio donde estamos.

Ellos, por el contrario, baten desesperadamente la maleza cuya maraña nos sujeta. Completamente desorientados nos movemos tratando de buscar una salida. Muy cerca de mí, cae herido un compañero. “Recogedme, recogedme”, grita. Su voz vibra con el miedo que todos tenemos a quedar en el campo abandonado. Acudo como puedo. Está herido en una rodilla. Le vendo y le ato por encima mi pañuelo y por debajo el suyo para contener la hemorragia. Me lo cargo auestas. Se sujeta a mi cuello. Me asfixia. Se queja de dolor. Con él encima, sigo marchando. Me abro paso por entre las ramas espesas. Estamos ante un muerto de ellos. Tiene la cara ensangrentada. Un compañero me excita a que continúe, a que no me detenga. He de pasar por encima del muerto. No tengo más sitio. Hago cuanto puedo por no tocarlo. Pero sin querer le piso. Le piso en un brazo, que hace temblar mi pie y que me hace temblar todo el cuerpo. Mi compañero me excita de nuevo. Sudo, tengo frío.

Schiit llega hasta nosotros.

—Daos prisa, que están aquí. Aquí encima— dice en su castellano trabajoso.

Salimos a una pequeña explanada o cosa que se le parece. Allí están Brabante, Ruibal y Torrelles. El portugués lleva sobre sus hombros a su compañero muerto.

—Vamos aprisa, aprisa, que están entre nosotros—dice Brabante. El griterío de los moros se oye, en efecto, estabaleciendo entre ellos el contacto.

Vamos a continuar, cuando por la derecha aparecen cuatro, encañonándonos. Por ambas partes se dispara a un tiempo. Ruibal y Schilt, caen; Brabante, también. Este echa sangre por un brazo. De ellos, son tres los caídos. El otro, huye. Ruibal tiene el corazón atravesado. Brabante se lo carga sobre un hombro. Sobre el otro echa al otro compañero que ya llevaba. Schilt, el alemán amable y cariñoso, está herido en la cabeza. Su boca hace espumas. No tiene conocimiento. Torrelles se lo carga sobre sí. El mío va encima de mí como un fardo; insensible por el agudo dolor de su rodilla rota. Ahora no se sujeta. Soy yo el que he de sujetarle.

A la puesta del sol entramos en el campamento.

Nos han trasladado de base al centro de las posiciones nuevas.

Brabante ocupa el puesto de Trabal en nuestra escuadra. Su ascenso le regocija. Dice que es más bestia que nosotros y que por eso debe ser el jefe. Para él, las jerarquías se adquieren según el grado de bestialidad del individuo. A mayor brutalidad mayor graduación. Se compara con un general. Y asegura que el general es mucho más bárbaro que él. Todos los profesionales de la guerra —dice—, son

profesionales de la barbarie. Educados en escuela de barbarie por profesores de mentalidad bárbara. Los principios porque la profesión se rige, son principios bestiales. Y... ¿cómo voy a ser yo más bestia que ellos —sostiene—, si no soy todavía más que un aprendiz de la profesión, sin escuela ni principios? Hay muchos que me ganan en animalidad. Y a todos juntos nos dan ciento y raya los generales. Estos sí —dice saboreando las palabras—, éstos sí que son unos tíos con todas las de la ley.

Decidimos festejar su ascenso con una comilona. Necesidades en la comida no pasamos. La comida es buena. Y esto tendrá su atractivo. Bernal pone inconvenientes. Por su cuenta propone varias formas de celebrar la fiesta. No se las aceptamos por lo raras y extravagantes. Por ejemplo; emborracharnos y darnos luego de puñetazos. Finalmente termina asintiendo el ágape. Cada día sigue más inquieto. A todo pone reparos para después aceptarlo todo. Torrelles sigue el proceso inverso. Su voluntad cada vez es más débil, su depresión más completa.

El cubanito dice que él sabe dónde hay unas gallinas propias para el caso. En un principio creemos que son las del Comandante. Empresa difícil. Su asistente las guarda como oro en paño. Cuando alguna desaparece, el asistente echa la culpa a cualquiera. Pero nadie la hace desaparecer más que él, que en unión de otro amigo se la come. El amigo me aseguró, en un servicio de noche que hicimos juntos, que iba por la quinta. Y tal es el empeño que pone en la vigilancia el asistente, que el comandante duda de todos menos de él.

Pero el cubanito no se refiere a las gallinas del Comandante.

Hay un Teniente de Ingenieros en la radio, el mismo que estaba en nuestra antigua base, que nada hace. O por lo menos de esto tiene fama entre todos. Se trata el hombre espléndidamente. En unas jaulas tiene, no sólo gallinas, sino palomas y conejos, para cuyo transporte necesitó tres mulos el día del traslado. Muchos han probado suerte explorando sus terrenos. Y han regresado derrotados por el propio Teniente, que no se separa en todo el día de sus bichos. Por las noches, los mete dentro de la estación. Así, siempre están seguros.

El cubanito dice que tiene un plan que no fallará. Para ponerlo en práctica pide el concurso de uno.

—Tú mismo—y me elige a mí—. Al obscurecer vas a ver al Teniente de Ingenieros. “Mi Teniente, de parte del Comandante, que vaya usted en seguida”—le dices—. El Teniente abandonará con rapidez la butaca donde da guardia permanente a sus animalitos. Su asistente la ocupará en seguida. Pero a poco debe llegar Pelayo para decir al asistente: “Oye, de parte del Teniente, que avises para que llamen urgentemente a Tetuán, que ahora viene.” El asistente entrará en la estación. Y con una sencillez maravillosa abriremos el gallinero y nos llevaremos dos gallinas. Al cuello el primer golpe, ¿sabes?

Dicho y hecho. La cosa fue fácil. Y cada uno con una gallina debajo de la guerrera las ocultamos como pudimos y salimos corriendo. Las gallinas llegaron asfixiadas a un nido de ametralladoras donde nos esperan los demás. Arrieta está de servicio en él.

—¡Bravo, bravo! —grita el vasco ante la presa,

¡Hala! Al desplume antes que empiece el tragón de su amo a buscarlas.

Las plumas las echamos en un cubo de refrigeración. En unos minutos acabamos. Con un caldero de lata, Bernal va a buscar lumbre a la ranchería. En la parte exterior del nido, junto al parapeto, montamos la cocina. De cocinero hace Torrelles. Brabante va a buscar vino, seguido como siempre de Bustillo, cada vez más embotado por el alcohol y por su pesimismo negativo.

Empezamos a comer. Lamentamos la ausencia de los que cayeron. Trabal, Ibáñez, Ruibal, Reinold y Schmit, que alguna vez solían asistir con nosotros a estos entretenimientos. Pero el recuerdo pasa rápido. No solemos tener mucho tiempo en la memoria a los caídos. Caen y el olvido pronto se ciernen sobre ellos. Nuestra vida es de progresivo embotamiento. Sin sensibilidad que recoja los detalles de la convivencia, ya en la tranquilidad de los campamentos, ya en la agitación de los días de guerra. Una capa de conformidad y asentimiento parece cubrir todo lo que nos rodea.

Las gallinas están verdaderamente sabrosas. Torrelles es un cocinero magnífico.

\* \* \*

Los franceses operan. Nos llevan a formar parte de una columna demostrativa. Estamos en pleno campo. Nos mueven de un punto a otro bajo un sol bastante fuerte por cierto. Pero en realidad nada hacemos que merezca ser anotado.

Lo más saliente en estos días son las deserciones.

Como estamos a dos pasos de la zona francesa, las deserciones aumentan. O si se quiere empiezan. De mi compa-

ñaía van tres ya. Un alemán y dos hispanos. Los tres veteranos.

La deserción, si es que esa palabra expresa con claridad el concepto, se da de cuando en cuando entre nosotros. El desertor que se captura es duramente castigado. No obstante, se deserta a veces con la seguridad de ser cogido. El impulso de la deserción, sin embargo, no pueden entenderlo los códigos ni los jueces, aun cuando unos y otros los castiguen con la brutalidad propia de la brutalidad profesional.

Más de uno hay, que aparte de la excitación de los peligros del medio, la monotonía cargante de un vivir estrecho, está en la Legión por una necesidad de su temperamento inquieto. Inconscientemente se ven arrastrados hacia donde de antemano saben que no han de lograr ninguna satisfacción, ningún bienestar. La Legión es un lugar más de los cien que llevan recorridos. Pero lo esencial para ellos, no es el lograr un fin corriente y determinado en su vagar incierto. Es el vagar mismo sin fin alguno, de parte a parte, cambiando de vida y de horizonte, en un plano de libertad integral. ¿Cómo pueden ellos, en su libertad anárquica, meditar sobre los peligros del Código? Hijos de la naturaleza en toda amplitud vital, de instinto y sentimientos, tienen por hogar la tierra, por patria el mundo. Así son de modo sencillo e inconsciente. La fuerza dinámica y admirable de estos temperamentos activos, llamados aventureros, es para ellos desconocida.

Más de uno deserta por miedo a caer en los constantes peligros que nos envuelven. Generalmente reclutas fuertemente impresionados en su primera intervención. Pero los más, lo hacen por causas más complejas en las que el miedo tiene una muy escasa representación. El anhelo de

libertad, de esa libertad vigorosamente instintiva que es, ora moral, ora inmoral, sin freno y siempre intensa, es el influjo mayor que determina la deserción de hombres traídos y llevados a la deriva por un sin número de causas invisibles y encontradas. Una vida siempre ilimitada en el bien y en el mal, francamente integral en todos sus aspectos, es la divisa de la mayoría de estos desertores. El miedo lo ignoran, mejor dicho, lo desprecian, siendo las características fundamentales en ellos: la energía, la audacia, la intrepidez. Pero se desconocen a sí mismos. De sí no saben más sino que son inquietos y es poco lo que tienen para el nervio e intensidad del carácter que llevan dentro.

La zona francesa, vista desde aquí, representa el centro de los caminos del mundo. No es extraño que haya más de una deserción.

Regresamos a nuestra base.

\* \* \*

Esperamos la llegada de mujeres.

Al atardecer hacen su aparición en un camión, provocando el júbilo consiguiente.

Bernal es el primero de nosotros que se proporciona un vale para una “estada”. Todavía no dan vales para “dormida”. Pero el cubanito logra uno conquistándose al ama del burdel. Lo que no consiga él, seguro que no lo consiga nadie.

\* \* \*

Recibimos orden de partir. Hay varias posiciones sitiadas.

Después de fuertes combates en la zona francesa, se habla del paso de crecidos contingentes de harka de una zona a otra. Aunque así no fuera, las cosechas están recogidas. Han sido buenas y abundantes. La actividad en ellos es evidente.

Hacemos el recorrido por jornadas. La marcha por terreno accidentado a través de las montañas abruptas y por caminos de cabras que parecen serpentinas tiradas por los montes es en extremo peligrosa entrado el día. El sol cae a plomo derritiéndonos los sesos. No siempre hay agua que beber ni sombra donde recogerse en los descansos. Frecuentemente charcos estancados de ríos secos son para nosotros fuentes cristalinas donde caemos de bruces para saciar la sed que nos devora. La variedad de temperaturas en un terreno de presiones caprichosas somete a nuestros cuerpos a reacciones físicas de muy distintos aspectos. No es difícil pasar del frío en exceso al calor asfixiante en un mismo lugar. Al trasponer una línea de montañas se nota de igual modo un cambio brusco. De 600 a 800 metros sobre el nivel del mar, descendemos a seis y hasta cuatro y viceversa. En dos horas solamente. Las marchas nos ocasionan enfermos de enfermedades que en sí no lo son. Basta un poco de descanso para reponerse. Pero ese malestar general, amorfo, es una enfermedad verdadera. Los aspeados por el mal estado del camino también se prodigan.

La primera jornada la hacemos hasta un gran campamento situado en un centro de caminos. Otras tropas, venidas de otros puntos, pernoctan para seguir nuestra misma dirección. Otras ya han pasado. Otras están por pasar. A la entrada, acampa mucha artillería de montaña con sus cañones de 7'5 y más allá los pequeños obuses de 10'5. A éstos,



sobre todo, les tenemos mucho cariño. Son certeros y nos protegen muy bien en las retiradas. Los otros, por el contrario, suelen a menudo lanzar sus granadas sobre nosotros. No seguramente por culpa de los artilleros. Pero el hecho, sin embargo, nos desconcierta. Frente a la Artillería hay Batallones de Cazadores con sus soldados diminutos de reemplazo forzoso, pálidos, enfermizos, débiles. Comen mucho peor que nosotros y están peor vestidos.

A su lado acampan indígenas regulares con sus pintorescas siluetas de polichinelas de baratillo. Aquí y allá ametralladoras montadas y cubiertas. Caballos, mulos, muchos mulos. Detrás de la Artillería, frente a los Regulares, acampa nuestra Bandera. La guarnición del campamento nos tiene preparado rancho. Comemos. Unos artilleros nos dicen que han abierto trincheras para oponerse al socorro de las posiciones asediadas. Antes de acostarnos damos una vuelta por la posición, que es amplia, hermosa, como un pueblo grandecito.

Hay dos casas con mujeres, que están abarrotadas. En una de ellas se meten Brabante, Pelayo, Arrieta y Bustillo. Torrelles, Bernal y yo, recorremos las cantinas, que son muchas y están bien servidas. En una de ellas hay mujeres para oficiales, ocultas a las miradas de la tropa. Rebosa aquel sitio estrellas hasta el tejado.

A continuación de las cantinas están los cafetines moros atestados de soldados regulares. En uno de ellos entramos. Nos dan un té con hierbabuena, exquisito. Un muchachillo, de unos doce años, lo sirve con traje policromado. Los regulares miran a este pequeño con avidez, de un modo especial. El hecho no me extraña. Ya presencié el caso de un regular sorprendido cuando poseía a un cornetilla, regular también como él, y de su mismo tabor.

Llevados a la presencia del capitán, la escena fue curiosa. El capitán reprendió al hombre por abusar del pequeño. Pero cuando terminó de hablar, el reprendido habló muy humildemente. Y dijo así:

—Esto no estar bien, capitán. Si a él gustar y a mí gustar y los dos querer, ¿a ti qué importar?

El muchachillo del cafetín es el lugar geométrico de todos los deseos eróticos de estos eróticos mahometanos al servicio de los designios de nuestra civilización.

Abandono el cafetín. El campamento es un hervidero. Los furrieles van y vienen suministrando ranchos en frío, pan, cebada, paja... Los hombres gritan, se llaman, discuten, cantan, beben... De pronto suenan unas voces precipitadas, descompuestas. Es una riña entre dos camaradas nuestros. La causa es el vino. Uno ha hundido un pequeño cuchillo de monte, que muchos usamos, en el pecho al otro. Medio muerto llevan al agredido al pequeño hospital de tránsito. El agresor, conducido por el servicio de vigilancia, ingresa en los calabozos de guardia. Más allá estalla otra bronca en los cafetines, de proporciones grandes. Son los regulares. La causa es el muchachito policromado...

Nos entramos a descansar.

Frente a nuestra tienda se descuartiza una cabra cogida de matute, para meterla en trozos en un saco. En el primer rancho caliente que tomemos no vendrá mal. Antes de acostarnos, Bernal, muy quedamente y como si hablara consigo mismo, nos dice:

—Pasadas estas operaciones me iré. No me hallo aquí..., me asfixio...

—Es igual... A cualquier lado que vayas encontrarás lo

mismo. La pasión es lo único que vive —le responde Torreselles.

El sueño nos acoge generoso. Estamos rendidos.

\* \* \*

Dos jornadas más, agotadoras, bajo un sol implacable. Llegamos al lugar señalado para la concentración. Un día de descanso forzado. Aún faltan otras tropas por venir. Se nos incorpora una expedición de reclutas venida con anticipación. Ágiles, animosos, todavía matizados del artificio bélico inyectado durante la instrucción, los nuevos camaradas ponen una nota de color en el conjunto serio, cansado, mecánico e indiferente de las unidades de la Bandera. Se los ha hablado de nuestro heroísmo, de nuestro valor, de nuestro sacrificio abnegado, como timbre más vibrante de nuestra gloria. Y nos miran con ojos inquietos de interrogación admirativa. También nosotros miramos así a los veteranos cuando efectuamos nuestra incorporación.

Pronto, sin embargo, nos adaptamos a la mecanización en que ellos se movían, adquiriendo con ellos el sacrificio abnegado, de máquinas embotadas por la disciplina y la obediencia, en lo cual el falso oropel de la profesión basa todos los oropeles más falsos aún de los huecos y sonoros timbres de gloria. Como nosotros, también ellos se adaptarán. Serán héroes gloriosos para las promociones de despojos que les sigan. Todo es una cuestión de forma conservada en el tiempo a través de una misma mentalidad educativa. A nosotros nos corresponde asimilar la concepción de tantos principios falsos y en último término obedecer y callar.

Decidimos aprovechar el día de descanso. Al lado del amplio vivac donde estamos, corre un ancho y caudaloso río. Nos atrae. Lavaremos la ropa y nos lavaremos nosotros mismos, que buena falta nos hace. Más de un piojo será arrastrado por la corriente, camino de lo infinito. ¡Buen viaje!

A relativa distancia de nosotros, al otro lado del río, están las posiciones sitiadas. Son varias. Una principal, dos accesorias y seis blocaos.

Un macizo montañoso las contiene como si con ellas se adornara. Un batallón en conjunto las guarnece, con dos baterías. A mediodía, comunican valiéndose del heliógrafo, pues los teléfonos están cortados: “Estamos bien, mucho enemigo” —dice la posición principal. No así las otras. “Hoy se nos acaba el agua” —afirma una. “El agua empieza a escasear, mañana no tendremos” —dice otra—. El grito de los blocaos es uno mismo “¡Agua!” La posición principal tiene aljibe, pero tiene cortadas las comunicaciones con todas las demás. Todas las aguadas están ocupadas por el adversario. Los que más padecen son los blocaos. Los aviones dejan caer diariamente sacos con barras de hielo que las posiciones en su anchura recogen. Los blocaos son recintos demasiado reducidos para que los aviones acierten.

Con el alba salimos. A poco de remontar las primeras lomas vemos los trazados de las trincheras moras. Son tres hábilmente situadas. Dentro de ellas, cabecitas se mueven de un lado para otro.

Rompe el fuego la Artillería. En el aire aviones de exploración y bombardeo. ¿Cuánto tiempo? No sé. Cuando la vanguardia inicia el avance, es lógico suponer que nadie

de allá queda con vida. Tal es la cantidad de metralla lanzada y el volumen de tierra descuartizada y removida. Sin embargo, las cabecitas se siguen moviendo en las trincheras. Las grietas de las piedras y los barrancos vomitan plomo. En su característica habilidad defensiva, tienen ocupado todo aquello que en lo laberíntico del terreno puede ofrecer resistencia. Y aquí están presentes, después de haber sido durante un espacio largo de tiempo todo trillado y desmenuzado por bombas y granadas.

Ocupamos la crestería de una línea de montes. Las bajas empiezan a caer. Los montes baten un barranco. Lo cruzamos. Un poco más y llegamos a un blocao. Próximos ya a él los de dentro salen. Uno, dos, tres... Salen tímidamente. Alrededor de la alambrada y no distante diez metros de ella, hay pozos de tirador, hechos de noche por los de enfrente, desde donde baten, no sólo la salida, sino las mismas aspilleras. Son un cabo y doce hombres la guarnición del blocao. Ayudamos a los de dentro a abrir la puerta de la alambrada. Están famélicos, barbudos, no tiene fuerzas, se caen. Mientras abrimos, sale uno de dentro dando voces incoherentes. Con voz pálida y entrecortada, nos dice el más próximo:

—Se ha vuelto loco en estos días.

—Echarnos agua, agua... —grita débilmente uno.

—¡Agua, agua!—repiten a la vez, varios.

Terminamos de abrir. Tenemos orden de no darles más que una pequeñísima cantidad de agua. El médico vendrá en seguida. Se lo decimos. Sonríen. Están destrozados. Beben un poquito cada uno, alguien retiene la cantimplora con todas sus fuerzas, pero está muy débil y se la quitamos. Entramos. El olor es insoportable, Hay cuatro muertos en

descomposición.

—¡Por las aspilleras, sí, por las aspilleras!— dicen varios—. ¡Hace diez días! Después teníamos que vigilar por unos agujeritos pequeños que abrimos en la pared con mucho cuidado... Si los hubieran visto, hubieran metido las balas también por ellos... ¡Estaban aquí, aquí encima!...

Tres se hallan en tierra, casi sin conocimiento. Tratamos de reanimarlos unos, mientras otros sacan al exterior los muertos. El médico llega. E inopinadamente sale corriendo por el monte, dando voces y gritos descompuestos. Se cae. Lo recogen. Se lo llevan entre dos. Va desvanecido... Nos marchamos.

Otras unidades han llegado hasta los blocaos. A media mañana, nuestra Bandera está desplegada frente a una de las trincheras que hemos de asaltar. En el avance, nuestra escuadra ha tenido suerte. Sólo dos reclutas han caído. Muerto uno, herido otro. La orden llega. Mi Compañía se prepara para el cuerpo a cuerpo. La artillería de la columna y de las posiciones y la aviación concentran su fuego sobre la primera trinchera. Materialmente vemos saltar la tierra junta con miembros humanos. Es un martilleo espantoso que parece confundir y amasar a los hombres y a la tierra.

Cierro los ojos para no verlo. La muerte está aquí, allá, en todo el campo. Todo el campo es suyo. La muerte la tengo dentro de mí. Me sujeta al suelo. Me aprisiona fuertemente como si la tierra y yo fuésemos una misma cosa en la eternidad. Tiemblo. El aire está enrarecido. Su vibración me da con fuerza en la cara y me entra por los oídos y me los agita y me los deja insensibles. No oigo nada. Nada veo ni nada oigo. Pero mi cuerpo tiembla. Tiembla todo él con

temblor de miedo que no es miedo. Mi instinto de conservación se agita en dos sentidos: “Huye, sálvate”, parece decirme de un lado. “Defiéndete”, me dice de otro. ¿Qué hago?... Estoy neutralizado. No puedo huir ni defenderme. Estoy inmóvil, con la garganta oprimida, con el corazón exaltado y temblando, No puedo formarme ninguna idea. No tengo sentimientos. No razono. Soy..., nada. Una nada temblorosa y convulsiva sin más motor que la inercia de mi vida mecánica. Mecánicamente heriré si mecánicamente me impulsan. Mecánicamente huiré si mecánicamente me arrastran.

Mientras la inercia no actúe, aquí estaré una hora, un día, un año... Soy nada, nada, nada.

De pronto el aire cesa en su vibración. Empiezo a oír. Oigo el silencio que se hace. El silencio que adquiere una magnitud que está muy lejos de poseer.

Una voz. Varias voces. La compañía se lanza al asalto. La lanzan. Se lanza ella sola por la cohesión mecánica de sus miembros mecanizados. Teóricamente nadie hay en la trinchera; prácticamente la trinchera está llena. Son unos doscientos metros a pecho descubierto... ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

La muerte me acompaña. Está enfrente de mí. A mi lado, va conmigo. Corre conmigo. Su aliento se confunde con el mío, y lo siento en el rostro. Parece tocarme, envolverse, danzar a mi alrededor. Soy un juguete de la muerte. La voy mirando, la voy empujando, la voy desplazando conmigo. Pero no puedo separarme de ella. Está dentro de mí. La muerte y yo corremos juntos. Mi respiración se contrae, mi corazón brinca queriendo salir del pecho, mis nervios entran en laxitud morbosa, mis piernas pierden su

flexibilidad y rigidez habituales. La inercia me lleva. La muerte y yo llegamos a la trinchera. No están todos. Unos huyen, otros se quedan. Antes de saltar veo un viejo, que no sé si me implora o me amenaza. Ha tirado su fusil y tiene la gumiá en la mano levantada. Pero sonrío. Sonrío implorando. Estoy seguro de que me implora, Llevo el fusil cargado y le estoy apuntando. Me quedo vacilante. Baja la gumiá. Me implora, sí; su sonrisa es angustiosa. Otro ha disparado. El viejo cae. Está sólo herido, me mira con una mirada de horror. Su sonrisa de nuevo se dibuja. Sus ojos no se apartan de los míos. Angustiosamente suplican. Los veo llorar. Sigue sonriendo. Lloro y sonrío. ¿Qué hago? Otro salta hundiéndole la bayoneta en el pecho. Los huesos crujen, la sangre sale a borbotones. El viejo muere. Caigo junto a él. Cierro sus ojos en silencio. Y huyo. Huyo de su lado pasando por encima de unos muertos hermanos en el fondo de la zanja.

La lucha cuerpo a cuerpo ha terminado. Pero estamos batidísimos. Los muertos y los heridos caen profusamente. La trinchera es en pocos momentos una fosa común teñida de sangre. Las otras dos trincheras nos baten con fuego certero. De flanco una y de frente otra. No nos damos cuenta. Creemos que el cuerpo a cuerpo aún continúa. Los cuchillos se hunden en los cuerpos de los que han quedado entre nosotros. Se hunden entre nosotros mismos. Un recluta clava su puñal una y otra vez en el cuerpo exánime de un compañero. No sabe lo que hace. Ha perdido la noción de todo. El artificio aprendido ha dislocado su juicio. Hierde porque ha de herir. Mata una y otra vez al compañero muerto. Ya varios levantan un través, con tierra y piedras, que nos proteja el costado. Por allí la muerte entra con avidez insaciable. Hacia el frente no se puede disparar.



El fuego es rasante y los heridos lo son en la cabeza, con heridas mortales. Cuatro o seis, a lo más, quedan en observación. Los demás estamos todos dentro de la trinchera, agachados. Plegados a su fondo mismo para huir del fuego de costado. El través protector va levantándose a fuerza de sangre.

Las bajas se repiten a sí mismas. Un herido lo es otra vez. A un muerto lo matan de nuevo. La muerte sigue encima de mí extendiendo su velo por la zanja. Me echan varios sacos. Empiezo a llenar uno de tierra que arranco con las uñas de entre los muertos. Mi saco nunca se llena. Todos llenan sus sacos. Todos tienen sangre en los dedos. La trinchera destila sangre. Sigo escarbando. Tropiczo con un trozo blando de algo que es terroso y es rojo. Es un pedazo de carne humana. Lo cojo, lo meto en el saco. Una piedra ahora... La echo dentro. El saco ya está lleno. Lo paso. Otros sacos llenos van pasando de uno a otro. El través se levanta. La muerte se va yendo.

Ya podemos sentarnos en la zanja. Parece roja la tierra. Los cuerpos empiezan a incorporarse. Unos lo intentan y no pueden. Otros siguen inmóviles en actitudes descompuestas. Los que se incorporan miran alrededor. No hablan. No nos vemos. Parecemos inconscientes. Pasa una hora, otra. No sé cuántas... El tiempo pierde su dimensión.

Estoy sentado encima de un muerto. Pero no soy yo solo el que así se encuentra. Todos estamos confundidos con ellos. Y en realidad todos parecemos muertos. Los más miran inmóviles, contemplando no sé el qué en cualquier parte. Nadie tiene conciencia de su estado. Uno dice algo. Otros le miran. Nadie sabe lo que dice, ¿lo sabe él acaso? El tiempo pasa sin que a nosotros mismos nos reconozcamos.

Empezamos a hablar por fin. Las primeras palabras hacen referencia a cosas ajenas al movimiento. La subconsciencia nos retrotrae a minucias insignificantes del cotidiano vivir en los días iguales. Todos tenemos ante nuestros ojos la realidad de un hecho impresionante. Pero la sensación de este hecho no está aún cristalizada en la potencia de nuestro cerebro. Nuestros órganos sensoriales están congestionados. Las palabras todavía no obedecen a nuestras imágenes. No tenemos imágenes. No tenemos pensamientos. Si contraatacaran, estoy seguro que les responderíamos de un modo instintivo. Sin noción de nuestros actos. Y mataríamos y seríamos muertos en un estado lamentable de locura, que no es locura, que es inconsciencia. De cuando en cuando alguno habla agitadamente, precipitadamente. Calla luego. Nos mira. Se mira a los botones, a las manos. Dice otra palabra suelta. Enmudece más tarde. Continúa estático. Alguno se levanta. Encorva su espalda. Mira a algún lado. Se sienta después. Se queda quieto.

Empezamos a ocuparnos de los caídos. A mi lado veo dos muertos: uno, de “ellos”; otro, nuestro. Abrazados en fuerte abrazo los dos. Los cuchillos, hundidos todavía, parece que siguen apretando. Me levanto. Los separo. Los dos son jóvenes. Los dos son fuertes. Los dos se miran con ojos quietos, amarillos y salientes. Ambos tienen los rostros desencajados. Las bocas abiertas llenas de sangre. Thurdeim, el inglés alegre y jovial, está en el suelo, encogido, con el cráneo destrozado. Al lado de Brabante están Bustillo y Torrelles indemnes. Un poco más allá, el cubano yace con el vientre abierto.

La relación en el pequeño mundo de la zapitf empieza tímidamente, con frases breves, con sonrisas que delatan la alegría de no haber caído. La compañía está deshecha. En

el trayecto cayeron muchos. Pero la trinchera está llena. ¿Y Bernal? ¿Qué será de mi amigo? Brabante, desde lejos, parece oír mis pensamientos y me llama.

—¿Me habías dado por fiambre? —dice.

—¿Qué hacías sin saltar cuando más apretaban los cochinos?

Junto a ellos, un cadáver mira al cielo, con un brazo levantado, como si amenazase a alguien.

Acondicionamos a los heridos como se puede. Agrupamos a los muertos.

Bernal está herido en una pierna. “No es nada” —me dice—. Me acerco a Pelayo. Los compañeros le han acomodado para que su cuerpo descanse. Su descanso ya es eterno. Miro en derredor del pequeño grupo que formamos. Cruzamos las miradas. Guardamos silencio. Nos quedamos otra vez mudos, serios.

El cuerpo aún caliente de Pelayo, exalta en nosotros el afecto.

\* \* \*

Pernoctamos en la trinchera. Mañana; otras compañías asaltarán las otras dos para romper el asedio. La noche cae pesadamente sobre todo y sobre todos. El cielo, en parte estrellado, juega con grandes nubes apretándolas y estirándolas. El ambiente es turbio, gris plomo, y no sé por qué me parece rojo. Entrada la noche, retiramos las bajas en unión de otros compañeros que llegan de retaguardia. De enfrente disparan de cuando en cuando. Torrelles marcha acompañando a Bernal.

Le abrazamos en silencio.

Nos traen municiones y granadas de mano en cantidad abundante. Torrelles regresa.

Recostado sobre uno de los taludes, no sé cuándo, me duermo. Sueño. Me hallo ante un monstruo de ojos y boca descomunales. Un río enorme de sangre corre a su lado. Repetidamente escupe él a este río. Escupe sangre. Junto a la corriente, unos prados verdes forman una llanura fértil. Poso mis ojos en ellos y los veo de pronto rojos. Es que el río se ha desbordado manchando de sangre la verde y fértil llanura. Miro más allá a unas casas de labor. La sangre también las envuelve pintándolas de rojo. Dos bueyes uncidos se ahogan. Un labriego grita desesperado ante una muerte cercana. El monstruo ríe... Y después, me mira a mí.

—Soy la civilización—me dice—. Ese río de sangre que ves correr a mi lado es el tributo que la naturaleza impone a la vida. Tributo constante. Cuando se conmueven mis cimientos escupo sangre al río y el río se desborda inundándolo todo... Esos prados son los campos. Esas casas, las ciudades... Esos bueyes y ese labriego, símbolos del trabajo organizado. Cuando la inundación viene, todo se tiñe de rojo. Y todo empieza a decaer hasta que al fin se paraliza. Yo muero, las civilizaciones mueren. Vosotros los hombres, lo mismo que las forjan, las matan.

El monstruo calla. Me mira sonriendo con tristeza. Un algo invisible me retiene. Sufro horriblemente. El río de sangre se desborda. Lo lleva todo, lo cubre todo. Yo, al lado del monstruo, hago esfuerzos inauditos para salvarme de la inundación que amenaza. Me agarro fuertemente a él... No se opone.

—Eres una parte de mí mismo —me dice— Huyamos, huyamos... —grito yo,

—No podemos —me responde.

La sangre sube... Ya me llega al pecho. Mis ojos miran el mar pesado y denso que se mueve, que todo lo invade.

Las olas se suceden unas a otras. Mi cuerpo obedece al vaivén de ellas, junto con otros despojos que las corrientes arrastran. Los seres y las cosas, luchan denodadamente contra el mar implacable que empuja y arrastra hacia abismos espantosos. Las casas son de cuajo levantadas y arrolladas por el ímpetu de las olas. Tronos, imágenes, cajas que arrojan plata, pedrería y oro, flotan como juguetes de niños en una tempestad agobiante. Entre tantos restos de cosas que un día fueron, están los hombres entre sí luchando. Ante mis ojos empiezan a pasar soldados, soldados, soldados, muchos soldados, que el mar vacía por una enorme hendidura.

—La hendidura de los tiempos —habla el monstruo.

La sangre sube y ya me llega a la garganta. Mi boca prueba gotas salpicadas que se me quedan dentro. Escupo una y otra vez. Escupo sangre, sangre, mucha sangre... Me ahoga, me siento morir ahogado.

Soy arrastrado. Ya voy con los despojos. Hombres, mujeres, niños. Y soldados; más soldados... ¡Todo muerto! Vamos hacia la grande hendidura de los tiempos.. Llegamos a ella. Y allí nos perdemos.

Doy un grito de angustia, que hiere la quietud de la noche, —¿Qué te pasa, animal? —chilla Brabante—. Anda, levántate y releva a Torrelles. Entro de centinela. Frente a la noche cerrada y espesa, todavía sigo viendo la deforme

masa de seres, arrastrada hacia la hendidura. Todavía me parece contemplar cómo el enorme río de sangre se desborda arrastrando en su trágica corriente ciudades, campos y seres humanos.

Veo un bulto. Disparo. Otro bulto, Otro... Grito: “¡Compañeros! ...”

La trinchera está viva y despierta. Una, dos granadas de mano. Silencio. ¡Pero no era nadie..! Nadie venía a molestartarnos. Fue una alucinación. Varios compañeros me increpan. En un extremo otro, grita también: “¡Fuego! ¡Que están aquí,..! ¡que están aquí!”

Y es verdad que disparan en efecto ahora nuestros rivales. Gritan claramente excitándose a la lucha. Llegan a unos metros. La trinchera arroja granadas y plomo. La noche representa para nosotros confusión y desorden... Para ellos, la noche es un elemento. En ella combaten entre sí desde que son niños hasta que son viejos. En ella se desarrolla su máximo de movilidad superior a cuanto se crea... Unos minutos inquietos, confusos... Parece que desisten de su intento. Una compañía de retaguardia llega. Los bultos desaparecen, llevándose sus heridos y sus muertos. Normalidad.

\* \* \*

De madrugada traen ametralladoras y morteros que quedan emplazados en la trinchera para el amanecer. Con ellos llega una compañía que se apretuja con la otra y con nosotros, ambas dispuestas para el asalto.

El día nace lento, anunciado por una brisa viva que pro-

duce frío. Los de enfrente le saludan con una descarga sobre nuestra trinchera. Et sol sube... Varios aviones cruzan. Pasan por las trincheras de ellos. Bombardean, Dan la sensación que nos bombardean también a nosotros. Nuestra trinchera tiembla. De nuestra trinchera a las de ellos no hay más de trescientos metros. Un avión desciende majestoso, lento. A escasa altura deja caer todas sus bombas. La tierra parece que se abre. Pero el avión está herido. Su motor no funciona. Quiere elevarse, no puede. Hace un esfuerzo por llegar hasta nosotros. A pocos metros delante de nuestra raya se posa en forzado descenso. Van dos hombres con él. Los vemos perfectamente. Están quitándose los cinturones. Pero los de enfrente los enfilan con sus fuegos. Los dos caen heridos sobre la banda de este lado. Mueven sus brazos, dan voces, hacen gestos de angustia... ¡Viven, viven...!

Una voz potente suena dentro de las trincheras: —¡ Dos voluntarios para morir!

Cerca de mí Bustillo y Torrelles gritan:

—¡Presente!

En otras partes suenan también otros ¡Presente!, tan vigorosos como la voz que los demanda.

Estoy mirando a los aviadores. Y yo también grito: ¡Presente!

Detrás de mí otros dicen igual. Creo que todos hemos gritado espontáneamente. Es un imperativo el que nos mueve a salvar a esos hombres. Todos estamos identificados con ellos de modo irreflexivo. Un dictado profundamente instintivo, nos arrastra a salvarlos, aun cuando en esto encontremos la muerte. Así no lo pensamos, no lo podemos pensar; pero, es así.

Torrelles y Bustillo, como los primeros y a la vez como los más próximos al que pidió los voluntarios, son elegidos...

Sin saber por qué, los detengo con el brazo.

—¿Vosotros? —les digo—. ¡No, vosotros no!

Siento deseo de reemplazar a uno. Tiran con rapidez unas cuerdas de gastador. Cojo una para mí. Torrelles me la quita sin pronunciar palabra. Con las cuerdas atadas a los cuerpos, los dos saltan fuera de la trinchera.

Los momentos son intensos. Los aviadores están sólo heridos. Todavía pueden salvarse. La artillería vomita rompedoras con furia sobre las trincheras de ellos. Los otros aviones redoblan el bombardeo. Las ametralladoras y los morteros no cesan. La tierra parece que va a estallar de un momento a otro en mil pedazos.

Tapándose en lo posible con el avión llegan mis dos camaradas hasta los aviadores en una carrera emocionante.

Los de allá se aperciben. Pero ya tienen de sobra con atender a cubrirse de los aviones y de la artillería. No obstante, disparan. Los disparos son pocos, pero certeros. Los aviadores quedan inertes. Han sido muertos. Los sacan de sus asientos. [Justillo cae. Está herido. Envuelve a uno de los aviadores con su cuerda. Desde nuestro lado, tiramos de ella con toda la rapidez que nos es posible. Torrelles carga sobre sus hombros al otro y corre hacia nosotros... corre, corre. Cae al borde mismo de nuestra trinchera. Tiran de él. Lo meten dentro. Bustillo y su pareja son tocados varias veces más en su lento camino. Llegan acribillados. Torrelles tiene tres heridas. Una de ellas, grave, en el pecho. Su pareja tiene varias veces atravesado el cuerpo y la cabeza.



Seguidamente las dos compañías se lanzan al asalto... Estamos a retaguardia. En el cementerio de la posición de donde la columna partió para romper el asedio. Las fosas abiertas esperan que vayan llegando cadáveres. Van viniendo. Las fosas se llenan. Se cubren. Se pone allí una cruz de madera seca... Un sacerdote, a nuestro lado, dirige estos detalles. Tiene las manos cruzadas hacia adelante y con la boca parece masticar algo o nada.

Llegan los mulos de la ambulancia. Descargan los muertos. El cura entra en funciones. Pero es igual. Fuera de la abstracción, el mandón grita: ¡Materia, materia, materia!

—¡Pobrecitos! —habla—. ¡Dios habrá de protegerlos!

No comprendo. Tengo deseos de preguntarle por qué no nos protegió antes. Por qué no nos protege a todos desterrando la guerra entre los pueblos. No comprendo.

—¡Venga! —dice un cabo—. Trae uno de éstos.

Tiro del brazo de uno de complexión fuerte, pero me detengo. Me parece que sus ojos se han movido. Me quedo atento observándole. El cura y un compañero que le auxilia, se acercan.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Me parece que está vivo.

—¡Agua, agua! —habla débilmente aquel hombre.

—¿Han oído? —digo.

Nos miramos. Nos quedamos fríos.

Con gran cuidado lo sacamos poniéndolo sobre una camilla. Dos compañeros se lo llevan a la tienda-hospital cercana.

Sigue el traslado de muertos. El cura observa a todos con detenimiento.

Brabante, en el fondo de la fosa más grande, echa cal a los que llegan. Pisa por encima de ellos. Con una escoba, que saca y mete en un caldero, riega de esta cal la tenue capa de tierra que los cubre. Los riega también a ellos mismos, según su gusto y capricho.

—Bestias —les dice—. No me lo agradecéis, no. Si habéis muerto, vosotros lo habéis querido. ¿Para qué vinisteis aquí, animales?

El cura le reprende, pero el portugués no le hace caso. Mueve la escoba con fuerza y nos salpica a todos. El cura marcha limpiándose la cara. Brabante, blasfema.

Pasan Petrelli, Thurdeim, Mussolini, el húngaro que se incorporó con nosotros, un alemán, otro... Entre ellos mucho hispánico. Más reclutas que veteranos. Siempre sucede lo mismo. El tributo de la inexperiencia. Le llega el turno a Bustillo. El pobre va deshecho. Por todas partes lleva agujeros. Brabante le reconoce. Se detiene. Lo veo emocionado. Con voz nerviosa habla.

—Pero, so viejo, ¿ya estás aquí? Tardabas un poco... Ven aquí, hombre, ven...

Le da un tirón y lo hace caer al fondo.

—Ya estarás contento. Esto es lo que tú querías.

Le detiene.

—¡Eras un bruto, viejo! ¡Eras un bruto! Pero, ¡anda!, ya vas a descansar.

Le pasa la escoba llena de cal por la cara. Le pinta de blanco todo el cuerpo. Y luego... ¡lo contempla un buen

rato con los ojos húmedos!

El cura se acerca. Pregunta. Nadie le hace caso.

Sigue la tarea.

Le toca al Cubano.

Brabante le coge en sus brazos.

—Pero hombre, ¿dónde vas con la barriga abierta? —le dice.

Habla con los dientes apretados. No sabe qué hacer con Pelayo. Lo mira. Mira luego a la fosa... Así un rato.

Lo pone junto a Bustillo al fin. Lo pinta de blanco. Salta fuera de la fosa y se va. Le acompaña un trecho. Los dos estamos llorando...

Regresamos de nuevo. Bustillo y Pelayo están cubiertos ya de tierra. Ahora no los vemos.

Los compañeros vienen con el muerto que estaba vivo.

—Dicen que ha sido una ilusión... que ya hace muchas horas que está muerto -hablan.

El cura, el otro compañero que le ayuda y yo, nos miramos. No lo creemos. Los tres hemos oído pedir agua. El cura pregunta.

—Lo han reconocido delante de nosotros —le responden los camilleros,

Se acercan varios.

—Yo he oído hablar a este hombre—exclamo.

Me miran todos. Todos contemplan al muerto.

—Tú estás loco —grita uno arrastrándolo por los pies y tirándolo a la fosa.

Trato de oponerme. El cura me contiene.

—No, está muerto, está muerto —me dice afirmando con la cabeza.

Todavía veo cómo el muerto mueve sus ojos. Todavía me parece oír su voz débil pidiendo agua.

Las artolas están cargando heridos. Es una fila interminable de mulos, con sillas y camas de lona que vibran y tiemblan con los bastes. Un avión va y viene llevándose los más graves. Los mulos ponen las orejas tiesas. Miran descender el avión. Lo siguen luego con la mirada al elevarse. Quizás alguno trate de asociar sus percepciones. Si lo lograra, ¿qué imagen construiría?

Esparcidos, a cubierto y al aire libre, en camillas y sobre mantas o sin ellas, en el suelo están los heridos. Son varias tiendas que se levantan sobre una masa densa, kaki, punteada de gasa con tonos rojos en ella y manchas oscuras de sangre en la ropa.

Preguntamos por Bernal, por Torrelles. Bernal está bien. Nos ve a distancia y nos llama. Sonríe tímido.

—Ya sé —nos dice— lo de Bustillo y Torrelles...

Habla quedo, como si todavía estuviese bajo una pesadilla. No nos mira. Sus ojos buscan puntos imaginarios en el espacio, en el vacío.

—Ahora descansarás —le dice Brabante—. Una herida como la tuya siempre es deseable...

—Descansaré después —dice.

Le adivino. —Después te irás, ¿no es eso? —le digo en voz baja.

—¡Sí! —exclama quedamente mirándonos fijo—. Yo no

sé vivir en un mismo ambiente. Me canso en seguida. La aventura me atrae y en seguida me rechaza. El cambio, a mi pesar, es mi única vida.

Viene un sanitario. Nos guía a la tienda donde está Torre-  
lles.

—Está prohibido que se le hable —nos dice—. Miradlo desde aquí, desde fuera.

—¿Pero, cómo está? —le preguntamos.

—Muy mal. Aquí sólo están los muy graves.

De lejos le vemos. Está como dormido. A su lado hay uno con la cabeza vendada casi por completo, sólo la boca le queda al descubierto. Nos ha oído. Ha conocido nuestra voz. Nos llama.

—¡Brabante, Pedrol! —dice con voz sonora.

Es Arrieta. Vamos a pasar, pero el sanitario no nos deja.

—Este no corre peligro ninguno —nos dice—. Y bajando la voz agrega —Pero quedará ciego... Tiene un tiro que le roza de parte a parte, las sienes. Se le ha llevado los ojos.

Arrieta nos sigue llamando.

—Se han ido —le dice el sanitario.

Nos vamos. Cruzan las artolas. La primera sección ya está en marcha. Un tono tristón y gris la matiza.

Pasa un mulo, pasa otro, otro. En el último va Piccolina.

¿Dónde? —pregunta Brabante.

—En cierto sitio —replica sonriendo.

—En el cielo —dice a carcajadas el conductor del mulo.

En la segunda sección embarcan a Bernal. Le acompañamos hasta que parte.

Va ensimismado, meditando.

—Siento separarme de vosotros —habla con voz helada. Os quiero, pero...

El mulo arranca.

—Que tengáis mucha suerte, mucha suerte... —nos dice reteniendo nuestras manos con emoción.

Un anhelo poderoso de libertad inexpresado pero claramente manifiesto, le arrastra a su pesar a una vida inquieta y errante. Que tenga mucha suerte también, le deseamos.

## CAPITULO VI

### Invierno hasta ver nieve

**E**L invierno se precipita en las montañas bruscas y salvajes de nuestro sector. Los días son muy diferentes. O hace demasiado sol, o demasiado frío. O cae demasiada agua o graniza o nieva. Todo alternado como si el tiempo hubiera perdido su ritmo. Como si el espacio estuviera loco.

Monotonía, quietud, reposo... Lo más pesado son los convoyes. Por el estado de los caminos. Los mulos caen. El andar es lento y el trayecto interminable. A veces, lloviendo sin descanso y obligados a cubrirnos de la sorpresa que brota, y hiere, en cualquier parte...

Torrelles me escribe. Está en plena convalecencia. Tiene deseos de incorporarse. En cartas anteriores se mostraba muy parco, muy reservado. En una me decía: “No quiero contagiarte la tristeza que tengo.” Le excité a que no tuviera reservas conmigo. A esto me contestó: “Cada día me sumo más en mis reflexiones y temo perder el juicio. Pero no creo haber llegado a un grado de saturación escéptica que me neutralice por completo.”

Le alenté a que se expansionara como un hermano, como lo que somos en nuestro trato íntimo. “Lo haré así, me decía—. Ya no soy nadie, no temas que haga una locura. No tengo fuerzas para nada. El hombre es el ser más egoísta de todos los seres y a la vez el más generoso. Es el animal de instintos más fuertes para el bien y para el mal. Pero para mí esto no reza. No soy egoísta, no soy generoso, ni poseo instintos para lo bueno ni para lo malo. Ya he dejado

de ser hombre aun cuando hombre sea.”

De nuevo le escribí dándole ánimos: “Nadie sabe —le decía, —dónde está nuestro resurgir. Todavía podemos hallar una felicidad.”

Hoy me escribe en los siguientes términos:

“Dichoso tú que todavía confías en un resurgir. Yo en nada confío. El pasado pesa sobre mí como losa de plomo. Soy un derrotado en toda la extensión de la palabra, dentro de esta Civilización establecida sobre bases crueles. Felicidad. Tener una ilusión, por pequeña que ésta sea, es siempre un algo que conforta y estimula. La felicidad es una renovación de ilusiones en superación una de otra. Pero su camino es el camino de la libertad. Deseo ser feliz, es decir, deseo de ser libre. Y nadie es feliz porque nadie es libre. Unos a otros nos controlamos de tal modo, que sólo son libres aquellos que imponen su libertad. Y esa libertad definida por naturaleza porque dé bienestar y poder, no da felicidad. La libertad que no necesita defenderse, que es en sus fundamentos generosa, es la única que concede felicidad. Pero al lograr esta libertad, se necesita tener una base previa, por pequeña que sea, de autonomía, de vida propia, de independencia... Nosotros la hemos perdido hace tiempo. Tenemos cerrados los caminos de la libertad desde antes de venir a ésta. Yo al menos ya sé que no podré ser nunca feliz. Tú eres más joven que yo. Tienes otro espíritu. Te rebelas y reaccionas en ti mismo y esto es siempre un recurso de posibilidades vitales. Yo he llegado ya a una neutralización en mis deseos. Nada quiero. A nada aspiro. No tengo ninguna ilusión. He renunciado a todo. Después de ver mi vida deshecha, si alguna circunstancia me ayudara, tal vez hiciera un esfuerzo. Pero me falta lo esencial. El impulso, el afán, la voluntad de vivir. Para mí



no hay reconstrucción de nada posible. ¡Con cuánta amargura lo digo y a la vez con cuánta serenidad y convicción! Por eso deseo cuanto antes poder unirme a vosotros. Si muero en un encuentro de los que tan a menudo hay, entonces, créeme, con la muerte encontraré la felicidad que la vida no ha sabido darme.”

Después agrega:

“De Bernal no sé nada. La última vez que vino venía sin muletas, hace ya una semana. Pero no ha vuelto. Arrieta sigue conmigo. Ayer le cambiaron el vendaje. Un vendaje grande y abultado que piadosamente le cambiaron por otro más suave, de menos voluminosidad. Recién puesto se lo quitó delante del médico. Se quedó asustado. ¡No veo nada!, gritó. Como siempre, el médico le dijo que tuviera calma, que recobraría la vista. Todos le decimos lo mismo. Yo me paso muchas horas a su lado y le animo para que confíe en que sus ojos verán pronto. Él se toca una y otra vez y ya se ha dado cuenta de que sus ojos no existen. Que sus párpados están unidos por un cosido de sutura y que están pegados formando una pared lisa en sus cuencas. Ya lo sabe. Nada dice. No se lamenta. No habla. A mí me es muy triste, ver callado, sumiso, en su ceguera deprimente, a este hombre tan fuerte con modos y alma de niño.”

Brabante lee la carta.

—Torrelles es un imbécil —chilla—. ¿Cómo va a ser esto la felicidad que dice, si cuanto más bestias somos, somos más venturosos...? Se detiene. Y prosigue:

—¿Ves? Lo de Arrieta no me gusta. Así porque sí, que se quede uno ciego por culpa de cuatro cochinos que tienen interés en dominar, no está bien, ¡Si siquiera le mataran a uno! Es preferible. Se acaba y a otra cosa.

Me devuelve la carta. Se queda pensativo. Después de un momento añade moviendo la cabeza: —Los hombres no tienen arreglo. Tienes que convencerte de que son unos burros y de que lo serán siempre.

Y continúa, exaltándose poco a poco:

—En todas las épocas y en todas partes, son elegidos los más zorros para que den leyes. Y se pelean entre sí los hombres por cambiar a los que mandan. Y se matan los muy zoquetes por ellos, para que, después, todo siga lo mismo. Meándose los menos encima de los más. La civilización es aquella en que no hay leyes ni zorros que las dicten. Eso de que la civilización es cada vez más perfecta, no deja de ser una ilusión de gaznápíro. Más perfecta es la sabiduría y sin embargo, ¿para qué nos sirve...? Siempre hay cuatro malas bestias que gobiernan y que disponen las cosas para que los Arrietas se queden ciegos. Y para que los miserables estallemos por éstos u otros andurriales. ¡Que se vayan a la mierda todos y la civilización con ellos! —termina indignado.

Se marcha. Solo, va diciendo:

—¡Son bestias...! Los que mandan porque mandan y los que obedecen porque obedecen. No tienen arreglo. Y si no lo tienen, que se maten y se pudran. También yo estallaré un día y que en buena hora sea.

Desaparece tras de una tienda.

\* \* \*

Llueve de modo torrencial. Se oyen unos disparos. Seguidamente un fuego muy nutrido. Nos asomamos al parapeto. Atacan a un blocao inmediato a nosotros. Está a unos

dos kilómetros. Su servicio de aguada ha sido sorprendido al realizar la descubierta. Salimos dos compañías en su auxilio, a paso ligero. Apenas cruzamos el pequeño collado que nos separa de aquellos camaradas, somos sorprendidos nosotros también por el frente y por el flanco izquierdo. A mi lado está Brabante echando abundante sangre por un codo.

—Me han partido el brazo—exclama.

Trata de seguir hacia adelante. No puede. El dolor le detiene. A pocos pasos de él, recibo un golpe. Como un trallazo enérgico que me derriba. En la caída parece que me desgarró el pecho. Me miro. Tengo sangre en el corazón, en el cuello. Estoy herido. Pero ¿dónde? Voy a desabrocharme la guerrera. Y no puedo. El dolor es horrible. Parece que me han dado un hachazo en el hombro, hundiendo el hacha hasta dentro. La sangre afluye. Me toco, palpo, pero desisto. El menor movimiento me produce un dolor intenso. Me echo, me estoy quieto. Aún así me duele terriblemente. Los huesos deben estar hechos añicos...

Brabante me llama.

—¿Dónde, dónde? —me pregunta.

Pero no puedo contestarle. El dolor se agudiza. Es superior a todas mis fuerzas. Me domina, me sumerge en un estado angustioso. La respiración se me corta, la vista se me nubla, la garganta se me cierra. ¡Me ahogo!

Siento pasos. Voces. Alguien. Pero no veo a nadie. Ya no veo, no veo nada. Llega..., ¿quién? La muerte. La muerte sin duda que me hace su presa, ¡Aquí está! Sí, es ella. Se aproxima. Me toca. Me coge la garganta. Me aprieta... Sus dedos fríos se clavan en mi alma. Mi corazón se para, ¡Qué angustia! Se va. De nuevo vuelve. Me mira. Está aquí, aquí

a mi lado. Clava sus garras en mi hombro deshecho. ¡Ay! No puedo vivir, ¡no puedo! Ya no oigo nada. Sólo tengo consciencia del volumen de mí cuerpo, pesado, inerte, en la insensibilidad en que entra.

\* \* \*

La camilla va colgada de unos soportes dentro del camión sanitario. Se balancea. Pero voy bien. La inyección que me han puesto antes de partir me ha dejado en un estado de somnolencia agradable. No siento el traqueteo de este armatoste rodando por el suelo. No siento dolor. Pero la acción de la morfina pasa. Mi hombro se estremece con el movimiento. Cada bache, cada desnivel, por pequeño que sea, repercute en mí como un zarpazo violento. Otro compañero va en otra camilla a mi lado. Dos más, abajo. Los de arriba nos quejamos. Los de abajo no se quejan. ¡Qué dolor! ¡Vamos a gritar? —digo a mi compañero—. ¡Gritemos, gritemos! Que pare el camión. Que no ruede más. Que vaya por el aire. Una parada. El sanitario levanta la cortina de lona.

—¿Qué tal vais? —dice desde fuera.

Sube.

—Ponme morfina —digo—. ¡Morfina! Porque tengo un dolor horrible.

El camarada que está a mi lado también la demanda. Lleva una cadera rota. Nos pone una inyección a cada uno. Descansamos.

—¿Y a los de abajo? —digo.

—Son dos muertos—dice el sanitario.

De nuevo en marcha. De nuevo la acción de la morfina pasa. De nuevo los zarpazos empiezan.

—Esta es la guerra. Un aspecto de la guerra. El verdadero aspecto de la guerra. Porque la guerra es ésta. Su aspecto de matanza. La realidad de la muerte. La verdad de las carnes rotas y abiertas. El honor, el heroísmo y la gloria, juntos con el patriotismo y demás conceptos unilaterales que se nos inculcan, ¿dónde quedan...? Son evidentemente conceptos conservados de la barbarie antigua —modelados en los tiempos medios y modernos—, que significan la mentira, la idealización del crimen, los fantasmas que entronizan la pomposidad hueca de los uniformes y de las paradas. Sólo medios para satisfacer la vanidad de muchos necios y facilitar, en su momento, la expansión de los intereses egoístas y bastardos de unos cuantos. Frente a tanta farsa, frente a tanta mentira, está la realidad incontestable de la muerte. De las carnes desgarradas. La guerra es un crimen. Los que la disponen, unos monstruos horribles. Los que la dirigen matones de oficio, vacíos de entendimiento. Los que la hacen, unos desdichados acosados por el rigor de la ley o del hambre. Que ambas cosas parecen existir, complementándose para que con la ignorancia que la miseria lleva consigo y la estupidez de los bajos medios, sea posible el sacrificio inhumano y cruento de los pueblos. El círculo vicioso de la vida se mueve de arriba a abajo. ¿Cuándo se moverá de abajo a arriba, humanamente, vigorosamente, estableciendo un equilibrio universal?

## CAPITULO VII

### Hospital

**L**A mañana es cálida. Por las ventanas, de par en par, entran los aires puros de la sierra. Sus picos como agujas que perforan el cielo, los distingo desde mi cama, recios, altivos, pujantes.

El compañero de la cadera rota, está muriéndose en la cama de mi lado. Ya no se queja. De cuando en cuando da un débil gemido. Ya no piensa, ya no habla. Su vida pende sólo de un hilito. Ya no se resiste. El hilito está próximo a romperse.

Sor Asunción entra en la sala.

Su cara menuda, paralítica en el tronco, sonrío con sonrisa habitual de una en otra cama. Llega hasta mí. Me dice lo mismo que a los demás.

—Buenos días. ¿Qué tal ha pasado la noche?

Se acerca al compañero, moribundo.

—¿Qué tal? —le dice alargando las palabras.

El compañero la mira. Mueve los ojos. Es posible que no la oiga, que no la vea.

Sor Asunción cruza sus manos y con lentitud se vuelve, siguiendo la fila de camas. Sonríe, pasa, sigue preguntando, sigue sonriendo con la cabeza estática.

El compañero gime, da un respingo en la cama. El hilito que sostenía su vida se ha roto. Mi camarada ha muerto.

Doy una voz, otra más fuerte. La sor viene, mira al compañero. Lo vuelve a mirar.

—Sí —dice—. Avisaré.

Avisa.

Una camilla alta, con ruedas grandes, empujada por un hombre de bata blanca, lo recoge. Y se lo lleva.

—¿Y el del rincón? —pregunta el de la bata blanca a la sor.

—No, aquél, todavía no.

¡Todavía! ¡Todavía! Me da frío la expresión.

Todo es mecánico en la vida. Todo está sujeto a un hábito. El poder de la educación lo es todo entre los hombres. Una vez establecida una dirección, ella es la verdad. Por ella se camina, aunque sea mentira, aunque sea brutal.

\* \* \*

Brabante ha logrado ocupar el sitio vacante de mi lado. Ha sido un simple cambio de camas que ruedan. Era deseo de ambos estar juntos. Y ya estamos juntos en la sala de los huesos rotos. El, con un codo destrozado; yo, con una clavícula partida. Pero vamos bien. No tenemos fiebre. Es de esperar que los huesos se vayan uniendo, por decisión propia, ajustados y enlazados como están por la mano carnífera del cirujano. Del otro lado de mi cama hay un compañero aragonés que apenas si habla. Tiene un pie partido dentro de una jaula que eleva la ropa de la cama convirtiéndola en ratonera. Él se desliza por ella sacando fuera sólo su cabeza desgredada. Con los ojos hundidos, agresivos, violentos.

Torrelles se pasa muchas horas con nosotros. Otros cama-

radas convalecientes también vienen. Arrieta está en Madrid, marchó antes que nosotros llegáramos. Hemos sentido mucho no verle. Bernal nadie sabe dónde para. Los días en la forzosa quietud que impone el entablillado y el yeso pasan lentos, suaves. Y en cierto modo agradables, confortantes. Descansamos. Estamos descansando. Al amparo de mi carne desgarrada me siento protegido como en mi vida lo he estado. Es preciso que se ocupen de que nuestras carnes sanen, no porque sanen solamente, sino porque todavía pueden dar algún rendimiento. Es como la fractura en un cacharro que se arregla para que continúe sirviendo. Pero los cuidados que nos prestan, las preguntas que nos hacen, lo relacionado con nuestro estado, tiene un tinte de indiferencia que irrita,

Yo quisiera que se cuidaran de mí con sentimiento claro. Que me preguntaran sinceramente. Pero... ¡es lo mismo! El mecanismo hospitalario nos atiende, nos cuida, nos protege. Pedir sensibilidad verdadera a quienes la han perdido, es pedir demasiado.

Las camillas altas entran y salen todas las mañanas trayendo y llevando compañeros a la sala de operaciones. Más de uno vuelve sin un miembro. Los que ya están levantados, convalecientes, los más con patas de palo o con mangas huecas, se asoman y traen con anticipación la noticia.

—¡Dos cojos! ¡Hoy dos! —gritan. Entran empujándose, dándose manotazos. Haciendo chocar en juego sus patas de palo los faltos de estas extremidades. Algunos caen como muñecos descompuestos. Se levantan, vocean, chillan, corren dando saltos. Las patas de palo parece que se las van a dejar clavadas en el suelo.



A los mancos se les ve animados de otro dinamismo diferente. No corren como los cojos. Juegan como ellos, pero a darse golpes. Diríase que unos y otros van empujados al ejercicio de los miembros que les faltan.

Los que están en cama permanecen casi todo el día callados. Cuando hablan, lo hacen con mimo, débilmente. Hay muchas camas con jaulas en este ambiente de hombres destrozados. Algunos tienen un aparato que sostiene al aire el pie o la pierna herida. Los sanitarios van y vienen en ajeteo continuo. Sor Asunción y sor Aura, ambas viejas, de igual modo se mueven más de lo que a sus años conviniera.

Dos enfermeros atienden a la limpieza de la sala y las cosas, con la parsimonia de viejos en el oficio.

Cuando la hora de la comida llega, los que están levantados se sientan alrededor de una gran mesa que hay en el centro de la sala. La sor de turno, reparte. Algún sanitario o algún enfermero acercan los platos. La jarra del vino es empuñada por la otra sor, que llena los vasos. Siempre queda algo. Los sanitarios se lo llevan. Uno cualquiera esconde la jarra bajo la bata y se pierde. Las botas de vino que varios tienen, circulan por la mesa como jamoncitos flácidos. Durante unos momentos hay silencio.

Pero pronto pasa. En seguida se charla animadamente cuando no discuten a un tiempo, todos, por la más nimia cosa. Más de una vez queda en el aire una blasfemia. La sor, una o ambas, agachan la cabeza, bajan los ojos, murmuran algo. Se marchan.

—Tened cuidado cuando estén las monjas delante—dice alguno.

Le responden con malos modos. Las monjas no tienen

simpatías. Ellas y nosotros somos dos sentidos diferentes de la vida. Ellas, calladas, nunca hacen nada de modo directo en los roces que origina el trato. Todo lo hacen a oscuras y solapadamente... Los nuestros todo lo hacen francamente, rudamente, con un fondo sencillez de ingenuidad.

El médico más de una vez interviene por culpa de ellas, sin que se sepa que ellas son la causa. La poca simpatía entre las monjas y nosotros es manifiesta. El mismo médico, en más de una ocasión, no oculta su desgana hacia ellas. Parece que los caracteres educados en el misticismo, adquieren una cualidad histórica de individualismo contraria a la comprensión liberal de todo corazón.

El del rincón ha muerto esta madrugada. Su muerte era esperada. Su naturaleza se ha ido resistiendo. Tenía una herida de la pelvis al ano. Como el compañero que murió a mi lado, fue uno de los heridos el día que caímos Brabante y yo. Al amanecer, una camilla rodada se lo ha llevado... Quedan otros muy graves. De ellos hay uno que son ya tres los cortes que le dan en un brazo. Finalmente le han amputado por la articulación de arriba. Tiene mucha fiebre. Está agotado. Su estado es desesperado. Verdaderamente si los Hospitales son el campo de batalla donde, con los miserables que el azar arroja hasta ellos, las eminencias médicas se hacen, los soldados no pueden ser una excepción en los Hospitales Militares. La carne enferma o desgarrada de los que carecen de nombre, es en todas partes un medio gratuito para que la medicina y la cirugía progresen y puedan montar sus clínicas de lujo las eminencias industriales.

\* \* \*

Es domingo.

Sor Ana va invitando a los que están levantados para “que vayan a misa”. Se acerca a Curiño, un compañero gallego al que le falta una mano. Es de fuerte complexión y simpático. Está hablando con nosotros.

—¿Y usted también, ¿verdad? —le dice. Vaya a ponerse a bien con Dios...

Curino la mita.

—Si yo estoy a bien con Él, hermana —dice—. Es Él, el que parece que no está a bien conmigo.

La sor sonrío.

—¡Oh, hermano, no diga usted eso...!

—¿Le parece a usted bonita la vida que me hace llevar? —exclama el gallego.

Pero la sor insiste.

—Si me da usted jerez y galletas, voy —dice de pronto el manco.

La sor se lo promete.

—Bueno, entonces, mejor cognac—se rectifica el compañero.

—Bien, cognac le daré a usted.

—Luego me engaña —nos dice—. Pero por intentarlo nada pierdo. Ya veremos.

Se va a misa pensando en la copa. Oír mecánicamente una misa es una virtud religiosa... Llegan más heridos de diferentes partes. El chorro no para. Raro es el día que no viene alguno. Los que entran por esta época son todos de

agresiones. En nuestra sala hay varios con fracturas de brazos y piernas penosamente operados.

Pasan en las camillas con las caras hundidas por el dolor que producen los huesos rotos. Por la debilidad que el dolor deja.

Los que convalecen los reciben. Los atienden con afectos de camarada. Para todos tienen una frase alentadora, ya compasiva, ya de broma. Si no fuera por la animación de estos inválidos que no cesan de hablar y de moverse, la sala sería un cementerio. La nota de color la ponen en todo momento. Y basta seguirles con la mirada para distraerse en la monotonía que supone el vivir con algún miembro entablillado.

Torrelles inventa unos esputos de sangre por las mañanas para estar con nosotros el mayor tiempo posible. Brabante se pasa dos horas diarias dándole vueltas a un molino de café, muy brillante y muy limpio, para que su codo recobre la flexibilidad y agilidad habituales. Pero quedará algo deformado a pesar de todos los esfuerzos. Mi clavícula está soldada y más fuerte que cuando no estaba rota. Ya salimos los tres juntos de paseo. Todas las tardes nos adentramos en Tetuán.

Es algo sugestivo y excitante un jaique fino de mora en movimiento. Por encima de los velos blancos, los ojos negros lucen su color intenso. Ávidos se mueven mirando lo extraño que ha roto la quietud de la ciudad. Lo nuevo que trata de sacarla a otra esfera de vida más amplia, más plena. Los ojos de las moras parecen todos asustados y a la vez todos sonrientes. No asienten a lo que está pasando y asienten a que la vida se remueve.

Una calle desierta en medio del laberinto de calles. Entramos. Un silencio que maravilla. Topamos al fondo con una casa. La calle no tiene salida. Miramos a las celosías que recuerdan las de España. A las ventanas diminutas, como ojos en las paredes. Una mujer nos mira. La sorprendemos. Se retira. Otra, horrible, saca su cabeza más allá, por otro hueco. La miramos, nos mira. Digo buenas tardes, a la costumbre de Castilla. No nos contesta. Salimos a otra calle. Varios hombres y mujeres cruzan de prisa, en silencio; no se conocen. Todos van y vienen como movidos por manos misteriosas. Contemplamos estas calles con sus casas apretadas, formando arcos, puentes. Con sus mezquitas de encajes, con sus puertas ojivales, tímidamente entreabiertas. Con sus ventanas altas, reducidas, entornadas por sus celos.

Todo tiene un mate agradable y sorprendente. Todo calla y todo vive. Todo palpita en el seno del silencio con vida intensa y a la vez muda.

Salimos del barrio moro. Entramos en el hebreo. Este es un hervidero de chicos por las calles, de mujeres que salen y entran, de hombres que hablan, que discuten, que comentan. Todo sucio. Todo al descubierto. Sin virginidad de ternura y de silencio. Lo abandonamos pronto.

En el barrio europeo, casas altas, de construcción recta, en bloques de piedra y de cemento; sus calles son anchas, activas, despiertas. Por ellas cruzan europeos, hebreos y moros en la promiscuidad de una Babel inconsciente, todavía pequeñita, pero activa y moderna. Los caminos amplios, los edificios de lujo y los grandes almacenes, atestiguan el crecimiento de la urbe nueva, llena hoy de poder y de fuerza. De descaro inaudito frente a la otra ciudad, la blanca, la vieja, llena de pudor y de quietud, de silencio

delicado y tierno.

Cruzan hebreas, moras, hispanas, una inglesa, otra alemana... Todas con sus tipos diferentes, con sus ojos de distinto modo en juego. Entre todas algún hebreo, algún moro, algún hispano, algún alemán. Y oficiales, oficiales, muchos oficiales. La plaga audaz que todo lo invade. Que todo lo matiza en cualquier momento y ocasión. Los soldados, encerrados en sus cuarteles la mayor parte del día, dan la sensación de que no existen.

Algunos se ven dispersos. En Tetuán, los oficiales parecen la masa arrolladora y aplastante del ejército de ocupación.

Delante de la iglesia de los franciscanos, hay mucha gente agolpada. Nos acercamos. Preguntamos.

—Están bautizando a un muchacho moro—nos dice una mujer.

La ceremonia ha concluido. Empiezan a salir los invitados. Sale la madrina con su mantilla española. Rodeándola, salen otras mantillas y varias cabezas calvas de señores importantes.

Sale el neófito. Es joven. Tendrá unos quince años. Un franciscano le acompaña. Todos le felicitan y estrechan la mano.

Cerca de mí un moro viejo observa como nosotros el espectáculo. Mira al converso con ojos agudos. —¡Harán, harán! —le oigo decir en voz baja, sorda y que nadie percibe.

Unos fotógrafos enfocan a la comitiva. Un retrato. Otro... Demasiado retrato. Diríase que éste es el acto más importante de la pequeña fiesta religiosa.

El nuevo cristiano es agasajado por todos y a todos sonrío emocionado.

Le habrán dicho que su ser es un don de la divinidad al que se debe, como si no fuera un producto natural adquirido en la evolución de los siglos, sin ningún origen especial. Que su alma se salvará, como si la salvación tuviera algún sentido en la realidad del Universo. Que el cristianismo es la verdadera religión, como si alguna religión fuera verdadera. Que Jesús se sacrificó porque reinara la igualdad y la justicia entre los hombres, como si la igualdad y la justicia existieran en la vida. Que la Santa Madre Iglesia encarna la bondad y los designios de los cielos, como si no encarnara la barbarie de los tiempos absolutos. Que los sacerdotes son los ministros del Señor, como si hubiera algún Señor que se ocupara de los hombres. ¡Quién sabe la de cosas que le habrán dicho, para que este muchacho se decida a aceptar la gloria a la diestra de Dios Padre! Pero es igual. La fosa se encargará de poner las cosas en su sitio de acuerdo con la realidad de la Naturaleza, burlándose de toda abstracción.

En resumen: un cristiano más y un mahometano menos. Es igual.

Nos conceden un mes de licencia. Nos preguntan dónde vamos a disfrutarlo. Los tres, de acuerdo, decimos que en Madrid. Nos piden nuestra residencia. Pero no tenemos ninguna. Nosotros no tenemos casa, ni familia, ni lugar donde amistosamente nos recojan. Somos tres náufragos en medio de la tempestad que nos arrojó de golpe a la Legión.

—Bien—dice el médico—; entonces continuarán hospitalizados en Carabanchel. Allí les darán pasaportes para incorporarse, ya de alta para el servicio.

Partimos.

Ceuta. Vista otra vez en un estado de ánimo muy diferente a como la vi la vez primera. Ya no me parece residuo conservado de la edad media española entre las olas del mar.

Moros, cristianos y judíos conviven, de hecho, bajo un régimen militar con castillo propio, que es a la vez prisión y fortaleza. Pero los siglos nuevos han penetrado en la ciudad dando al tono medio de su vida medioeval un aliento de renovación—quién sabe si para el bien o para el mal—de espíritu pasivo y escéptico en la religión y activo y creyente en su prosperidad general.

Embarcamos. El mar nos da la sensación de que emprendemos un viaje infinito sin horizontes palpables. Sin realidades vivientes. A poco de navegar, el Peñón aparece con su mole hercúlea y gigantesca, vigilando el tránsito de mar a mar. A mi memoria acude el recuerdo de nuestro buen camarada Thurdeim. Pienso en el pueblo inglés y en el millón de miserables que viven de la caridad oficial, vencidos ellos y vencidos sus hijos, por la falta de trabajo. Por el hambre. Como yo, como nosotros, como la mayoría de la masa. Pienso también en los grandes explotadores de pueblos que rigen su sociedad. Me formo una idea del Imperio inglés y me inquieta la barbarie que encierra el Peñón de Gibraltar.

Algeciras. Una nube de desahuciados nos espera. Un excedente crecido de habitantes sin ocupación que buscan en los equipajes el jornal, un leve motivo para comer.

En el puerto mismo está el tren. Subimos, arranca. En mi



asiento voy temblando. Estoy alegre. Pero a la vez, estoy inquieto, La vida civilizada que tan duramente me ha tratado y me trata, está aquí.

Ya estoy en ella.

## CAPITULO VIII

### En Madrid

A nuestra llegada a Carabanchel preguntamos por Arrieta.

—Ahí está—nos dice un compañero.

De lejos le vemos. Está sentado al sol en un sillón de mimbre. Las manos cruzadas. La cabeza inclinada hacia el suelo. Nos causa emoción verle. A su lado está un camarada nuestro. Ambos guardan silencio. Nos acercamos. Casi al lado de él nos detenemos.

— ¡Arrieta! —dice con timidez Brabante.

El vasco levanta un poco la cabeza.

—¿Qué? —contesta.

—¿No me conoces?

Se queda indeciso.

¡Sí, si...! Habla más —dice, sorprendido por la voz, el ciego.

—Soy Brabante.

Arrieta se levanta. Da dos pasos en una dirección supuesta. Brabante le abraza. Luego Torrelles. Luego yo.

—¡Claro que os conozco! ¡Claro, hombre! —habla—. ¿A que os creáis que porque estaba ciego ya no conocía a nadie? No, hombre, no. Yo soy persona decente.

Nos alegra verlo animado.

Pero su animación la motiva la sorpresa, la alegría que le produce nuestra llegada. Sobre todo por Brabante, con

quien llegó a tener una amistad más estrecha. Pronto entra en su concentración habitual.

Nos hace varias preguntas sobre nosotros y sobre otros compañeros. Después calla. Nosotros procuramos que la conversación no cese. Le hablamos de unos y de otros, de cosas que quizás inventamos. Él calla. Escucha. Pero nada dice.

La tela fina de sus párpados cosidos tiembla como si quisiera romperse y dar a luz unos ojos. Pero no hace más que temblar y moverse como si por dentro existiera algo. Me produce angustia verle. De pronto habla como si nos respondiera al sentimiento con que le miramos.

—Esto ya está hecho así. No tiene remedio.

Dobla la cabeza, que parece hundirse en el pecho. La tela fina de sus párpados tiembla, tiembla...

Vamos a separarnos de él, pero una mujer llega. Es una mujer diminuta. De pelo blanco. Una viejecita montañesa. Llega hasta nosotros quedamente. No mira a nadie. Sólo mira a Arrieta con ojos de ternura, hundidos, amaratados por su llanto continuo, que ya no es llanto, que es callado y doloroso sufrimiento.

—¡Hijo mío! —dice.

El vasco mueve la cabeza con un gesto.

—¡Madre!

No hablamos. Todos miramos a esta viejecita de pelo blanco, que dobla su espalda ligeramente bajo el peso de sus años. La contemplamos con amor, con veneración, con respeto,

Al vernos todavía con las maletas, nos pregunta:

—¿Vos? ¿Vienen de allá?

Hay en su voz un timbre sonoro, de triste melodía. Habla lentamente.

—De allá hemos llegado —la decimos.

—¿Para no volver?

—Volveremos dentro de poco.

—¿Y por qué? ¿Para qué vuelven? Nada tienen que hacer allí. Aquéllo es de otros. ¿Para qué ir a pelear contra ellos? Pueden ustedes caer como mi hijo. Miren.

Su boca arrugada se agita como si sus dientes chocaran. Sus ojos están inmóviles mirando al hijo que ya no ve, que ya no verá nunca.

—Yo ya soy vieja—dice—. ¡Si pudiera darle mis ojos!

El hijo mueve la cabeza. Habla dirigiéndose a un lugar imaginario, donde él cree que está cada uno.

—¡Paciencia, madre! Ya está hecho, así es.

—¡Si me hubieras hecho caso, hijo mío!...

En un supremo esfuerzo la madre llora, una, dos lágrimas, no más. Sus ojos ya no pueden, ya han llorado demasiado, están exprimidos, secos.

El hijo sacude su cabeza con temblor enérgico.

—No hablemos más de esto, madre. Ya está hecho. Ya no tiene remedio.

La madre le mira. Calla. Estamos ante una realidad consumada.

El ciego de guerra es una negación de principios, absoluta, enérgica y rotunda. Ante Arrieta no es posible ni siquiera

pronunciar la palabra guerra.

Por muy sólidos que fuesen los fundamentos de eso que se llama guerra, todos ellos se desplomarían ante este vasco vigoroso, lleno de juventud y de fuerza y bueno como un niño, que ha perdido para siempre la vista en ella.

Cuando nos marchamos estamos impresionados. ¡Esa madre! ¡Ese hijo!...

Delante de nosotros va Brabante, con los puños cerrados, diciendo:

—¡Ahí! ¡Bestias, bestias! Torrelles murmura. Yo maldigo.

\* \* \*

Brabante y Torrelles están en mano de una aventura. Son dos muchachas modistas, Morena la una, tipo muy español. Rubia la otra, tipo fino y elegante. Tras la primera va Brabante. Torrelles tras la segunda. Había otra tercera por la que yo me decidí. Pero ha dejado de venir por causas familiares y se lo he agradecido. Me aburría mucho con ella. Una tarde las conocimos. Pronto iniciamos la relación. Ellas, muy agradables, accedieron a tenernos por amigos. Así empezamos. Yo ya he terminado. Ellos no sé cómo acabarán. Pero ya sé que lo pasan bien,

Torrelles dice que consagra el tiempo a despedirse de la vida. Sigue con su depresión. Nuestro contacto, sin embargo, le anima mucho. Y sobre todo Brabante le arrastra a divertirse aunque no quiera.

Ellos se marchan a la cita. Mientras estoy solo, me adentro en el corazón de Madrid viéndolo todo detenidamente. Luego me reúno con mis compañeros en sitio convenido.

En mi andar por sitios recorridos despacio bajo el peso de mis días de agobio, camino guiado por los pensamientos del pasado. Ellos me llevan. Ellos construyen en mi memoria las imágenes que entonces fueron. Me hacen andar por los mismos lugares que entonces andaba. Me hacen sentir las mismas inquietudes que entonces sentía. Muchas veces no soy yo quien está en Madrid, sino el otro, el que queda detrás de mí, vencido, derrotado. Yo ahora no soy más que un alto en mí mismo. Un alto que no tiene inmediato ningún horizonte. Que quién sabe si no tendrá jamás ninguno. Yo no lo veo. No veo más que mi presente aislado, distante del pasado doloroso. Más distante aún del porvenir, incierto, que la suerte me depara. De donde vengo lo sé. Y lo que soy también. Adónde voy no puedo saberlo ni nadie lo sabe.

Hago una visita que debo. Me lo manda la gratitud.

En un barrio de Madrid antiguo. Frente a una casa de paredes desconchadas y vieja me paro. Esta fue mi casa. Mi última casa. En ella estuve recogido de caridad por unas personas buenas.

Mientras subo la escalera tiemblo. No son más que dos pisos la casa. Dos pisos mal superpuestos. Un cordón brillante y sucio tengo en mi mano. Voy a llamar. Estoy emocionado. Veo ante mí los días que viven en este cordón, en esta puerta amarillenta, de barniz, que se derrumba por el tiempo. Veo ante mí los días amargos. Mis salidas en busca de trabajo. Mis regresos sin hallarlo. Un día y otro día. La casa noble y caritativa de doña Nieves. Su gesto de sentimiento. Sus palabras de calma, de amor y de consuelo.

Tiro del cordón. La campanilla suena haciendo revivir de un golpe en mi cuerpo todo el pasado con su tristeza. Estoy en él, como ayer, como cuando aún vivía de la caridad de esta buena gente.

Doña Nieves abre.

—¡Hijo mío! ¿Tú,..? —grita.

Su gesto y sus palabras me conmueven. Hijo mío, es la expresión más honda, más profunda y más sincera que una mujer puede pronunciar. Hijo mío, es un símbolo de amor, que no tiene parangón posible.

Me abrazo a ella. La beso. Es la primera vez que beso su tez arrugada, enjuta, seca, de madre generosa. ¡La quiero!

Ella llora, yo estoy en apariencia sereno. Pero mi cuerpo vibra de emoción, de sentimiento.

—¿Cómo no has avisado? Joaquín hubiera ido a esperarte.

Habla llorando, riendo. Con voz entrecortada. Con los labios deformados. Con los ojos ávidos, mirándome cariñosos, agitados, sinceros.

Elisa, la pequeña Elisa, me reconoce en el pasillo. Es una niña rubia de pocos años. La levanto. La beso. Ángela sale. Es sobrina de doña Nieves y madre de Elisa. Nuestras manos se unen con afecto.

—¡Cuenta, hijo, cuenta! ¿Cómo te ha ido? ¿Qué has hecho? Recibimos dos cartas tuyas; pero no has vuelto a escribir. ¿Por qué? Yo ya pensaba. ¡No sé, no sé...!

Doña Nieves desea que con una palabra, con un concepto, explique todo lo que he vivido desde que me hice soldado. Empiezo. A las pocas palabras me detengo. Estoy ha-

blando como si hablara conmigo mismo. Empleo razonamientos, aunque sencillos y breves, confusos, complejos para el hábito de ellas. Me miran algo sorprendidas. Ángela se reclina sobre una silla. Doña Nieves guarda su pañuelo. No me expreso bien. No sé, no me entienden. Yo mismo me sorprendo. Me reconcentro un poco. Medito algo. Hablo de otra manera. Ahora sí me entienden. Están las dos con los ojos demasiado abiertos, inquietas. Pero no les digo lo que he vivido. Les cuento únicamente lo circunstancial, lo superfluo. Lo que aviva en ellas el interés y a la vez la curiosidad, junto con el sentimiento. No les cuento lo verdadero. Les extrañaría, las sorprendería. No lo entenderían jamás. En mi interior, me decepciono. No puedo verter en estas almas cariñosas lo que la mía siente. Callo. No tengo ánimos para seguir hablando. ¿Para qué? Estoy en contacto con el rumbo cotidiano de la vida, con lo más uniforme, con lo más estático y perenne. Ellas hablan. Me preguntan. Expansionan su curiosidad por conocer lo que les llama la atención, lo que más les incita. Pero todo es objetivo, simple, cuando no necio. Yo a todo les contesto. Y a todo sonrío.

La campanilla suena. Ángeles abre. Joaquín llega. Me ve, me abraza. Nos abrazamos como dos hermanos. Con el mismo afecto.

Se une a las mujeres en las preguntas. Siente lo mismo. Piensa lo mismo. Habla lo mismo que ellas. Con la misma objetividad simple. Con la misma necedad a veces.

Resbalo sobre la conversación que ellos siguen, que ellos cambian, que ellos dirigen y llevan. Estoy aquí con ellos, pero estoy solo. Estoy engañándome a mí mismo, engañándoles a ellos.



Es la hora de comer. Me obligan a quedarme, Me quedo. Ya no preguntan. Ya no hablan más de cosas nimias, sencillas, relacionadas con su ambiente. Los afectos hacia mí se redoblan en la mesa. Entramos en la intimidad familiar ajena a todo otro pensamiento. Descanso. Me siento satisfecho ahora entre las miradas, las frases y las atenciones de la vida de familia, Pero estoy solo, sigo estando solo en mi interior incierto.

Terminamos de comer. Joaquín y yo nos vamos, Me despedido hasta otro día. Ya volveré, ya volveré. Dejo a Joaquín en la oficina donde trabaja.

Y me pierdo por las calles como si buscara la integridad de mi ser. En una plaza pequeña me detengo. La gente va y viene como movida por un vértigo.

—¿Dónde irán todos tan deprisa? —me pregunto.

Me empujan, tropiezan, me pisan. Me miran o no me miran. Y siguen. Todos siguen impelidos por una fuerza y un afán extraños. Como siguen y siguen las hormigas en un hormiguero inteligente. La corriente no para, no cesa. De cuando en cuando, un pequeño remolino. Pero en seguida pasa, se disuelve. La corriente sigue interminable. Continúa violenta. ¿Qué clase de pensamiento es el de estos seres?

A mi lado hay una iglesia. De vez en vez, la corriente de la calle es interrumpida por gente que entra o sale. A veces, la corriente arrolla a los que salen o detiene en el arroyo a los que entran. Me aproximo. En la puerta, dentro y fuera, hay varios desdichados pidiendo. Los cuento. Cinco. Dos hombres y tres mujeres, Los cinco son casi viejos. Dos deformados. Tres esqueléticos. Miro al fondo. La puerta interior de la iglesia se abre, escapándose de su

hueco ese aire cálido condensado en el templo con peste de cera y con perfume de incienso. Paso dentro. Los cinco desdichados tienden sus manos proclamando la inutilidad del cristianismo en sus formas seculares.

El altar mayor está iluminado; un sacerdote, con una túnica dorada, lee en un libro grueso. Se vuelve, dice unas palabras en latín. Como si el latín sirviera ya para algo. Luego se arrodilla frente al altar. Un niño, con traje rojo y blusa de encajes, le levanta la túnica cada vez que se arrodilla. Hombres y mujeres, de pie o prosternados. Algunos mueven los labios. Otros miran al techo. Los menos, leen en libritos pequeños. El ambiente es de reconcentrado silencio. Las bocinas de los autos y el rumor de las gentes de la calle, llegan hasta el interior, acercándose o alejándose, según se abre o se cierra la puerta.

A mi izquierda hay una escultura de colores vivos. Una mujer en éxtasis frente al cielo. A sus pies, unas velas. Un hombre viejo, con sayas negras y blusa blanca, las está apagando con una caña y un embudito en su extremo. Apaga una, otra. La última queda muy alta. No se apaga al primer intento. El viejo repite. La vela sigue con su luz que parece que tiembla de miedo. El viejo tiene prisa. Da otro golpe, pero no acierta. Otro con más fuerza, y la vela se parte; pero sigue encendida. Levanta la caña y asesta un nuevo golpe, éste tan violento, que derriba la vela y el candelero.

Ambas cosas caen arrastrando tras sí otros candelabros. Por fin, se apaga la vela, Y el viejo tira la caña en un rincón y se marcha gruñendo.

En otros altares, otras esculturas son objeto de veneración por parte de gente que humildemente se arrodilla. ¿Qué

podrán concederles esas Imágenes mudas sin más alma que la del barro o madera que las modela?

El hombre se olvidó de su origen a medida que las percepciones asociadas conformaban la potencia de su cerebro.

En su lucha milenaria por identificar la realidad cósmica a que su inteligencia nace, su capacidad de abstracción, reconstruye constantemente el medio cósmico por medio de generalizaciones que abarcan lo que la razón va descubriendo. Al fin, el hombre se supone obra de un creador que sólo él en su capacidad de abstracción crea.

Más tarde, la ciencia, con la observación analítica y la acumulación de la experiencia, desentraña la realidad del Universo durante tantos milenios idealmente perseguidos, Y descubre el verdadero origen de la Humanidad en la transformación general de las especies. El hombre no cree lo que le dice la ciencia.

Aquí están negando la Ley de la Causalidad y aceptando la Ley de un Creador, fantásticamente brutal y despótico, que es imposible concebir, por el cual dicen que el Universo se rige, sin causa primera ni última. Infinito en el espacio. Eterno en el tiempo. Ilimitado en sus formas. De causas arbitrarias y caprichosas. Aquí están negando asimismo el origen animal de la especie, Y la causalidad de la racionalidad, que la evolución vital elabora del mismo modo que pudo haberla elaborado en los asnos, por ejemplo, si el proceso evolutivo de la constitución íntima del cerebro del animal, en vez de ser favorable al hombre hubiera sido favorable al burro.

Aquí están estos hombres y estas mujeres creyendo abstractamente en un poder invisible y sobrenatural que lo

creó todo. A ellos, muy especialmente, y en la acción divina de estas imágenes de madera y de barro, como hijas escogidas de ese Gran Poder que todo lo puede, pero que no puede suprimir ni las miserias ni las guerras... Esta es toda la identificación y reconstrucción de la realidad que las mentes de estos humildes creyentes han podido elaborar. ¿Cómo contradecirles si su fe es tan sincera, tan profunda?

¿Cómo decirles que el alma radica en los órganos cerebrales y que muerto el cuerpo, todo entra en descomposición para dar vida a nuevas formas de creación y el alma muere sin que pueda alejarse del cuerpo para ir a ninguna parte? ¿Cómo asegurarles que todo en el Universo es mortal por la Ley vital de evolución, revolución y creación? ¿Que todo nace, vive y muere para renovarse, los soles y los astros, la materia y los seres? ¿Que todo, en fin, se transforma eternamente como una masa formidable en constante destrucción y creación dentro de sí misma? ¿Cómo afirmarles que lo único inmutable es la existencia misma del Universo absurdamente admirable?

Ante mí veo condensadas, en un todo unificado de superstición, las leyendas, los mitos y las religiones de nuestro pasado bárbaro, triunfante en nuestros días.

\* \* \*

El rey visita el hospital.

Estamos cada uno al pie de su cama esperando el paso del rey. Se encuentra en otra sala de convalecientes. Ya ha visitado todas las demás. Creo que nuestra sala es la última

que recorre.

El rey entra acompañado de un séquito numeroso. Se detiene para hablar con uno. Pregunta algo.

Luego conversa con Brabante, que está a mi lado. Lo estoy viendo de cerca. Entre él y yo no hay más que dos pasos. Es un hombre como yo, igual que yo, igual que todos nosotros. Sus gestos, sus ademanes, su voz, son idénticos a los de todos los hombres. La cuna donde ha nacido es lo que únicamente le eleva sobre los demás. Si hubiera nacido donde yo, muy bien podría haber sido igual que yo, un despojo sin nombre, ni libertad, ni vida propia. La calidad de la cuna lo es todo entre los hombres.

Saca la pitillera. Da un cigarrillo a Brabante mientras habla con él. Me alarga otro a mí, amablemente. Nos sonrío. Pasa.

El séquito es una mancha grande kaki y negra. Demasiados uniformes y demasiadas levitas. Demasiada gente agrupada alrededor de aquel hombre, como si ellas fueran las que sostuvieran la Monarquía.

Altos dignatarios del Estado, del Ejército y de la Iglesia, forman el cortejo. Van pasando. Es el séquito milenarista que acompaña en el tiempo al milenarismo monarquista. Todavía estamos en este dilatado período bárbaro. Aún no hemos salido de él. No es propiamente el Gobierno de uno, la Monarquía moderna. Es el gobierno de varios, bajo el reinado de uno, llámese rey o presidente. En esencia, lo que siempre ha sido. El pueblo no se gobierna por sí mismo. Lo gobiernan. Así, los más grandes desafueros en el interior y los más grandes crímenes en el exterior. Los hombres se mueren cristianamente de hambre por la calle, como perros, o van a la guerra a matarse, como bestias,

muy cristianamente también.

A los que hacen las leyes tiene sin cuidado la vida de los seres. No miran ante sus ojos más realidad que la de su dominio, que la de su poder, que la de su expansión. En último término el Estado, su Estado, es el que decide sobre la suerte del ejército que con esmero organiza y educa y paga, cada vez más numeroso, más terriblemente organizado. Más inhumanamente científico. Él es el que ejecuta. Y las Iglesias bendicen los actos del Estado y del Ejército en el enlace tradicional en que se hallan, los poderes divinos con los humanos y con la fuerza, como medio de orden. De un orden arbitrario y criminalmente establecido.

El monarquismo existe. Los pueblos viven subyugados. Subyugados a la clase rica, a la clase militar y a la clase eclesiástica. Lo mismo o peor que muchas civilizaciones de la prehistoria. El pasado está siempre cada vez más definido. Cada vez más delimitado en sus poderes tiránicos. Cada vez más perfecto en su constitución interna. Cada vez más formidable.

El monarquismo existe. Existe el gobierno de una clase dominante que tiene a su servicio una clase militar, retribuida como jamás clase alguna dominadora la tuvo en los siglos. Y una clase sacerdotal, que en su interminable decadencia histórica, vive adaptada a los órganos del poder constituido, al cual apoya, mientras va viviendo.

El monarquismo existe. La clase dominante dispone de los destinos de los pueblos según su interés y sus necesidades le dictan. Dispone legalmente de ellos forjándose una legalidad autocrática que los pueblos mismos le otorgan.

El monarquismo existe. Con el consentimiento de los pueblos hasta en las naciones más cuitas y adelantadas.

Un escaparate me atrae. Una joyería. Me sorprende ver joyas de precio exorbitante. Un automóvil en la puerta se detiene. Dentro de él va una señora con abrigo de pieles. Y a su lado un perro sentado que enfila sus orejas mirando por una ventanilla. Un desdichado, con los zapatos abiertos, los codos rotos y el traje deshilachado, sale de cualquier parte y abre la portezuela. La señora baja. Ni le mira. El perro se queda entre los cojines.

La veo por los cristales. Está comprando unos pendientes. Los tiene en la mano. Los mira. Se los pone. Se contempla frente a un espejo.

Sigo andando. Miro a todas las mujeres. Todas, en efecto, llevan pendientes, pulsera, collares, sortijas.

Es el atavismo de la barbarie. Ei atavismo conservado. Las mujeres salvajes de las civilizaciones derrumbadas y de las razas llamadas a desaparecer se adornan lo mismo.

Me fijo con más detenimiento. Todas van pintadas. Con mascarillas que las desfiguran. Las que van solas, andan y miran a los hombres con deseos manifestados, con deseos provocativos. Al igual que los salvajes del centro de África usan sus tatuajes pintorescos, y andan, y miran, excitando los deseos de los hombres de la tribu. Con la misma personalidad van acompañadas las que son sin duda prisioneras de los hombres que las llevan. Cosas que los hombres poseen sin más personalidad que la de su sexo pasivo. Sin otra actividad inteligente, que la fantasía imaginativa, ligada al sexo, lo mismo que las mujeres de los pueblos semi-bárbaros en su dependencia del hombre que las compra y con la misma mentalidad pobremente idealista de ellas en

relación constante con el sexo.

\* \* \*

Una sirena estalla en los aires como un grito de protesta. Seguidamente veo salir por ancha puerta hombres y más hombres vestidos de azul. Es una fábrica que da fin al trabajo. Una fábrica donde muchos hombres trabajan... Luego suena otra sirena. Y después, otra. La avenida se inunda de trajes azules matizados de carbón o de hierro. En pocos momentos la masa desaparece.

Continúo. Tropiezo con un matrimonio que come sobre un banco. El con blusa blanca. Ella con traje modesto. Cerca de ellos, uno, dos, seis limpiabotas ofreciéndose a los transeúntes. Un puesto callejero de lotería. En él, una mujer demacrada que da de mamar a un niño. Más allá, unos pocos sucios, con sus botas altas llenas de lodo, que comen también, tranquilamente, sentados entre sus instrumentos de trabajo en el arroyo.

Entro por un conjunto de calles empinadas y torcidas. Casas miserables de vecinos hacinados y hambrientos. Al sol, mujeres, viejos. Ante ellos, niños famélicos, descalzos y sucios, que juegan para entretener el hambre. El ambiente es miseria, ignorancia, tristeza, muerte.

Subo una avenida. Empiezo a ver casas silenciosas de altivos señorías.

Palacios, palacios, palacios.

Atravieso una calle importante. Entro en otra más importante todavía. Casinos, Empresas, Bancos, Hoteles. Esta debe ser una de las vías sacras de la Civilización, una de las arterias vitales que la sostienen y la alimentan. Mi vista



se nubla ante la potencialidad que en todo vive. La rapidez vertiginosa, la mecanización ideal de los hombres y de las cosas, está lograda. Los automóviles de lujo pasan y pasan en cantidad abrumadora. Otros, ahí están parados en espera de sus dueños los rectores de esta o de aquella casa influyente en la villa.

El ambiente es de riqueza, alegría, vida, derroche.

Por todos los sitios que recorro, noto matizados los contrastes vivientes en seres que son por naturaleza iguales. Los trajes, en ellos y en ellas, las ocupaciones, los rostros, las miradas y hasta el mismo andar, me parecen diferentes. Desenvoltura y resolución en unos. Achicamiento y timidez en otros.

Hombres de uniforme, que vigilan las calles, acuden a cualquier remolino de la acera y hacen circular ordenadamente a los demás hombres.

Vendedores ambulantes, con una mísera mercancía, gritan y vocean atrayendo al transeúnte. Ninguno se detiene. Todos miran y pasan. Esto me recuerda los modestos cantineros de África, que con un burrillo cargado de licores y agua, recorren kilómetros y kilómetros, a veces sin protección ninguna, para llegar a tales o cuales tropas concentradas y venderles su pobre mercancía.

Difícilmente puede calificarse el sentido que la vida tiene para estos hombres que apenas ganan para su sustento. Los más tendrán familia, hijos. Desigualdad en sus trajes, en el color de sus rostros, en la limpieza. Ello en sí es el origen del horizonte en que han de moverse. Nacen iguales en cunas desiguales. En hogares desigualmente atendidos. En familias desigualmente alimentadas. En ambientes dife-

rentes con influencias, gustos, deseos y educación dolorosamente desiguales.

Ellos, que nada saben, que son bebés inocentes llenos de ingenuidad, de candor y de alegría.

Ellos, que han de recorrer de diferente modo la escalera de la vida, según la posición de sus hogares; ellos, que ya se miran con gestos expresivos, que delatan la diferencia de los planos donde viven, están clasificados desde que nacen en triunfantes y derrotados. Para unos, la pendiente a subir no existe o es demasiado fácil. Para otros, la pendiente es empinada, empinada, tan empinada, que raramente puede ser vencida. Para unos, existe un privilegio patente. Para otros, un martirio desde que ven la luz hasta que mueren. Entretanto el hábito los acostumbra. La desigualdad que hiere sus cerebros infantiles, es desde hombres, un Estado de derecho. Así es, porque así existe, porque así está dispuesto. Así fue siempre. Así debe ser. Así será. De niños, ya parece que los de hogares lujosos han de mandar sobre los que modestamente viven o sobre los que viven de cualquier modo. En unos y otros se graban fuertemente las diferencias de vida que separan a sus casas, a sus hogares, a sus padres. Asimilan las primeras lecciones que versan sobre esto: orgullo de un lado, resignación y humildad de otro. En la breve cima de la pubertad ya están diferenciados entre sí, ya están clasificados entre ellos mentalmente, ya parece que a sí mismos, se clasifican para siempre.

La civilización tiene muchos polos. Todos sin embargo, convergen en los centrales. En dependencias duramente rígidas uno de otro. El uno, tiene el poder, las influencias, hace que las leyes garanticen su libertad. El otro, prácticamente se somete, obedece, asiente sin más libertad de vida

que la que el anterior le deja. Potencialmente, riqueza, saber, alegría, vida, derroche y lujo, y miseria, ignorancia, tristeza, muerte, hambre y dolor, están frente a frente. En franca dominación la riqueza sobre la miseria. El derroche sobre el hambre. El lujo sobre el dolor. La vida sobre la muerte.

Suavizando el rigor de los extremos podría existir una libertad media que evitase tanta injusticia, tanta desigualdad, tanto desafuero.

Todo, en fin, es idéntico a como entre sí viven los hombres de las civilizaciones más inferiores. Con la misma soberbia, egoísmo y autoridad más o menos despótica, de una parte. Con el mismo asentimiento, resignación y servilismo más o menos imponentes, de otras. Con la misma desigualdad agresiva e irritante, en fin.

\* \* \*

Una magnífica instalación de libros. Los escaparates ofrecen a la vista libros de todas clases. Por dentro el edificio es una biblioteca monumental donde el saber se concentra en todos sus órdenes. Aquí está el cerebro de la civilización. Todas las invenciones, todas las experiencias, todas las investigaciones, todo el conocimiento alcanzado durante una vida milenaria. Ello forma el pensamiento civilizado; pero ante tanta sabiduría almacenada, que admiro con hondo respeto, surge una duda en mi ánimo.

El pensamiento civilizado —me pregunto—, ¿es el mismo que sostiene los templos con sus imágenes santas de madera y de barro? ¿El mismo que alienta una clase dominante a la estrangulación legal de los pueblos? ¿El mismo

que asiente a que el Ejército ejecute los crímenes que le manda el Estado dentro y fuera de las naciones? ¿El mismo que rige la convivencia con sus terribles e injustas desigualdades? ¿El mismo que obliga a los niños a una vida desequilibrada, a una alegría diferente? ¿El mismo que hace de la mujer una cosa impersonal con inteligencia de sexo...?

No sé qué responderme. Vacilo. Pero sí. El pensamiento civilizado, es el mismo. Es increíble. Nadie lo diría. Pero es cierto. Se derrumba aquello en mi idea estrepitosamente. La civilización me parece diminuta. Se me empequeñecen los sabios. Y hasta parece que me desplomo por una inmensidad sin fondo.

Junto al escaparate me apoyo. Todo da vueltas en mi imaginación confusamente, desquiciadamente. El bullicio de la calle ni lo siento ni lo veo. Es infinitamente mayor que el bullicio de la calle la agitación de mi cerebro.

La ciencia pierde en la potencialidad su valor.

Ya no tiene tanta solidez la experiencia. Los grandes valores pierden su magnitud. Los grandes afanes se agrandan como temibles ambiciones. Los grandes hombres bajan, muy mesurados en grandeza. Todo se tambalea. Todo se cae precipitadamente. Sabios, estadistas y generales, pasan ante mis ojos como un cortejo de fatuidades. No veo más que ingenuos, farsantes y tiranos. La mentira, la falsedad, se elevan victoriosas por todas partes. Miles y miles de generaciones en cientos de civilizaciones. El pensamiento civilizado es una condensación de pensamientos bárbaros que no llegan a pensamiento de civilización. La civilización no es tal. Todavía, no es civilización. La vida toma de pronto en mí un sentido de valoración, más grande

que cuando estaba en ella a la deriva. Estamos con la barbarie. En ella vivimos y no lo sabemos, no queremos saberlo. Todo ha cambiado en mí. Resignación. Nada queda dentro de mí como era antes.

\* \* \*

Estoy ante el hotel donde fui niño, muchacho y hombre. Siento una sensación de agrado y de escalofrío. Llego hasta la puerta. Damián, el camarero, me reconoce. Me abraza cariñoso.

—Ya me han dicho que estabas allá, pero no me lo creía. ¿Quién iba a suponer que tú eras belicoso? —dice atropelladamente.

Conozco a casi todos los empleados. Casi todos estaban cuando yo estaba. Don Pascual, el gerente, sale. Me ve. También me abraza. Entran todos conmigo en el salón de la oficina.

Me rodean, me acosan a preguntas. Poco a poco se van. Los quehaceres obligan. Me quedo con don Pascual, con la mecanógrafa, con los escribientes.

—Cuenta, a ver, cuenta. Tendrás mucho que contar —dice don Pascual con afecto. Porque vosotros los legionarios, según dicen, sois una gente terrible por aquellas tierras.

Los escribientes callan y me observan. La mecanógrafa no sé ni qué mira, ni qué observa.

Empiezo a hablar. Pero las preguntas, los comentarios que mis palabras provocan, distan mucho de mis pensamientos, de lo que yo hablo, de lo que yo siento. Me llevan a una conversación donde la verdad fatalmente desaparece.

Donde no hay más verdad de la que ellos tienen forjada. Donde mi verdad pierde su carácter verdadero. Hago un esfuerzo en mí mismo para poner de acuerdo lo que ellos dicen con lo que yo digo, pero no es posible. Mi yo, se desdobra. Sonríe a cuantas preguntas me hacen. Pero ya no soy yo. Ya es otro el que habla. Que no es el que fue. Que no es el que soy. Un yo que no lo seré en mi vida. Es un yo apropiado para este caso. Pero no. Es el yo que empleo, a mi pesar, en todos los casos, desde que llegué de allá, con todos los que me preguntan, con todos los que hablo. Es un yo adaptado al yo de ellos, al pensamiento de ellos, a la vida del ambiente, que no es el mío, que no es mi yo verdadero. Me siento descentrado. La vida me contiene. Pero mi sentido no es el de ella. La identidad no la encuentro en nadie. Ni en los que guardan vivo mi recuerdo, que se estiman, y que me tienen afecto natural y sincero. Mi soledad se agranda. Sigo hablando, sigo contándoles cosas, sigo sonriendo.

Pero sufro mucho. Mis sentimientos cambian, se encuentran, chocan. Estoy en confusión. Tengo deseos de irme. De encontrarme de acuerdo conmigo mismo, sin contradicción de imágenes ni de sentidos. Entre ellos y yo existe un abismo que ellos no notan, que no saben, que no pueden conocer.

Un señor entra. Un huésped que se despide. Don Pascual le atiende. Un escribiente me dice algo relacionado con el recién llegado. Algo de admiración a su posición, a su relieve social, a su dinero. El señor paga. Mira a los que allí estamos. Se fija en mí. Sonríe con simpatía.

—¡Hombre! Usted es legionario...

Cambiamos unas palabras.

—¿Y qué? ¿Matáis muchos moros?

No sé cómo responderle. Sin que lo pueda evitar, no le contesto. Me quedo mirándole, callado, serio. Creo que estoy enfermo. Siento congestión, sofoco de su mirada interrogante. No puedo darle la contestación que espera.

Se va.

Don Pascual me sigue hablando. Y los escribientes. Y la mecanógrafa. Digo cualquier cosa y me despido de ellos.

Ya en la calle me asusta la descentración en que me encuentro. Mi realidad es diferente a la realidad del medio. Cada día veo a las dos más opuestas, más irreductibles y antagónicas. No sé. Es una pena que no rija mi cabeza.

El permiso ha terminado.

—No sé qué daría por quedarme —dice Torrelles—. En este mes he renacido. Julita me ha hecho renacer. La duda no está sólo en nosotros mismos, sino en lo que de nosotros mismos hay en los demás.

Brabante le responde:

—No varías. Eres un animal como siempre. ¿Te crees acaso que podrás disfrutar un mes más con Julita, como el que has disfrutado ahora?

Sigues con ella, y dentro de tres meses, a lo sumo, ya no puedes aguantarla. Con las mujeres no se puede estar más que un poco de tiempo. Un mes, está bien. Algunas, ni un mes. Otras, ni tres días. Y otras, ni una hora.

Luego agrega:

—Yo siento irme, porque, la verdad, estamos aquí mucho

mejor que allá. Aquí somos unos turistas y allá unos pe-  
rros. Pero en el fondo me alegro. Porque si estamos más  
tiempo aquí empezaremos a ver más clara la monstruosi-  
dad cochina de los hombres. Allí somos más francos. En  
este aspecto estamos mejor. Un mes aquí, bueno está. Pero  
más, no. Amelia ya procurará buscar a otro. Esto me tiene  
sin cuidado. Ya me estaba cansando.

Como si hablara consigo mismo, Torrelles dice:

—Todavía pudiera quizás hacer un esfuerzo y rehacerme...  
Las circunstancias no son siempre, en todo, contrarias.  
Normalmente aprietan, sí; pero no ahogan. Nuestra situa-  
ción de ahora es un agobio que posiblemente no volverá a  
repetirse. Y teniendo ánimos...

Brabante y yo le miramos. Por millones se cuentan los  
desahuciados que en la civilización quieren rehacerse y no  
tienen forma humana de conseguirlo. Han de vivir de la  
caridad oficial. O de la privada. Engañando la debilidad de  
sus organismos. Pero nada le decimos. Ambos nos alegramos  
de su optimismo. ¡Que no le abandone...!

Nos despedimos de Arrieta, de su madre, de los compañe-  
ros conocidos.

—¡Suerte! —nos dice el vasco— ¡Y... cuidado, cuidado  
con los ojos.

Le abrazamos.

Habiéndolo visto como le hemos visto todos los días, ya  
nos parece más pequeña su tragedia.

La madre nos da consejos. Nos acompaña.

—¡Que lo pasen bien! ¡Pobres hijos! ¡Pobres! ¡Pobres!

En la estación están Amelia y Julita.



—Me escribirás, ¿verdad? —dice Amelia mientras Brabante la besa.

El portugués se ríe.

—Sí, mujer. ¡No faltaría más...!

Julita y Torrelles están estrechamente unidos, El, serio y mirándola. Ella, llorando.

—¿Vendrás pronto? —dice ella.

—No sé. No podré tal vez...

—Pero, ¿me escribirás?

—Sí, eso, sí.

Partimos.

La Bandera está muy cambiada. Hay oficiales nuevos. Legionarios nuevos.

Los rumores de próximas operaciones que corrían por Ceuta, se confirman. Dentro de unos pocos días avanzaremos. Ya están reuniendo en nuestra base mucho material de boca y guerra.

## CAPÍTULO IX

### Prisionero

**E**S de noche.

Las columnas están en marcha. En una de ellas mi compañía flanquea. Nuestra escuadra, con Brabante como jefe, va en cola.

El día se abre. El combate empieza.

La mañana transcurre sin que intervengamos. Estamos en un barranco echados sobre tierra. Sin hacer nada vemos perfectamente cómo las tropas van y vienen de un lado para otro. Cómo se envuelve un poblado. Como se le prende fuego. Cómo las llamas destruyen. La retirada va a iniciarse. Mi compañía parte a reforzar la brecha donde ha habido muchas bajas. Otra compañía deshecha se retira. Ocupamos su puesto, —Cuidado, al pasar aquella acequia—nos avisan—, que está muy batida.

Una sección la bordea. Nos separamos algo de nuestra línea de retirada. Las bajas empiezan. Ellos se acercan. Como siempre, están encima.

—Dispersarse, dispersarse —dicen.

En la dispersión, Brabante, Torrelles, dos reclutas y yo, formamos un grupito extremo en la izquierda. Vamos rodeando la acequia. Pero nos ven. Disparan sobre nosotros muy cerca. Un recluta cae. Esta herido. Lo recoge Brabante. A los dos pasos caen los dos juntos, al suelo, desordenadamente. Me acerco rápido.

—¡Brabante!—llamo.

No responde. No se mueve. Le veo un hilito de sangre en la frente. Le pongo la mano en el pecho, en la cara. Le agito. No me lo creo, ¡No quiero creerlo...!

—¡Brabante, Brabante! —sigo llamándole con gritos descompuestos.

Torrelles, a mi lado, dice: ¡Ha muerto!

No puedo separarme de él. En mi confusión pienso: ¿qué hacer para devolverle la vida? Le vuelvo a llamar, ¡y es verdad...! ¡Está muerto..., muerto!

Voy a cargármelo. Torrelles está tan confuso como yo, tan agitado, tan impresionado.

—¡Qué están ahí! —dice el recluta herido con cara de espanto—. ¡Están ahí! ¡Miradlos, miradlos...!

A pocos pasos suena una voz.

—¡Alto!

¡Son ellos!

Están ante nosotros, rodeándonos, sonrientes. Son diez, quince. No sé cuántos. El otro recluta dispara. Seguidamente cae muerto. Se lanzan sobre nosotros y nos desarman. Forcejeamos. Nada cabe hacer. Estamos en sus manos prisioneros.

Nos atan las manos por la espalda, a Torrelles, al recluta herido, que apenas puede mantenerse de pie, y a mí. En tierra están Brabante y el otro recluta. Uno de ellos se acerca al portugués y lo mira, lo vuelve a mirar. Antes de separarse dispara a boca jarro sobre su cabeza. Luego hace lo mismo con el recluta.

A los tres nos enseñan una vereda.

—¡Sidu! —dice uno haciéndonos marchar.

Con nosotros vienen seis. Los demás continúan persiguiendo a la columna que se retira, después de haber dejado varias posiciones no distantes de nosotros ni dos kilómetros. Varias granadas de artillería hacen explosión sobre el grupo que formamos.

Una cae a percusión sobre la acequia. Los cascos saltan con agua y piedras.

Uno de los de ellos cae con el pecho abierto. Dos lo cogen. Detrás de nosotros lo llevan.

Nos adentramos en el monte, fuera ya del campo de la acción. El recluta no puede caminar. Se queja. Pero le empujan, obligándole a seguir. No puede hacerlo. Cae, al fin, al suelo. Nos paramos. Hablan entre ellos. Uno dispara sobre su pecho dejándole muerto. Allí queda. Seguimos.

Pasamos por un poblado que la aviación acaba de bombardear. Todavía están sus habitantes en las cuevas abiertas debajo de los árboles frondosos. Nos ven llegar. Sacan los cuerpos. Hablan. Los que nos llevan les contestan. Salen. Son viejos. Los demás hombres estarán en el combate.

Detrás de los viejos salen algunas mujeres y niños pequeños.

Todos miran todavía a los aires con ojos inquietos.

Nos acercamos. Nos rodean. Cambian unas palabras con los que nos acompañan. Se ríen. Uno, con el puño cerrado, nos dice algo con gesto amenazador. No le entendemos. Cruzamos el poblado. Allí se queda el muerto de ellos. Entramos de nuevo en el monte.

La tarde declina y apenas si queda sol en el horizonte. Torrelles y yo caminamos mirando al suelo.

Todos vamos en silencio, bajando y subiendo las cuestas de un terreno intrincado. De cuando en cuando, entre ellos, una palabra suelta.

Una fuente. Una parada. Voy muerto de sed, pero nada pido. Torrelles y yo cruzamos una mirada. Mutuamente parece que hemos querido animarnos.

Uno se acerca a nosotros con una cáscara de calabaza llena de agua.

—¿Bebes? —dice risueño.

—¡Yo sí, yo quiero! Pero...

Hago un gesto tímido, afirmativo. Se ríe el moro. Tira el agua al suelo. Y se marcha.

Pasa una hora de camino, otra, otra. La noche nos cubre. Las distancias entre nosotros se estrechan. Poblados aquí y allí con luces dispersas que parpadean. Todas, las rodeamos. Parece que ellas mismas nos huyen.

Entramos en un monte espeso, irritante, negro. Vamos vencíéndolo. En un recodo, un poblado. Entramos en él. Nos hacen parar frente a una casa grande en la que hay varios hombres en la puerta. Hablan. Vienen hacia nosotros. Nos miran de cerca, nos hablan, nos gritan. No les entendemos.

Nos llevan luego a una choza. Entramos. Es solo un cuarto reducido. Para entrar por la puerta hay que doblar el cuerpo entero. Fuera, alumbran con un farol. Nos empujan, tropezamos, cierran. La oscuridad es completa. Las manos atadas a la espalda nos dificulta los movimientos.

Trato de ponerme sentado. Llamo en voz baja a Torrelles. No me contesta. Me arrastro por el suelo hasta encontrarlo. Le toco.

—¡Torrelles, Torrelles!

Está encogido y caído sobre un costado.

Vuelvo a llamarle y parece que reacciona.

—¿Qué te pasa? -le pregunto.

Trata de incorporarse. Le ayudo.

—¡La sed! ¡Me mata la sed...! —dice—, pero..., ¡esto no es nada! Ya pasará.

Empezamos a hablar. Nos preguntamos:

—¿Adónde nos llevarán? ¿Nos dejarán aquí? ¿Qué harán con nosotros?

Sigue la sed secándonos la garganta, asfixiándonos.

—Voy a llamar. No puedo más.

Arrastrándome llego hasta la puerta. Doy un golpe con el pie. Fuera suena en seguida una voz. Hago uso de las tres o cuatro palabras de árabe que todos sabemos.

—¡El maá! —digo—. ¡El maá!

—¡No! —dice fuera la voz en un castellano rotundo.

No insisto. ¿Para qué?

De nuevo regreso a rastras al lado de Torrelles.

Pero pasado un momento, la puerta se abre. Un farol ilumina. Uno entra con una vasija de agua. Nos desata las manos. Deja la vasija junto a la puerta. Se va. Cierra.

Nuestros cuerpos, ya animados, parecen reaccionar. Todavía no nos damos cuenta de nuestra situación. Nos miramos sin vernos en la oscuridad completa que nos envuelve, sin sentido de la realidad. El porvenir incierto que se nos abre no tiene una exacta apreciación. Sólo existe el temor, la inquietud, el miedo en estado instintivo de potencia.

Los cuerpos caen solos en busca de descanso. Le dedicamos unas palabras a Brabante, el querido camarada que yace en la noche oscura frente a la nada eterna.

\* \* \*

Los primeros rayos de la aurora, penetran por las rendijas de la puerta. Me dan en los ojos, me despiertan. Lo hago sobresaltado. ¡No sueño, no! ¡Es esta la realidad que vivo! El cuarto se ilumina. Son cuatro paredes terrosas y un techo en ángulo, de barro y paja, al que se llega con las manos. El suelo es tierra. La tierra allanada de un trozo de monte cualquiera.

Miro a Torrelles. Duerme. Me dan deseos de despertarle. Pero le dejo. Me levanto. Me aproximo a la puerta. Miro por una rendija. Frente a nuestra prisión hay un vigilante sentado con el fusil entre las piernas. Mira a un lado, a otro.

Luego observa la puerta.

Lejos suena una voz. El vigilante contesta. La voz se aproxima. Un hombre llega. Le veo. Habla con el guardián. Es negro. De una de sus orejas pende un aro ancho grueso. Se va.

Torrelles se despierta. Su despertar es vivo, azaroso. Renace a la realidad.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? —exclama agitado al verme.

—Nada, no pasa nada —le digo en voz baja.

Viene a la puerta. Miramos los dos. El vigilante se ha levantado. Pasea. Se acerca a mirar por las rendijas. Querrá saber lo que hacemos dentro. Nos recogemos. Su ojo nos busca ávido por la oscuridad interna. La pupila brilla lanzando destellos. Se posa en Torrelles, luego en mí, Nos contempla. Permanecemos quietos. El ojo se retira. Vuelve a asomarse, a brillar. Se separa. Los pasos se alejan.

—¿Qué harán de nosotros? —habla Torrelles.

Los dos pensamos lo mismo.

El día avanza. Frente a la puerta hay varios que discuten, que parecen reñir.

La puerta se abre. Entran dos con fusiles.

Nos dicen algo que no entendemos. Con un gesto nos mandan salir. En el exterior varios nos rodean. Nos hablan. Nos gritan. Nos hacen andar unos pasos. Estamos frente a una casa blanca de mampostería que parece una joya entre estas chozas. Pasamos a ella. Cruzamos un zaguán. El negro de antes se nos une. Unas escaleras. Al final de ellas un salón con zócalo de tela, divanes y alfombras. Un hombre está sentado a la usanza del país. Al vernos se incorpora. Es de edad indefinida. Su barba, sin embargo, está poblada de canas. Su mirada es penetrante. Su gesto altivo. Habla unas palabras con los que nos traen. Se retiran éstos. Quedamos en la habitación, él, nosotros y el negro, que se sienta en el escalón de la puerta. Debe ser un esclavo, seguramente, por su actitud familiar y servil al mismo



tiempo. El dueño de la casa nos hace sentar. Llega un muchacho joven. Saluda al Señor, inclinándose profundamente, mientras le besa la ropa. Nos mira. Hablan entre ellos. El recién llegado habla nuestro idioma con bastante claridad.

—Yo he estado mucho tiempo en Regulares—nos dice.

Da alegría oírle hablar. Torrelles y yo nos miramos. Parece que nos alienta. Sin embargo...

—Estáis en casa de Sidi Ali —nos dice—. Este es el jefe de la kábila que ya pisan vuestras tropas. Yo soy soldado suyo. Me llama porque os quiere preguntar.

Hablan entre ellos. El muchacho se sienta. Luego dice:

—Sidi Ali os pregunta, que si los vuestros van a avanzar más o no.

—No lo sabemos —digo yo—. Nosotros no somos más que unos soldados.

Sidi Ali nos mira con mirada aguda. Habla. El muchacho, que se llama Hamido, interpreta.

—Que digáis la verdad, pues si no mandará que os den mil palos hasta que la digáis.

—Nada sabemos —hablamos a un tiempo Torrelles y yo—; con nosotros nadie cuenta.

—Tú lo sabes —insisto yo, dirigiéndome a Hamido—. Tú has sido soldado y sabes que los soldados nunca saben nada de lo que piensan los jefes. Nos mandan. Obedecemos. Y nada más... Sidi Ali no nos cree. Insiste en que digamos la verdad. Sus ojos nos miden de arriba a abajo, negros, profundos, intensos. Le miro, pero retiro mi mirada de la suya. Miro al suelo. Nuestra situación es de una

inferioridad manifiesta.

Sidi Ali, sonríe. Y murmura alguna cosa, al parecer con ira.

— Qu  dice? —pregunto con timidez a Hamido.

—Que los cristianos sois unos perros.

Nos manda retirar. Hamido y el negro nos acompañan.

Entramos en la casa que nos sirve de prisión, que est a a dos pasos de la de Sidi Ali. En la puerta nos da Hamido un pan de cebada a cada uno.

La puerta se cierra. Devoramos el pan en silencio.

\* \* \*

A media noche nos despiertan. La puerta se abre y entra Hamido con un farol.

—Ahora —nos dice—van a traer a otros dos presos.

— De los nuestros? —pregunto.

—No —responde—; son dos ladrones de la kábila, que los castiga Sidi Ali. — Y van a estar con nosotros? —pregunta Torrelles.

—S . Esta es la cárcel.

Seguidamente entran los nuevos presos. Nuestra presencia les espanta. Hamido les habla.

— Qu  dicen? —pregunta.

—Nada, nada.

Se van todos. La oscuridad es casi absoluta. Dentro esta-

mos los cuatro. Ellos en un lado. Nosotros a otro. Nos colocamos separados, como si nos huyéramos los unos a los otros.

Ellos hablan. En voz baja, pero agudamente, con fogosidad. Se mueven, se juntan más, se estrechan. Se separan. Están sentados mirándonos con ojos que relampaguean en el fondo negro de la habitación. No paran de hablar ni de moverse. Están nerviosos, febriles. Debe excitarles nuestra presencia. Torrelles y yo estamos inmóviles, acechando los movimientos de ellos. En la inquietud en que estamos, el tiempo parece que no pasa, que no corre. Horas enteras son un solo momento.

Ellos se agitan más, vuelven a moverse, a juntarse, a separarse. Hablan precipitadamente, con frases que se cortan, nerviosamente. Sus ojos están fijos en nosotros. Son ojos, que taladran sin piedad la noche. Parece que ya se aproximan, que sus cuerpos rastrean. Los ojos aumentan en la intensidad feroz que les anima. Cada vez sentimos que están más cerca, más cerca. Nos aprestamos a la defensa. Nos levantamos. Saltarnos los unos sobre los otros. Ninguno tiene armas. Los brazos y los puños son los que juegan sin limpieza una lucha, callada, terrible, salvaje. Nos cogemos. Nos golpeamos. Los cuerpos caen. Tengo atezado a uno por el cuello. Yo, encima. Y le aprieto, le aprieto. Torrelles y el otro ruedan como un bloque sobre nosotros. El mío me aprisiona ahora, me golpea. Me abrazo a él para detener su violencia. Nuestras caras se juntan. Nos mordemos. Tengo una oreja desgarrada. El, no sé. Mi boca está llena de sangre. Mis dientes vuelven a clavarse de nuevo. Esta vez en el cuello. Hago presa. Tiro. Desgarro la piel. El da un gemido. Le tengo cogido en un

abrazo cerrado. Mi boca sigue mordiendo. Pero se me acaban las energías. Aunque aprieto, mis dientes ya no tienen fuerzas. Se me escapa de las manos. Se pone de pie. Yo también. Otra vez nos acometemos. Chocamos. Nos cogemos. Nos golpeamos, Torrelles y el otro se confunden con nosotros. Y los cuatro rodamos ahora juntos por el suelo. Los cuatro a brazo partido. Las fuerzas se nos agotan. Pero continuamos peleando no sé cuánto tiempo. Logro separarme y retener a uno. Le doy golpes y más golpes sobre la cara, sobre el pecho. Me abraza. Sus dientes se clavan en mi boca. Me ha cogido un labio. Grito.

La puerta se abre en este momento. Un farol ilumina. Es Torrelles quien me muerde. Los otros dos están, uno encima estrangulando al otro, que ya apenas si se mueve.

El farol nos da en el rostro, pero no vemos a nadie. Nos separamos. Nos apalean violentamente. Luego, nos echan a cada uno a un rincón. Quedamos como idiotizados.

Lentamente, el día viene. Abren la puerta. Nos echan un pan. Se llevan a los presos moros. Y nos sacan, por fin, de aquel lugar de espanto.

Nos entregan chilabas viejas para que nos tapemos. En estas montañas el invierno es muy crudo. Ha nevado varios días seguidos. La prisión, sin embargo, es muy abrigada. Deseamos más estar en ella que no fuera.

El huerto que arreglamos está bajo cercado. A continuación de la casa de Sidi Ali. En el fondo hay una puerta que nos atrae. Detrás del huerto el campo desciende suave hasta un río que desde aquí vemos ancho.

Al llegar al campo los vigilantes ocupan las salidas por fuera y por dentro. Trabajamos solos. Acompañados otros

días de Hamido y de Sidi Ali. Dos mujeres negras, esclavas ambas, ya viejas, hablan a veces con nosotros por señas sin que Sidi Ali se aperciba. Antes nos miraban con mucha hostilidad. Ahora, Aixa, sobre todo, nos sonrío. Rahma es más arisca. Todavía, al vernos, gruñe y murmura. Luego, se le pasa.

Mujeres blancas, las hay en la casa, naturalmente. Pero no hemos visto a ninguna. Los hijos pequeños de Sidi Ali, de unos seis años el uno, Mohtar, y de unos cinco el otro, Hassan, también están muchos ratos con nosotros. Les hemos hecho un carrito en el que cabe uno. El otro hermano, Abdal-lah, el esclavo, los pasea por el huerto. A todas horas juegan. Siempre que nos ven vienen corriendo y se abrazan a nuestras piernas.

En su inocencia nos tratan como si fuéramos de la casa, como si siempre hubiéramos estado en ella, Nosotros les acariciamos cuando el padre no lo ve.

\* \* \*

Un avión pasa. Estamos en el huerto trabajando. Se oyen Mas voces de alarma del poblado. Todos corren a las cuevas abiertas, bajo los árboles, a ocultarse. El avión va relativamente bajo y va cargado de bombas. Desde el poblado le disparan. Nuestros guardianes gastan uno, dos, tres, cargadores. El avión evoluciona. Su panza brilla con los rayos del sol. Da una vuelta, otra. Se eleva. Pasa, Vuelve. En el interior de la casa se oyen gritos de mujer. De pronto por la puerta que va al huerto aparecen varias mujeres envueltas en sus jaiques blancos, alocadas, desorientadas, Sidi Ali las guía. Cruzan por el huerto. Detrás de éste hay una amplia cueva adonde van a refugiarse.

Vuelve a pasar el aparato por encima de nosotros. A nuestro lado Hamido dispara una y otra vez su fusil. Y se retira, por fin, el avión sin bombardear. Hamido exclama:

—Siempre es bueno tener algún cristiano. Antes de estar vosotros aquí tiraban muchas bombas. Ahora, ninguna.

—No sabrán —digo yo— que estamos aquí.

—¿Que no? Por los confidentes la policía se entera.

—Entonces quizás nos rescaten —digo.

Hamido sonrío con acritud.

Torrelles y yo nos miramos. En nuestros ojos brilla una leve esperanza.

\* \* \*

Hace tiempo que no se celebran zocos de día. La aviación los disuelve. El zoco se celebra de noche y de tarde en tarde en las proximidades de un poblado cercano. Nos quitan las chilabas, nos atan las manos y nos llevan.

Con nuestros trajes deshechos, rotos, abiertos, nos introducen en una pequeña tienda. Un farol nos alumbrá. El objeto no es más que el de exhibirnos. Un alarde de poder de Sidi Ali, una satisfacción al espíritu de rebeldía latente en todos.

La gente pasa ante nosotros. Hombres, mujeres, niños. Nos miran, unos feroces, otros riéndose, otros, muy pocos, reflexivos, serios. Los más nos hablan, se burlan. Los menos callan, observan.

Ya nada nos sorprende. Nos parece que ésta han sido siempre nuestras vidas. Que así fue ayer, que así es hoy, que

así será mañana, que así será siempre. Que ésta es la única dirección que constantemente hemos vivido.

Al lado de nuestra tienda están otras donde se compran y venden mujeres blancas y negras. Al pasar las vemos. Están al descubierto, ataviadas de modo llamativo, voluptuoso. La luz opaca del farol que las alumbra aumenta el interés.

Ya avanzada la noche, regresamos a la prisión en medio de la escolta de que se hace rodear Sidi Ali.

Nos acostamos tranquilos, sin hablar. Dormimos hasta el amanecer, que nos sacan al trabajo. Ya nos parece natural esta forma de vivir.

Entre golpe y golpe de azada, hablamos algo. Palabras leves, frases aisladas es nuestra conversación cuando algo hablamos.

Damos fin al trabajo del día. Los guardianes nos llevan a la casa que nos sirve de prisión. Nos traen una cazuela con sopa espesa de maíz que nos parece un manjar exquisito y substancioso. Nos encierran. Y comemos de la cazuela. Echamos en ella pedazos de pan de cebada. Los sacamos con los dedos. Terminamos. Bebemos agua. Nos echamos sobre la manta.

Torrelles, de pronto, habla.

—¡Es raro! Pasamos horas enteras sin decirnos nada...

—¿Para qué? ¿Qué hemos de decirnos? —le contesto yo.

— ¡Volveremos, sí! ¡Volveremos! —dice—. Nuestra situación cambiará. Regresaremos a España. Y buscaré a Julieta. Todavía lograremos vivir con cierta holgura. ¡Quién sabe si con felicidad...!

Le escucho, pero nada digo. Él mismo no tiene fe ninguna en lo que dice. El hábito nos ha sumergido en una vida que tiene mucho de inconsciente. Hablamos sin que tengamos sentido exacto de lo que decimos. Vivimos. Para nosotros la vida no tiene horizontes. Ni buenos, ni malos horizontes. No es un camino. No tiene jalones. Es una meta oscura, sencillamente, quieta, hundida. En ella nos movemos como en un pinito de llegada. Punto final de una carrera que la misma llegada olvida. Somos insensibles a muchas de las cosas que nos rodean. Resignados ante otras. Tímidos ante todas. Siempre con la espalda vencida. Siempre con la mirada en el suelo, que sólo se levanta para presentir un peligro que no llega, una amenaza que no se consuma, un grito que sólo es grito. Vivimos, nada más vivimos. Con vida limitada, con vida mísera y cohibida, bajo el despotismo que nos oprime.

El tiempo pasa. Pasan los días. Todos son iguales. De sol a sol trabajando. Un inciso para comer en el huerto. De nuevo la tarea bajo la vigilancia ruda y exigente. Antes del anoecer nos recogemos. Hasta el día siguiente. Que se repite como el de ayer, como el de hoy, como el de siempre. Ya no sabemos el tiempo que ha pasado desde que fuimos sorprendidos junto al cuerpo de Brabante. Ya no nos acordamos de aquella fecha. Ni de Brabante tampoco. Aquello pasó.

La inacción brutal nos va embotando progresivamente. Nuestra depresión es ya una anulación casi completa. Somos una nada sistemática, cada vez más perfecta, más definida, cada vez más nada.

\* \* \*



Nuevo avión rasga los aires. Como siempre la gente corre a replegarse en las cuevas.

Pasan ante nosotros las mujeres de la casa a través del huerto. Van empujándose como lacas. Es mucho el horror que causa a todos el bombardeo. El silencio se hace. La vida toda, está escondida bajo la tierra. Algún disparo. El avión va a cierta altura.

Vemos las bombas suspendidas en el espacio en mortífero descenso. En la casa grita el esclavo, que en la confusión le han dejado encerrado. Quiere saltar por una ventana que está muy alta. No se decide. Una bomba cae fuera del poblado. Otra casi al lado de la anterior. El negro salta de la ventana al suelo. Salta precipitadamente al oír las explosiones. Se estrella contra la tierra dura. Sangra por todas partes. Vamos a recogerle, Pero se levanta. Sale corriendo. Equivoca el camino en su locura y se interna en el poblado. El avión da vueltas en un círculo pequeño encima de nosotros. Una bomba viene derecha sobre el huerto. Nuestros guardianes la ven y salen huyendo. Nos quedamos solos. La bomba está encima. Nos tiramos a tierra junto a la breve pared del cercado. Estalla. La explosión nos saca de nuestros refugios tirándonos por el aire. Todo es tierra. Todo es humo. La nube nos envuelve. Nos ciega. Se oye otra explosión y luego otra. Ambas sobre el poblado. La nube pasa. Torrelles y yo estamos unos metros separados.

—Nada —dice casi sin mirarme.

—Nada —le respondo yo mirando a no sé dónde. El avión está ya de regreso. La gente va saliendo poco a poco de las cuevas. Las mujeres cruzan y Sidí Ali con ellas. Al pasar junto a nosotros se irrita. Su puño se levanta. Su rostro se

contrae. De un golpe derriba a Torrelles. Uno de los guardianes levanta su fusil sobre mi cabeza. El pequeño Has-san viene corriendo y llorando a nuestro lado. Aíxa, en un extremo, nos mira mientras llora.

Por el otro lado entran a Abdal-lah, el esclavo, muerto por uno de los cascos de una bomba.

\* \* \*

Nuestra situación se empeora. Las sopas de maíz ya no acompañan al pan moreno y de cebada, El pan es nuestro único alimento, Y el agua, que también el agua alimenta.

Ya hemos tapado el hoyo enorme que abrió la bomba. El huerto está otra vez llano. Los surcos de nuevo se igualan paralelos, como antes, como si nada hubiera pasado.

\* \* \*

Los días pasan. Nuestra debilidad no puede con tantas horas de trabajo. Aixa ha intentado dos veces traernos alimento, pero no ha podido. La vigilancia es estrecha. Bajo un árbol medio seco que se yergue en un costado, encuentro un plato lleno de residuos de comida puesto allí para los animales. Las gallinas picotean. A mi llegada, huyen. Cojo el plato y me lo llevo adonde está Torretles cavando. Un guardián me ve, y me lo quita con dureza. Pasa un rato. El guardián se va fuera. El otro está también en el exterior, Aprovecho el momento. Cojo de nuevo el plato. Viene a mi Torrelles, que como yo está pendiente de él. A puñados nos comemos los residuos. Dejo el plato en su sitio. Nos sentimos confortados.

Los niños corren por entre nosotros llevándose el uno al otro en el carrito... Aixa limpia unas bandejas en el agua clara de una fuente... Sidi Ali y Hamido están sentados allá sobre una alfombra... Hablan... Aixa prepara los adminículos del té...

Hamido se acerca.

—Trabajáis poco —nos dice—; hoy no habéis hecho nada...

Le miramos casi sin levantar los cuerpos. Seguimos nuestra tarea. Llega Sidi Ali. Habla. Hamido interpreta. —Dice que en esta semana tiene que estar todo terminado; si no...

La amenaza está siempre en el aire.

Se van.

- /

\* \* \*

El té está preparado. Los niños acuden a la bandeja. El padre les da una varita a cada uno.

Hassan viene hasta nosotros con el vaso en la mano; nos lo ofrece... Aparentamos no hacerle caso. Seguimos inclinados sobre la tierra abriendo surcos con la azada... El padre lo ve... Le grita con energía... El niño, temeroso, se separa de nuestro lado... Así es como aprenderá a odiarnos. Mohtar, el otro hermano, ya empieza a reaccionar en contra nuestra... Así es como el instinto social de los niños pierde su fuerza... Así es como se desarrolla desde los primeros años la animalidad que todos llevamos dentro... Así son posibles los odios enconados. y las guerras. Verdaderamente, a ningún niño se le educa para la sociabilidad activa, para la humanidad sincera...

Por la puerta del huerto que da al campo, entran varios conduciendo a uno que trae las manos atadas... Es viejo. Su barba es blanca... Los recién llegados hablan con Sidi Ali a voces fuertes... Algunas palabras ya las vamos entendiendo... Parece que es un confidente sorprendido camino de nuestras líneas. Los que le acompañan se van... El confidente queda en un rincón, solitario y mudo. Hamido sale... Vuelve al punto con otros. Desatan al confidente, lo desnudan. Lo suspenden en el aire entre cuatro. Uno por cada brazo y pierna. Hamido y otros se sitúan en los costados con largas cuerdas que mojan en unos cubos de agua. Sobre la espalda, al descubierto, del viejo, y sobre sus riñones, descargan sucesivamente uno y otro golpe con las cuerdas gruesas, mojadas, que dejan su señal blanca para ser luego morada y estallar en sangre... La operación dura mucho rato. El viejo gime angustiosamente. Pide perdón... Asegura que hablará... Dirá lo que ha hecho para que le dejen... ¡que le dejen! Sidi Ali le insulta, sentado, desde la alfombra... A su capricho manda que cesen... Dejan al viejo en el suelo. Está agotado, muerto. No puede ni moverse... Su espalda es un manchón negro, con grietas de sangre. Le echan vinagre por encima... Se lo llevan al rincón. Allí lo tiran de cualquier modo... El viejo gime, gime boca abajo, oculta la cabeza entre sus brazos... Rhama grita fuera del huerto, adonde salió hace poco con los niños... Sus gritos son de horrores, de angustia, de espanto... El guardián la pregunta igualmente a gritos. Hamido sale de la casa. Hablan todos... Todos gritan...

—Los niños, que se ahogan —dice Hamido— Se han caído al río...

—Vamos a salvarlos —decimos a un tiempo Torrelles y yo.

Están confusos. Se mueven de un lado para otro. Conster-  
nados. Les arrastramos hacia el río...

—¡Vamos, vamos...! —les decimos.

En una carrera estamos allá. Es ancho el cauce y algo es-  
carpado por esta parte. Con un escalón de unos dos metros.  
La corriente es activa. Desemboca en declive. Los niños  
son arrastrados cuando llegamos... Todos tardan en tirarse  
al agua. Tienen al río un cierto temor supersticioso, por sus  
leyendas trágicas... Torrelles y yo saltamos... Corremos  
tras los muchachos... Los sacamos. Torrelles a uno, yo al  
otro. Sidí Ali llega cuando nosotros salimos. Con los bra-  
zos en alto y los ojos dilatados, llora como un viejo impo-  
tente... Llama a los pequeños. Les coge en sus brazos. Les  
mece. Los niños están sin sentido...

En el suelo les hacemos respirar artificialmente. Vuelven  
en sí... Lloran... Los volvemos de un lado y otro... Arrojan  
un poco de agua... Por su pie andan. Regresamos al  
huerto...

\* \* \*

Nuestra situación se dulcifica. Ya comemos de nuevo so-  
pas de arroz por la mañana y de maíz o mijo por la noche...

Hassan nos regala vasos de té durante el trabajo. Los trae  
del interior de la casa. Aixa, desde la puerta, lo sigue con  
la mirada y sonrío. Mohatar, en cambio, no nos puede  
ver... Rhama, lo mismo.

Sidi Ali ha cedido algo en acritud con nosotros. Hamido  
viene a que le curemos un grano que le ha salido en el cue-  
llo. Con él vienen algunos enfermos del poblado autoriza-

dos por Sidi Ali para que nosotros les curemos... Nada sabemos de estas cosas, pero les atendemos lo mejor posible. Los guardianes hablan de cuando en cuando por señas y palabras mixtas amistosamente con nosotros. Pienso que los niños son un motivo importante en la humanización de los hombres...

Sidi Ali nos llama.

Su actitud ya no es tan brusca ni tan agresiva como antes... Su llamada, sin embargo, nos sorprende; pues nunca habla con nosotros como no sea para amonestarnos. Para amenazarnos... No sé por qué me imagino la llegada de algún correo con gestiones... En la mirada de Torrelles veo la misma interrogación, ¡Quién sabe!

Hamido nos dice que nos sentemos fuera de la alfombra. Que Sidi Ali quiere hablarnos... Nos sentamos...

Pero de pronto, Sidi Ali tuerce su gesto. Nos mira de arriba a abajo midiéndonos con la mirada. Dice algo... Nosotros retiramos la vista... Ya estamos acostumbrados a que nos traten como a cosa de su pertenencia... La conversación nunca existe. Sólo la palabra bruta, grosera y ruda, a la que no podemos contestar en nuestra estrecha y delicada situación... Miramos al suelo...

Sidi Ali habla. Hamido interpreta.

—¿Para qué venís los cristianos a esta tierra?

Torrelles y yo cambiamos una mirada.

—¿Para qué? —murmuro.

No sabemos responder. Durante unos momentos guardamos silencio. Se nos exige repentinamente un renacer a la mentalidad, a ta vida, para lo que no estamos preparados...

Hemos perdido el hábito, en la obligada sumisión de seres inferiores en que estamos... La mente ha perdido agilidad al perder la vida su sentido... Veo a Torrelles, como yo, haciendo un esfuerzo por despertar al cerebro... Los dos estamos concentrados. Como si llamáramos al pasado en nuestra pobre memoria, vencida por el embotamiento. Las palabras tratan de salir, como los pensamientos, sin orden ni concierto. Ordeno el pensar en lo que puedo. Y voy a expresarme, pero me contengo. ¿Cómo decir lo que es la civilización? ¿Cómo demostrar lo que es el progreso?

—Nosotros no sabemos —digo—. Nos mandan.

Sidi Ali se ríe. Su mirada es despectiva. En nuestro interior nos rehacemos.

Torrelles explica algo, para delimitar el matiz religioso del simplemente civilizador. Sidi Ali escucha complaciente las explicaciones del intérprete. Uno y otro cambian palabras. Luego nos miran. Hamido habla.

Pero vemos que el concepto de civilización no es por ellos abarcado. Para ellos, la riqueza material, el dinero, es la única diferenciación. Hacemos un esfuerzo para fijar bien la idea global de hombres y cosas en una nación civilizada. Sidi Ali habla:

—Y bien. ¿Qué es lo que vuestra civilización nos trae?

—De todo cuanto hay en ella...—dice Torrelles—. En la zona sometida se puede ir viendo.

Sidi Ali grita:

—Pasáis por las kábilas y todo lo destruís. No queréis más que sumisión. ¿Para qué? ¿Por qué no traéis esas cosas sin guerra? Si son buenas todos las queremos.

Sidi Ali vuelve a hablar.

—Si venís con guerra, es que no venís a traer nada bueno. Y para eso, cada uno debe venir con lo que tienen en su país y dejar a los otros que vivan como quieran.

Nosotros callamos. Él solo habla. Hamido traduce.

—Ahora y siempre trabajaré para echaros de esta tierra. Esta kábila la disputaremos palmo a palmo.

Los dos nos miran con ira. Sidi Ali clava sus ojos en los nuestros con profundo rencor.

—¡Guerra, sí! ¡Guerra!

Se abre una pausa.

—¿Y por qué no trabajamos, vosotros aquí y nosotros allí para que termine la guerra? — dice Torrelles suavemente, de modo que me parece aturdido y extraño—. La guerra es un mal para nosotros y para vosotros. La guerra es siempre un mal para todos.

—Si se van los vuestros, la guerra acabará al momento.

—Pero continuará entre vosotros... —digo yo.

—Entre nosotros hay mucho ladrón y gente mala. Pero es entre nosotros. Y a nadie más que a nosotros le interesa.

—¿Y por qué han de vivir así los hombres? — sigue hablando Torrelles de modo que me parece atrevido—. ¿Por qué hemos de vivir odiándonos? ¿Por qué no nos hermanamos los de todos los pueblos y razas?

Sidi Ali se indigna.

—¿Estás loco, perro? ¿Cómo vamos a ser lo mismo los musulmanes y los cristianos?

—Dios es el mismo para todos los hombres —digo yo—.



¿Cómo se explica que siendo uno solo, tenga premios y castigos diferentes para unos y para otros?

Sidi Ali duda. Me mira un poco perplejo. Me animo hablando.

—Eso prueba —continúo—, que Dios no se ocupa de los hombres, que Dios no es nada...

Sidi Ali se exalta. Su brazo se levanta sobre mí amenazador.

—¿Nada? ¿Nada?

—La religión verdadera es la de la Humanidad. La de vivir por y para los hombres sin divinidades que tanto se contradicen —dice Torrelles muy dulcemente—. La misión humana, el que todos seamos hermanos, ¿no es de por sí un ideal eterno de salvación...? ¿Para qué sirven las religiones sino para separar a los hombres? ¿Para qué sirven las fronteras sino para separar a los mismos de una misma religión? Mientras las religiones y las fronteras no se derrumben; mientras, como hoy, continúen siendo murallas que dividen y subdividen, la paz en la humanidad será una mera ilusión. La fraternidad humana perseguida por todos los apóstoles, por todos los fundadores de religiones, no tendrá nunca sentido. Interpretémoslas de modo natural y sigamos la dirección que nos marca la fraternidad universal. Sin dogmas ni fronteras, sin ninguna división.

Ahora Sidi Ali se ríe.

—¿Y cómo, si hablas así, has venido a pelear contra nosotros?

—Nosotros no hemos venido por nuestro gusto —responde Torrelles.

Nos mira con ojos extrañados.

—¿Entonces, por qué habéis venido?

Ya estamos rehechos y hablamos con tiento, como si en nuestras palabras encontráramos una liberación,

—En nuestra civilización, con ser tan rica —le digo—, y ser tan poderosa, no todos los hombres tienen para comer. No todos disfrutaban del progreso alcanzado. En nuestra civilización, hay mucha riqueza. Pero también hay mucha miseria. Todavía no se ha logrado un equilibrio entre los que tienen y los que no tienen. Los que no tienen, son muchos más que los que tienen, Y éstos viven bien, con lujo.

Mientras que los otros viven mal, con escasez, con hambre. Aquéllos dirigen, ordenan. Los otros obedecen. El que como nosotros se cae de hambre por la calle, antes de morir en una esquina, prefiere venir aquí a que le maten. Mientras tanto, nos dan de comer, nos visten, nos atienden y nos cuidan para que seamos útiles en el combate. El hambre nos hace soldados. Luego, aquí, ya encauzados, hacemos la guerra como muñecos. Si nos matan lo agradecemos. No tenemos ningún interés en seguir viviendo una vida miserable, aun cuando regresemos a nuestro país y logremos hallar trabajo. La vida civilizada para nosotros no tiene ningún atractivo, ningún encanto. Porque esa vida es para los que tienen, para los que mandan.

Sidi Ali se pone serio.

—¿Y entonces las cosas que vuestra civilización trae, quién las trae, y cómo las trae? — pregunta.

—Hay cosas —dice Torrelles—, que las trae nuestro país con el dinero de todos para beneficio del país vuestro. Carreteras, teléfonos... Y otras cosas que ofrecen los que las

tienen, para venderlas entre vosotros o para trabajar con vosotros la riqueza de esta tierra.

—¿A quitarnos nuestras tierras de valor?

—No. A trabajarlas de acuerdo con vosotros.

—¿De acuerdo con quiénes?

—Con los que tenéis —digo yo—, que sois los que mandáis. En todas partes mandan los que tienen. Si aquí en esta kábila hay minas, por ejemplo, los que vengan de los nuestros se pondrán de acuerdo contigo para organizar el trabajo y para repartir las ganancias. Una parte para ti y otra para ellos.

Los ojos de Sidi Ali brillan repentinamente. Se iluminan.

—¿Conmigo solo?

—Contigo. Los que no tienen nada aquí, serán los que no ganarán más que el jornal que puestos de acuerdo tú y los que vengan, le deis. Una poca cosa. Hombres para trabajar siempre hay y mujeres y niños. Entre nosotros son muchos los que no encuentran sitio y se mueren de hambre en cualquier parte. Pero esto es lo de menos en las naciones civilizadas.

Sus ojos nos miran sin vernos. Diríase que miran a algo que en su interior se agita. Se muerde con cierto nerviosismo sus labios, el bigote. Su mano juega con la barba. Con un gesto despótico nos echa.

Seguimos abriendo surcos con la azada. Los niños juegan con su carrito. Al acercarnos a ellos se retiran al lado de su padre.

\* \* \*

Torrelles está enfermo. No trabaja, ni come, ni se mueve. Sólo pide agua. Bebe mucha agua a todas horas.

Tiene fiebre y habla de modo incoherente. El nombre de Julita suena de cuando en cuando con claridad.

Me acuerdo de ella, de su despedida, de su santo, de sus labios temblorosos, de su último beso que nunca era el último.

Veo a Torrelles abrazándola, estrechándola como cosa suya. Como cosa poseída, a la que se ama y no se ama; pero que se tiene, que se defiende, que se quiere de un modo arbitrario y con intensidad. Su mirada envolviéndola, poseyéndola de nuevo, con ternura y con emoción. Aquello fue. Nada de lo que fue vuelve a ser. Y menos aún en el amor, tan momentáneo, tan circunstancial, tan absurdo en su manifestación. Aquello fue una realidad. La realidad cambió. Todo cambia en la realidad del Universo. La vitalidad de todo es en el tiempo una vitalidad caprichosa, pasajera, fugaz... Todo cambia y todo se condensa. La realidad de ayer forma parte de la realidad de hoy como ambas se estrechan en la realidad del futuro. Julita es una sombra de la realidad que fue, que ya no es, que ya no será.

Torrelles la nombra. La sombra, vive en él con vida incierta de cosa que se fue. La veo. Aquí está entre él y yo, en la penumbra de nuestra choza. Nos mira. No nos reconoce. Sus ojos no lloran. Sus labios no tiemblan. Su cabeza no se eleva mimosa para besar. ¡Aquí está! Sonríe... Juega sus labios con juego atractivo estudiado. Mira con sus ojos lo que no sé, lo que sólo guía los reflejos confusos de su instinto de hembra.

Mira aquí y allá. Mira y sonrío. Su cuerpo se deja caer sobre sí mismo como hecho para la pasividad en una activa

posesión.

Torrelles la llama y no responde. Y está aquí, entre él y yo... Sonríe... Mira sin mirar a nada. Mira como si se contemplara a sí misma. No nos ve. No está en la realidad nuestra. Es una sombra de la realidad que fue..., que ya no es, que ya no será.

\* \* \*

Salgo al trabajo. La luz del día es clara. El tiempo primaveral. El sol acaricia las casas pardas del poblado, el verde fuerte de los montes, la vida en su dilatada inmensidad.

Paso la mañana laborando. El huerto está ya arreglado. Sólo faltan algunos retoques. Nadie conocería el antiguo erial que era antes. Ahora arreglo un cobertizo para que sirva de asilo a Sidi Ali durante los calores del verano. Hamido me ayuda a separar los maderos, a ajustarlos.

Por la tarde no trabajo. Como en la prisión. Me quedo al lado de Torrelles.

No sé qué puede tener. Me pide agua. Se la doy. Me mira. Parece que no piensa en nada, que no siente nada. Le contemplo en silencio, despierta mi sensibilidad ante el peligro que le amenaza. Está verde, esquelético. Entre mantas, Con la barba espesa. Con el pelo crecido, en demasía. Sus ojos, hundidos. Los labios, blancuzcos. La nariz, saliente por entre una herradura morada.

Le hablo, le digo algo. Ni él ni yo sabemos lo que tiene, Fiebre, mucha fiebre, Pero nada más. Toma una poca de leche que Hamido trae. Y agua, excesiva cantidad de agua. Se mueve. Habla algo. Su voz suena débil, apagada, como

si dentro la muerte le retuviera.

—¿Qué quieres, Jaime? Estoy aquí, sí.

—Nadie somos —me dice—. A nadie tenemos. Nadie nos espera. Nadie llora por nosotros. Podemos morir. A nadie causamos mal. Nadie lo siente.

Habla pausadamente como si contara sus últimas palabras. Se detiene. Me mira con sus ojos amarillos, macilentos. Va a continuar, pero ya no puede. El nombre de Julita es lo único que suena.

Me vuelve a mirar con sus ojos de vidrio.

—Te curarás —le digo—. La fiebre pasará, Y volveremos. Serás feliz con Julita. Iremos los dos a buscarla. Y la encontraremos. Ella te quiere.

Sus ojos por momentos se hundén. Sus pómulos crecen. Sus labios se pintan de cera.

La tarde cae precipitando la oscuridad de la casa. La noche se hace. Nos envuelve. Julita es lo único que vibra en su vida. En esta sombra de vida que ya se confunde con la muerte.

\* \* \*

Aixa me espera al pie del cobertizo. Me habla bajo, mientras limpia unas fuentes. No la entiendo con exactitud. Sin embargo, llego a comprender que un correo ha ido y ha venido. ¿Por nosotros? —digo.

Sigue hablando, me explica, pero no la comprendo bien. Se acerca Hamido, Empezamos la tarea.

Mientras clavo las maderas quiero pensar en lo que Aixa

me ha dicho. Reconstruyo las frases, Repito las palabras. Pero la noticia no me impresiona. La acojo indiferente. No la siento. Cambiar de vida, ¿para qué? No cabe en mi mente la posibilidad de un cambio. Mi cabeza está seca. Las ideas presiden, pero sin afán, sin acción, sin sentido.

Ante mis ojos tengo la imagen del correo que ha ido, que ha venido, que ha vuelto. La encuentro en las herramientas, en la madera, en los clavos, en cuantas cosas veo, toco o cojo.

Aquí está la vida resbalando sobre mí, Quiero asimilarla, me esfuerzo por aprehenderla sin que logre revivirla en mi vacío. ¿Volver? ¿Para qué? ¿Y Torrelles? ¿También ha de volver? La idea de un cambio se retira de mi lado como aventada por el aire. Es la muerte la que la aventata...

Sigo aquí, ajustando maderas, clavando sin más ideas que las puramente asociativas y mecánicas de lo que hago. Mi vida no tiene dirección. Lo físico es lo que impera, lo pobremente físico, lo orgánicamente constituido, sin ninguna complejidad de función. Mi mente ya está atrofiada, ya no es sensible a la impresión.

Regreso a la choza. Me aproximo a Torrelles. Le miro. Le digo algo. Sus ojos ya están velados por un brillo demasiado denso. Se hunden, se hunden sobre sus cuencas profundas. Sus pómulos salen más. Sus labios ya son blancos matizados de azul. Le llamo. No tiene conocimiento. Sus ojos me miran, pero no me ven.

—¡Jaime! ¡Jaime...!

Alza la cabeza con la lentitud de la muerte. Aún vive, Sentado a su lado paso un rato, una hora, no sé. El día se va lento. La noche llega con su intensidad triste, eterna.

Estoy sólo pendiente de su voz que ya no suena, de su respiración que ya se apaga. Le toco la frente. La fiebre le abrasa. Y luego, su cuerpo, ya es nieve. Nieve fría que expulsa hacia fuera los últimos restos de calor. Que expulsa hacia fuera el calor de su sangre.

Su vida se acaba lenta, suave, insensiblemente. Da un gemido sencillo, breve. Voy a tocarle, pero me detengo. Escucho atento si su respiración continúa. Pero nada oigo en el silencio inquietante que me envuelve. No me atrevo a tocarle. Siento frío. El frío de la muerte, que está en él. Me retiro de su lado. Me recojo en un rincón. Escucho. Pero su cuerpo me atrae, me llama. Me abrazo a él. Y pegada mi cara a la suya, lloro mi soledad, la soledad en que me deja mi camarada querido, mi hermano muerto, ya feliz.

\* \* \*

Amanece.

Me tiran un pan desde la puerta. Aviso. Me sacan.

Junto al río trabajo abriendo la fosa de Torrelles. Allano su fondo hasta que queda liso para que su cuerpo descansa mejor. Vuelvo a la prisión. El me espera. A nadie más que a mí espera su cuerpo frío. Me lo cargo encima. Lo traigo. Lo acomodo. Le echo poco a poco tierra. Poco a poco. No puedo. Me faltan las fuerzas. Le quito la tierra que le he echado. Le limpio el rostro. Le incorporo. Le llamo. Su cabeza se dobla. Lo dejo. Vuelvo a echar tierra. Un poco más. Otro. Ya no queda nada. Ya no lo veo. Ya no lo veré más. El corazón se me rompe mientras allano el suelo. Ya está todo. Aquí una piedra. Una señal. Es lo mismo. La tierra y él, pronto se confundirán.



Me llevan a la prisión. Se cierra la puerta. Mi soledad se agiganta. Yo también quisiera morir como él.

Atacan el poblado.

Desde el interior de la casa oigo gritos y excitaciones para la lucha. Los disparos suenan de todas partes. Una bala atraviesa mi techo haciendo caer tierra al suelo. La noche es oscura, cerrada. El combate pesado, lento.

Junto a la puerta oigo unas voces de hombres agitados, que se afanan en algo. De pronto el techo de mi prisión comienza a arder. Le han prendido fuego. El humo dentro se condensa. Varios disparos atraviesan la puerta. Me asfixio. Doy una patada en la puerta. La puerta se resiste. El humo me ahoga. Desesperadamente pateo una y otra vez la puerta hasta que la hago saltar hecha añicos. Salgo al exterior. Las casas vecinas están ardiendo. Estoy en un volcán de plomo, humo y fuego. No sé qué hacer. ¿Adónde ir? Corro. No sé más camino que el del huerto. A él voy. Pero desde el cercado disparan sobre mí. Huyo, hacia el río. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Estoy solo. La noche en su cerrazón no me permite orientarme. El río es una dirección hacia la montaña abrupta y alta que le da su agua torrenciosa. No vacilo. Una vereda. Ando deprisa. La distancia hacia las posiciones será seguramente más larga que la que queda de la noche. Además, no sé el camino. Puedo pasar por algún poblado. Decido internarme en el corazón de la montaña. Allí me orientaré con el día, Voy animado de una fuerza poderosa, extraña. Es mi instinto quien me guía a la libertad. Me parece un sueño. Vuelvo la cabeza hacia la ruta recorrida. Me paro. Silencio, Nada. Allá queda ar-

diendo el poblado punteándose alrededor con los fogonazos de los disparos. Ya estoy lejos de él. Ya estoy en plena montaña. Subo por un camino de cabras que más bien parece de reptiles. El frío de la noche refresca mi sangre dándole nuevas ansias, nueva fuerza, nueva vida, Estoy libre. Libre en medio de una naturaleza plena. Oigo unos ruidos. Me paro. Escucho. Suenan voces. Es un pequeño poblado. Me salgo del camino. Me interno en la espesura. Me agacho. Escucho. Derivo hacia un lado. Rodeo deprisa. Lo rebaso. Suena un disparo hacia el sitio donde primeramente me detuviera, Estos montañeses, sugestionados con el ataque a aquel poblado que desde aquí se divisa como cosa de juego, han salido a guardar sus rebaños, la pequeña riqueza de sus ajuares, el todo de sus cabañas que presienten amenazadas.

La noche se me hace clara al llegar a un collado. Miro por todas partes y no veo ninguna luz, ni nada oigo que sea digno de rehuirlo. Me adentro aún más hacia las cumbres. El alba nace cuando coronó el pico más elevado de la montaña. Me siento. No estoy cansado. Seguiría andando insensible al rigor de los caminos. Insensible al calor y al hambre. Tengo sed de caminar, sed de libertad. Pero espero a que el día salga.

Siento frío. La noche descorre su velo dejando caer gotas de agua, de rocío. Las estrellas huyen de la claridad del día internándose en el cielo. El sol asoma su lomo por Oriente. Se eleva venciendo a las sombras. Los barrancos pierden el tinte oscuro que los difuminaba. Los montes presentan sus crestas. Los poblados a sus pies renacen aquí y allá con manchas pardas en la verdura intensa. Las piedras brotan de la tierra. Los árboles se yerguen. Los pájaros pían agitando. El cielo es azul pincelado de oro.

Recorro el sitio en que estoy de la montaña. Subo a su parte más elevada. Miro hacia una vertiente, hacia otra. El poblado más cercano dista de mí algunos kilómetros. Estoy libre.

Estoy libre y estoy solo. En la misma cumbre encuentro unas rocas que se abren. De ellas hago mi casa. Aquí me instalo. Es buen punto de refugio y aún mejor de observación. Pero es preciso que esta misma noche me ponga en marcha. Allá están las posiciones escalonándose por los montes. Allá está el aduar quemado como un brasero en la hoyada. Humo tenue en las posiciones. Humo denso en el poblado que me tuvo prisionero. Todo vive a mis pies desde este balcón formidable, Todo lo domino desde estos riscos salvajes que horadan el cielo.

Pero tengo sed, tengo hambre. Veo unos arbolitos pequeños con puntitos rojos. ¿Qué serán? Me acerco al arbolito más próximo. Son madroños. Pruebo uno. Sabe bueno. Ya tengo alimento.

Estudio los caminos. Por acá va uno. Por allá otro. Este es mejor, más seguro. Sólo tiene un poblado que puedo bordear por aquel barranco. He de aprendérmelo bien. De aquí a la posición más cercana tengo de sobra con la noche.

Oigo voces. Ruidos cercanos, ¿Quién será? Miro asustado, Me asomo con precaución. Son mujeres. Leñadoras, Llegan ahora. Se paran. Están casi en el último escalón de la montaña. Empiezan a cortar arbolitos secos, Pero es un peligro. Me acuerdo de Julita, de Torrelles, de Amelia, de Brabante. ¡Pobres compañeros! Mi recuerdo para ellos, pero ellas, ellas, ellas son como éstas que veo, lo mismo. Mujeres. Con la misma contextura de sus miembros. Con

la misma impermeabilidad mental y la misma o parecida mentalidad de sexo.

El deseo estalla en mí con caracteres que pueden ser funestos. Me domina, me arrastra, me impulsa hacia las leñadoras dispersas, ocupada cada una en hacer su haz. Me contengo. Trato de ocupar mi imaginación con otras cosas, con mi misma situación de hombre que se juega a cara a cruz la vida. Pero no puedo. Me siento impregnado de una savia vital impropia de la debilidad mía, pero es savia despertada al contacto con la libertad y con la energía de la naturaleza, de que estas cimas están saturadas, Energías arrolladoras que me vencen, que me mandan.

Las veo. Andan de un lado para otro. Se agachan. Amon-tonan la leña. Los haces ya están hechos. Una ya se va. Se va otra, y otra.

Salgo de mi cueva, cuento las que quedan. Son dos. Dos que están sentadas junto a sus haces listos. Las otras, ya bajan la montaña. Ya van lejos. Estas no se mueven, están quietas.

Mis ojos vigilan a aquéllas, a las que se alejan cada vez más. Estas están solas, cada vez más solas. ¡Son más! Corro sobre las dos. Llego en una carrera de macho frenético. Me ven. Se levantan. Pero no se asustan. Doy la impresión con mi barba y la chilaba vieja de uno de los del país. De uno cualquiera desconocido para ellas. Una ya es de edad, la otra joven. Muy joven y bella. Cojo a las dos por los brazos y las arrastro a mi cueva. Van a gritar. Las digo que callen. Las amenazo. Me siguen luego temerosas, calladas, prisioneras.

Las hago entrar en el fondo de las piedras. Me olvido de todo.

Ante mí, sólo veo a la mujer joven que me ciega. La arrollo impetuosamente. La vieja chilla. Pero la hago callar de un golpe rudo en la cabeza. Teme, Se sienta encogiéndose en un rincón. Y calla mientras yo venzo a la joven y la poseo brutalmente con fiebre delirante.

Retengo a las dos a mi lado durante todo el día. Salgo a los árboles cercanos y las traigo madroños. Ellas los comen conmigo en silencio. La joven, sentada en mi regazo, sin más poder ni más voluntad que la mía. No protesta, no habla. La vieja no dice nada tampoco. Beso a mi pareja. La quito los madroños de la boca. Me llevo sus labios en los míos. Estrujo sus senos duros y tersos. La aprieto contra mí en abrazo fuerte. Su cuerpo todo tiembla ante la brutalidad de mis caricias.

Cae la tarde, la vieja habla. Quiere irse. Las retengo todavía. Saldrán de aquí momentos antes de que yo salga.

Pero la noche llega y obligo a dormir a la vieja en el rincón donde se sienta. No quiere. Bruscamente la derribo en tierra. Se queda en el suelo inmóvil, como muerta. La joven está en mis brazos como un juguete, como una cosa dominada, poseída, que ignora cuanto le rodea.

Paso la noche en un delirio de goce y de deseo. Cuando el día llega la vieja está sentada en su rincón mirando cómo la joven duerme sobre mi brazo con sus ropas destrozadas y los senos al descubierto.

Nos asomamos fuera de la cueva. El silencio es absoluto. La joven me dice con palabras que sólo a medias entiendo que vendrán los leñadores, que las buscarán los hombres. Me habla jugando sus bellos labios desgarrados por mis dientes brutales, cuando a lo lejos diviso, a los pies de la atalaya gigantesca, las columnas nuestras en movimiento.

Mi vida da un vuelco dentro de mí mismo. Vuelvo a la realidad, a la terrible realidad que llevo dentro. Me separo de la mujer con la que tanto he gozado. Veo cómo la vieja se marcha, llevándose por un brazo a su compañera. Ya no veo cómo las dos huyen, temiéndome y tomándome quizás por un loco o por un animal de estas agrestes cresterías. Ya no veo nada. No veo más que a los hombres en lucha. Los poblados ardiendo. La destrucción. La guerra. La civilización.

Las columnas se mueven como hormigueros paralelos. Las vanguardias están en fuego. Las nuevas posiciones se levantan aquí y allá estableciendo la nueva línea.

Al próximo avance, mañana quizá, ocuparán el poblado, mi poblado, cuyos rescoldos aún humean. La casa blanca de Sidi Ali la diviso clara. En ella estará Aixa compungida por los destrozos pasados. El pequeño Hassan estará jugando con su carrito, indiferente todavía a las miserias humanas. ¡Torrelles! Allí estará en paz y tranquilo. Satisfecho de no vivir más la época de esplendor y de miseria que le deparó el azar.

Sidi Ali saldrá a recibir a los cristianos iluminado su ser por la ambición oculta de poseer su parte en las riquezas a explotar.

Los cristianos le nombrarán jefe de la masa fanática que arrasó su poblado al saber que un correo había venido y había vuelto. Se vengará de ella. Reconstruirá su hacienda sobre bases nuevas. Reconstituirá su poderío. La civilización es generosa y es buena para los que poseen algo en cualquier parte de la tierra.

La nueva línea de posiciones acortará algo mi camino. Pero oigo voces, ruidos. Miro. Son hombres. Uno viene

delante con el fusil preparado. Me escondo. Me ha visto. Viene directo hacia mi cueva como loco, como un macho en celo herido, al que le quitaran la compañera. Ya llega. Es joven. Está a pocos pasos de mí. Pero está solo. Los otros quedan aún lejanos.

Salgo rápido sobre él. Me apunta confuso, precipitado. Dispara. La bala pasa alta. Se desconcierta, Caigo de un salto sobre su cuello. Lo derribo. En la caída lo desarmo. Miro el fusil. Tiene cartuchos. Huyo, huyo hacia las columnas de avance. Hacia las nuevas posiciones aun no levantadas. El queda allí gritando llamando a los otros.

Un disparo, otro. Las balas caen a mi alrededor. Me persiguen muy de cerca. Corro cuanto puedo por el monte. Gano distancia. Un poblado. Lo rodeo. Los perros ladran. Unos hombres miran la guerra que a sus pies se hace,.. No reparan en mí. Me separo aún más. No paro, sigo, sigo.

Un bosque. En el centro una mezquita. A su lado un cementerio. Lo atravieso. Es preciso. Unos niños juegan en un arroyuelo. Unas mujeres lavan. Un viejo de barba blanca y de chilaba hasta los pies me llama. Y me manda parar autoritario. Le apunto con el fusil. Se esconde huido tras de unos árboles.

Paso el bosque. Salgo al río. Subo a unas colinas altas. Veo cercanas las guardias de observación que tienen los aduantes de este macizo montañoso. Me oculto en una maleza espesa en espera de la noche. La distancia de aquí a los campamentos es ya breve.

Pasan las horas. Observo la ruta que más me conviene. La noche llega, cruzo las guardias. Al ruido que hago entre la maleza disparan. No les contesto. La noche me protege.

Estoy cerca de la posición más avanzada.

—¡Centinela, centinela !—llamo.

El centinela dispara. Me oculto tras de una piedra. Vuelvo a llamar.

—¡Centinela, que soy un legionario!

Me vuelven a contestar con fuego. Esta vez son varios los disparos, Espero. De nuevo hablo. —Que soy un legionario. ¡Un legionario!

Una voz suena, pero no la entiendo. Me aproximo

—No tiréis, que soy un legionario. ¡No tiréis!—sigo gritando.

Una patrulla sale. Me reconoce. Entramos. Es un destacamento pequeño de cazadores. No conozco a nadie. El oficial me lleva a su tienda. Con él está el sargento y algunos soldados. Los más, quedan en la puerta. Pero todos callan, todos escuchan.

El teniente me da una copa de cognac. En pocas palabras explico. Me preguntan mucho. Contesto poco. Me preparan cosa caliente de comida. Como con apetito. Tengo sueño, mucho sueño. En una cama que me hacen, de casi un metro de paja, bien acondicionada, me acuesto.

El sueño viene cargado de imágenes. El pasado, el presente y el porvenir, forman una mezcla confusa e hiriente en medio de la cueva donde todavía creo hallarme, A mi lado, dormida, sobre mi brazo, está la joven bella con sus ropas destrozadas y los senos mordidos, sangrantes, al descubierto.

Estoy en el hospital ya repuesto.

El otoño me trae la licencia definitiva de soldado después



de cumplidos mis tres años de compromiso.

Me despido de los camaradas. Parto.

Paso por Ceuta. Cruzo el Estrecho, Piso España. Ya estoy otra vez solo. Completamente solo en medio de una civilización exuberante, en la que nada tengo. Ni pan siquiera para sustentarme a mi llegada. En la que nada soy más que un despojo que se reincorpora a los despojos, Con dolor y espanto voy penetrando en ella.

Los ojos de mi experiencia me muestran las manifestaciones brutales de la civilización en su vida interna y externa, Y temo a medida que el tren avanza.

Temo llegar a los centros de la vida civilizada. Temo que el tren se detenga. Temo el momento de apearme. El momento de hallarme solo en esta espléndida barbarie organizada.

## FIN DE LA NOVELA

Prisión de San Francisco

Madrid. 1926.

# ANEXOS

*- NOTA BIOGRÁFICA -*

*Fermín Galán*



**P**ERTENECIÓ al ejército de África desde 1919 a 1925. Hasta abril de 1924 prestó servicio en la Policía indígena de Ceuta, después en el Tercio. Fermín Galán debía su formación a haber cursado los estudios preparatorios en el Colegio de Huérfanos de la Guerra, en Guadalajara; a sus estudios en la Academia de Infantería y a sus servicios en África. Siempre interno, y fuertemente condicionado todo contacto con el exterior, puede decirse sin riesgo a equivocarse que había vivido aislado de la sociedad, respirando solamente un ambiente militar desde los diez años. No obstante, su gran espíritu se hallaba tan sólo ligeramente deformado por el medio ambiente. Sus actos siempre tuvieron un tinte especial que le hacían ser respetado por todos.

En la Policía indígena se destaca notablemente. Sin descanso trabaja animado de un único afán: evitar toda acción bélica. Conoce aquel vergonzoso pacto con el Cherif Raisuni, que habría de tener como consecuencia inmediata la sublevación de Yebala meses después. Sólo había una norma: el capricho del mando. Con anterioridad a su pase al Tercio, presenta unos trabajos de pacificación que no son aceptados.

Con dolor se expresa ante familiares y amigos. Lo que tantas veces vaticinara en sus escritos, diariamente elevados a sus jefes, se ve confirmado. El ejército de África se encuentra en situación difícil. Abd-el-Krim y el Cherif Raisuni se ponen de acuerdo para desarrollar una acción de conjunto contra España. Lo achaca todo a la incapacidad

directora, a la que culpa de esta situación y cuyo inmoralismo combate una y otra vez el entonces teniente Galán.

Las posiciones están siendo sitiadas en su mayoría (abril 1924); sin lucha caen aquí y allá soldados indefensos; la imprevisión preside siempre; las palabras del dictador sobre su fantástico plan —abandono de las posiciones para volverlas a ocupar— anunciado cual si se tratase de un festival, pone en pie a todos los habitantes indígenas. Amigos y enemigos, aspiran a ser los primeros en agredir a los españoles, congraciándose así con el Cherif; todos, jóvenes y viejos, hombres, mujeres, niños, se aprestan al botín.

Fermín Galán no sentía inclinaciones guerreras, y su especialización estaba bien definida, pero la política cedía su puesto a las armas y el razonamiento anulado por la brutalidad. ¿Qué hacer? ¿Huir a España? No. Él debía quedarse en África, pero no en la Policía. Al fin, y después de sostener una gran lucha en su interior, decide pasar al Tercio. La etapa activa, mayo-octubre de 1924, es el colofón a la vida militar de Fermín Galán. En el Tercio, observa a unos y a otros. Cada legionario tiene su historia. Todas ellas a cual más triste. Son los componentes de aquella fuerza militar, *despojos sociales* que la sociedad, con sus injusticias forma hasta desplazarlos; después, con toda crueldad, les utiliza como *carne de cañón* en empresa imperialista, de dominación, tras de mercados y hombres que explotar. Es su último aprovechamiento para la *barbarie organizada*. La sociedad actual, bárbaramente organizada, exprime de esa forma a sus pobres víctimas.

Este es, a grandes rasgos, el ambiente que disfruta Fermín Galán. El día primero de octubre de 1924, resulta herido en la acción de Yerma del Gaba, zona de Tetuán. Por esta acción se hace acreedor a la laureada, cuya concesión aún se

tramita. El día 9 del mismo mes es trasladado al Hospital Militar de Carabanchel, Madrid. En Fermín Galán se aprecia un cambio radical. Viene terriblemente impresionado. Se inicia en él la etapa de conspirador y revolucionario. Una gran preocupación le invade: el amoralismo de la sociedad. Sus aficiones se desvían a lo social, al obrerismo. Fermín Galán, siempre alegre, jovial, denota una terrible preocupación que le aleja en absoluto de cuanto en derredor suyo sucede.

Su época ya vivida, es también ya extinguida para él. Piensa y trabaja. *La Barbarie Organizada*, es lo primero que escribe Fermín Galán en esta segunda época de su vida. Empezada en 1923, la termina en 1926, cuando ya sufre el proceso por la *sanjuanada*. Cuanto escribió está inédito, excepto *Nueva creación* (Editorial Caro Raggio, Madrid), publicada con anterioridad a su muerte.

Los originales están a tu disposición, lector. Hay algunos manuscritos que resultaron inutilizados por la actuación incomprensiva de los conservadores del orden. *La Barbarie Organizada*, no está en este caso. Algunas ideas están expresadas como si fuesen producto de una explosión, con un léxico fuerte. Así lo encontrarás porque así quedó escrito por Fermín Galán. A mí sólo me incumbe la obligación de que sus escritos no queden inéditos.

Es el autor de cuanto te ofrezco el capitán Galán. Aquél cuya vida segaron bárbaramente, en la ciudad de Huesca, el día 14 de diciembre de 1930, y a cuyo asesinato contribuyeron todos: monárquicos y republicanos socialistas. Unos, con su acción abominable al margen de todo derecho. Otros, con su intencionada omisión desprovista de

toda sensibilidad e hidalguía.

“La barbarie organizada” habría de tener una víctima más:  
Fermín Galán.

*FRANCISCO GALAN*

## **GO HUMANITARIO Y UN ACTO HEROICO DEL CAPITAN GALAN.**

(Manifestaciones del ex-sargento  
Del Tercio Arias Alonso, hoy  
al servicio del Municipio  
de Madrid.)

### **Días imborrables de la cruenta liberación de Kobba- Darsa. Septiembre, 1924.**

La primera sección de la 3.<sup>a</sup> Compañía de la I.<sup>a</sup> Bandera, era la sección del sargento Arias Alonso, la sección que mandaba el teniente Fermín Galán. En el intento de reconquistar Solano, copada de morisma, en una loma inaccesible, esta sección, que mandaba el teniente Fermín Galán, fue la primera que se aventuró a cruzar “El Señorito”, pasillo siniestro, batido por los moros: hombre que se lanzaba al cruce, caía envuelto en metralla. Era angosto “El Señorito”, capaz tan sólo para que lo pasaran los hombres uno a uno. Y uno a uno caían; se ordenó el paso ligero, el cruce atropellado, en carrera loca de desafío y huida de la muerte. Juntos casi en lo alto del pasillo siniestro, iban el teniente Álvarez y el sargento Arias. El teniente Fermín Galán ya lo pasó sin daño.

—¡Adelante ! ¡Adelante!—animaba.

Saltan juntos casi el teniente Alvarez y el sargento Arias. Una bala se le incrusta en la frente al oficial, lo troncha. El sargento no se detiene, abandona al caído.



El teniente Galán ha presenciado el episodio: la herida en la cabeza de su compañero y la huida desenfundada del sargento, que saltó por encima del moribundo. El teniente Galán, corre tras el sargento, le alcanza y le dice:

—¡Ven! Eso que has hecho no lo hace ningún soldado. Has dejado en tierra a un compañero. Hay que recogerlo.

El sargento Arias iba a ser licenciado a los pocos días. Ir al pasillo a recoger al teniente moribundo, era morir. El sargento vacilaba.

El teniente Galán, enérgico, empuñando la pistola, siempre ágil, le tomó al sargento por un brazo, como a un camarada, y le dijo, echando a andar resuelto hacia el “Señorito”:

—¡Ven! Los valientes no abandonan a sus hermanos. Vamos a recogerlo los dos.

El teniente Galán y el sargento Arias afrontaron el fuego enemigo para rescatar el cuerpo del teniente herido o muerto. Galán, sereno, reposado, se inclinó sobre el compañero exánime y le alzó por el tronco.

— Tú —dice al sargento—, ayúdame. Tómallo de las piernas.

Un balazo atravesó el vientre del sargento. Cayendo le alcanzó otra bala en la espalda.

El teniente Galán, cuerpo a tierra, arrastró a los dos heridos y los llevó fuera del pasillo trágico.

Un día, apenas se lo permitió el servicio, el teniente Fermín Galán fue a visitar a su sargento. Lo encontró entre sábanas mojadas y sucias, en inhumano abandono. Alzó el embozo de la cama maloliente y descubrió en las carnes

del soldado acribillado, úlceras engendradas por la suciedad a que se le condenara.

El teniente Galán, comprensivo y fuerte, persuadido de que todos los problemas los resuelve la acción, no recriminó a nadie, ni recomendó que se rectificase el trato. Pidió ropa limpia, agua clara, esponjas y entregóse a la tarea de asear el lecho de su sargento, de curar sus llagas, de poner con sus manos “maternales” frescura y limpieza en aquella carne tirada en un camastro para que se pudriese.

—Estas monjas tienen tanto que hacer... —las justificaba ante el dolido.

Todos los días, todas las horas que lo permitió el servicio, allá iba el teniente Galán” que como capitán ejercía el mando de “la tercera compañía de hierren” a cumplir los tiernos oficios de una madre” que en tan gran medida necesitaba el sargento Arias.

## UNA ACCION DE GUERRA

(Tomado de una carta dirigida a la madre de Fermín Galán por el ex legionario José Méndez Alzada.)

El día 5 de julio de 1924 fui agregado a la I Bandera de la 13.<sup>a</sup> Compañía del Tercio con destino a Melilla; el mismo día salimos para Uad-Lau, al campamento general de nuestras fuerzas; mi sección la mandaba el teniente Fermín Galán; el día 2 llegamos el Campamento general de Uad-Lau, a las doce horas.

Desembarcamos con el agua a la cintura, porque el mal estado del mar, impedía que las embarcaciones pudieran arribar más cerca de la playa.

Desembarcamos de esta manera a la una y media, se tocó a generala y aún no habíamos descansado de las penalidades sufridas ni probado bocado desde el día anterior, cuando el teniente Galán, al toque de generala, mandó... “¡Compañía a formar!”. A paso ligero fuimos a proteger la retirada de la columna del general Serrano, que estaba en gran peligro, situada entre dos fuegos y completamente a merced del enemigo. Dos horas a paso ligero se tardó en alcanzar a la columna a su llegada a Tisigarín.

Alcanzada la columna sostuvimos un combate en la referida posición de Tísigarín, durante tres horas; por parte de la columna hubo bastantes heridos; en nuestra Bandera sufrimos seis bajas, un muerto y cinco heridos. El teniente Galán dio muestras de su pericia y valentía e hizo a los

disciplinados soldados soportar sin desaliento las penalidades del combate,

A nuestra llegada de vuelta al campamento el mismo día 2, se estaba formando una columna general al mando del general Serrano, que había de actuar al siguiente día 3.

En este día, hubo un gran reconocimiento oficial de todas las posiciones del oriente y occidente de la zona, y en vista del poderoso enemigo que había, según informaron de modo oficial al campamento de Uad-Lau, para recoger allí más fuerzas que cooperaran y aseguraran el avance de la columna al mando del general Serrano.

A las cuatro de la mañana del siguiente día 4, el toque de generala hizo agrupar a todas las fuerzas al mando de este general.

La decisión de los soldados fue reforzada por las siguientes palabras, casi textuales, del teniente Galán: *Muchachos, equiparos bien, porque no sabemos si volveremos...*

Pero el tono de mando del teniente Galán no sonaba como el mando despótico de un jefe, sino como la palabra amistosa del compañero dispuesto a arrostrar con todos y en primera línea las penalidades del combate.

Este día 4, empezó el avance de la columna, formada en total por veinticinco mil hombres; el propósito de la columna era desalojar al enemigo situado entre las posiciones de Kobba-Darsa y Tizigar. La I Bandera del Tercio y la 13.<sup>a</sup> compañía, marchaban a la vanguardia de la columna, mandando la I / sección de la 13.<sup>a</sup> compañía, el teniente Fermín Galán.

Por entre las dos posiciones de Kobba-Darsa y Tizigar corre el río llamado Guadalao; llegamos a él sobre las diez

de la mañana del referido día 4, y empezó el bombardeo de nuestra artillería sobre el enemigo. Tres barcos de guerra, uno de los cuales recuerdo era el “Reina Victoria Eugenia”, bombardeaban sobre el enemigo desde Guadalao y cinco aviones actuaban también sobre el campo enemigo.

El estruendo del combate era tan intenso que ni el toque de corneta se sentía.

No obstante, la voz del teniente Galán sonó imperiosa. “Venga mi sección”... Acudimos los pertenecientes a ella; bajamos al río entre una lluvia de balas enemigas, y al llegar al medio del río una descarga cerrada nos hizo siete muertos, que fueron arrastrados por la corriente.

No obstante la profundidad del río, cuyas aguas nos llegaban al cuello, el teniente Galán, pistola en mano, regía el combate, despreciando al combatir toda idea de peligro.

Duró esto más de media hora, y en este tiempo, sin terminar de atravesar el río, teníamos ya treinta y cinco bajas.

Las cornetas tocaron a retirada; verificada ésta, se oyó tocar a generala y el teniente Galán mandó calar la bayoneta. En este momento, en la parte opuesta del río caían incendiados dos aviones. El general Serrano mandó el avance a la bayoneta para salvar a los dos aviones, del enemigo, pero dada la fuerza de éste fue imposible conseguirlo. Eran las cinco de la tarde y teníamos ya en la columna mil quinientas bajas.

No obstante, la columna siguió en combate haciéndonos fuertes en Tzigar durante toda la noche, combatiendo sin cesar al enemigo situado en Kobba-Darsa.

Mandó entonces el teniente Galán la retirada de nuestra

sección y asimismo hacernos fuertes a unos treinta metros del río, para al siguiente día verificar de nuevo el combate.

Así, pues, a las cuatro de la mañana del siguiente día 5, empezó el bombardeo desde barcos y aviones y de la artillería de la columna, y a las once de la mañana empezamos el ataque a la bayoneta sobre las trincheras enemigas. Hicimos veintisiete prisioneros y noventa y ocho muertos. Seguimos el avance sobre Kobba-Darsa; el enemigo resistía; no obstante, avanzamos al mando del teniente Galán, y tomamos el punto estratégico para proteger el avance de la columna, cosa que costó diecisiete bajas, cayendo quien esto escribe herido en esta operación; pero por serlo levemente, quedé allí al servicio del teniente Galán, no siendo evacuado hasta el día siguiente, 6.

En este día la 5 Bandera del Tercio metió en Kobha-Darsa el convoy, agravándose la situación del enemigo, que quedó entre dos fuegos.

Sobra decir que a no ser por la energía y buen mando del teniente Galán, la protección a la columna hubiera sido imposible y las consecuencias funestas a más de verificarse gracias a él la toma de la loma de Cologul.

Hasta aquí lo que quien esto firma, simple soldado entonces de la Legión, puede decir sin apartarse en absoluto de la verdad.

Posteriormente fuí llevado en barco al Hospital de O'Donnell, de Ceuta, y el respeto y simpatía que en los seis días que con el teniente Galán conviví, se trueca hoy para mí en la mayor honra.

*José Méndez Alzada.*









Se acabó la maquetación de este libro  
el día 27 de mayo de 2020,  
para la Biblioteca  
Omegalfa.